



# FEMINISMO PARA JÓVENAS

**Ahora que sí nos ven**

NADIA FINK - LAURA ROSSO  
(Compilación)

SIPE  
(Ilustraciones)



*A nuestras hijas, Lara y Mora,  
y en ellas, a todas las jóvenes  
que hacen posible esta revolución*

Fink, Nadia Paola

Feminismo para jóvenes : del #8M al #14J : ahora que sí nos ven / Nadia Paola Fink ; Laura Rosso.- 1a ed- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Chirimbote, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8432-60-1

1. Feminismo. I. Rosso, Laura II. Título

CDD 320.5622

© [Chirimbote](#)

info@chirimbote.com.ar

Ilustración de tapa: Pitu Saá

Ilustraciones de interior: Sipe

Diseño de tapa e interior: Martín Azcurra

Corrección: Jesica Farías y Julieta Santos



Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido** o **Creative Commons**. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



**Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).



**No comercial:** se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



**Mantener estas condiciones para obras derivadas:** sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

# Índice

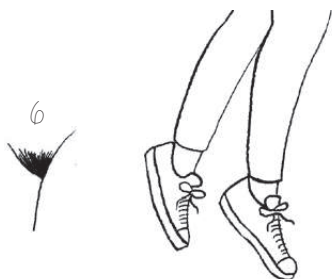
- 6 [La historia hoy en las calles](#)  
*Por Nadia Fink y Laura Rosso*
- 10 [Prólogo](#)  
*Por Luciana Peker*
- 14** [PATRIARCADO](#). *Se va a caer*
- 15 [Las jóvenes ya decidimos](#): No queremos ser más esta humanidad  
*Por Julieta Lopresto Palermo*
- 17 [La lucha sigue](#)  
*Por Rocío Alterleib*
- 19 [Lxs hijxs del feminismo](#)  
*Por Ofelia Fernández*
- 22 [Feminismo, nuestra caravana del amor](#)  
*Por Mora Sánchez Rosso*
- 24 [Atraversadxs](#)  
*Por Laura Hernández Arregui y Lucas Grimson*
- 28 [Unx mundx donde quepan todxs lxs mundxs](#)  
*Por colectivo de varones antipatriarcales CABA*
- 32** [CUERPOS](#). *Sin moldes ni modelos*
- 33 [La culpa cae pesada](#)  
*Por Manu Martínez*
- 37 [Más querer ser](#)  
*Por Danae Abdalla*
- 41 [¡Libérate, hermana!](#)  
*Por Aluminé Kwist*
- 45 [Ahora que estamos juntas](#). Mujeres con discapacidad en el feminismo  
*Por Johanna Ureña*
- 48** [ACOSO CALLEJERO Y MICROMACHISMOS](#). *Derribando todo*
- 49 [Acoso callejero](#). Las cosas por su nombre  
*Por Lara Fleites Fink*
- 53 [Vienen las pibas marchando](#)
- 54 [Construir poder feminista y popular](#)  
*Por Belén Rozas*

- 58 **POR ELLAS...** *Seguimos luchando*
- 60 [Gritamos basta, por ellas y por todas](#)  
*Por Sofía Acosta*
- 65 [Su sonrisa como bandera](#)  
*Por Carla Basani*
- 67 **AMOR COMPAÑERO.** *Tiempo amoroso, ¡listas, ya!*
- 68 [Eso del amor que trata de ser lo que es](#)  
*Por Magalí Sánchez García*
- 74 [Coger acorde al sistema](#)  
*Por Manu Martínez*
- 79 [Que viva el amor compañero y el compañerismo amoroso](#)  
*Por Coral Herrera Gómez*
- 88 [Educada por una pornstar](#)  
*Por Maru Labat*
- 93 **ADOLESCENCIA TRANS.** *El nombre propio*
- 94 [Si tuviera un deseo sería revisar mis privilegios](#)  
*Por Carolina Unrein*
- 98 [Ser joven. Ser tránsito. Ser uno](#)  
*Por Alan Otto Prieto*
- 104 [Lo máximo](#)  
*Por Alessandra Luna*
- 105 **MIGRANTAS.** *Que se vengan todas*
- 106 [Ser feminista, ser jóvena y migrante](#)  
*Por Elizhetere Gennes Santiago*
- 110 [Feminista orgullosa y retobada feliz](#)  
*Por María José Jara*
- 115 **FÚTBOL.** *En la cancha como en la vida*
- 116 [En la cancha, el motor es el deseo](#)  
*Por Juliana Román Lozano*
- 119 [Las chicas también jugamos a la pelota](#)  
*Por Luciana Ghiberto*
- 129 [Puto mancha camiseta](#)  
*Por Lucas Palacios*
- 133 [El juego como derecho humano](#)  
*Por Mónica Santino*

- 139 **SORORIDAD**. *Entrelazadas y hermanadas*
- 140 [Sororidad, lo que queremos todas las pibas](#)  
*Por Abril Pérez*
- 142 [Un acto de resistencia política](#). *Ser hermanada y en manada*  
*Por Camila Suárez*
- 149 **TERRITORIO**. *Crecen desde el pie*
- 150 [Ser alguien](#)  
*Por Camila Ramírez*
- 152 [Crímen imperdonable](#)  
*Por Gerónimo Ballerini*
- 154 [El feminismo fue confirmar lo que me estaba preguntando](#)  
*Por Lorena Rodríguez*
- 157 [Los encuentros](#)  
*Por Belén Rodríguez*
- 158 **ORGANIZACIÓN**. *Defender la alegría, organizar la rabia*
- 159 [Al centro](#)  
*Por León Esquenazi*
- 161 [Somos pibas hermanadas](#)  
*Por Asamblea de Adolescentas Feministas de Luján*
- 163 [Las chicas y las jóvenes tenemos ganas de cambiar las cosas](#)  
*Por centro de studentxs "Transformar" de Chaco*
- 166 [Un viernes verde que marcó un antes y un después](#)  
*Estudiantes de Instituto Espíritu Santo de Lanús*
- 170 **ABORTO LEGAL**. *La marea verdevioleta*
- 171 [¿Por qué el aborto legal nos hace libres?](#)  
*Por Celeste Mc Dougall*
- 175 [Somos nosotras, son nuestros cuerpos](#)  
*Por Antonella Giuso*
- 178 [Por nuestras ancestras estamos acá](#)  
*Por Julieta Lopresto Palermo*
- 182 [La vigilia de las pibas](#)  
*Por Nadia Fink*
- 184 **LOS SÍ Y LOS NO**. *Lo que se aprende no se olvida*  
*Por Laura Rosso*

# La historia hoy en las calles


Por Nadia Fink y Laura Rosso



El feminismo está en boca de todo el mundo. En la tele, en la radio, en las redes sociales, en el almacén y en el tren, en el colectivo y en los hipermercados. Que “feministas duras”, que “feminazis”, que “yo soy feminista, pero no odio a los hombres”.... Cada quien opina, habla, pero pocas veces nos detenemos a pensar el protagonismo ganado (a fuerza de años y luchas y abrazos) por las mujeres, lesbianas, travestis y trans en los días de hoy. El feminismo se construye día a día, porque cada vez más jóvenes y jóvenes se acercan a descubrirlo, vivirlo y transmitirlo. Esa construcción es un acontecimiento que lxs sitúa de un modo diferente para luchar por sus derechos. Porque desde su infancia y adolescencia empiezan a tomar conciencia de que un mundo más igualitario significa un mundo más justo y más libre. Tienen sentido común y lo ponen en práctica. Así se asoman a esta revolución feminista y se agarran fuerte de la potencia que conlleva esa construcción, cuyas vigas principales son el amor y la sororidad. Se trata también de una toma de conciencia revolucionaria que ocurre desde temprano y conforma una plataforma de despegue para ellxs –niñxs y jóvenxs–, que ya saben que el patriarcado es un sistema de dominación que oprime y que hay que desarraigar.

La expresión del feminismo es la expresión de un movimiento político que crece con la poderosa herramienta de la

palabra. Es político porque apunta a otra organización de la sociedad. Como un río que corre caudaloso, el compromiso feminista fluye, talla y batalla en una dirección propia, lejos de los valores patriarcales. El pensamiento y la acción crecen desde abajo y surgen en contextos de grupos donde cada vez hay más chicxs que no callan las injusticias y los abusos porque sa-



El fuego feminista  
está vivo y sus  
llamas se reavivan  
en el amor.

ben que su palabra importa, vale, pesa. Son las nuevas generaciones que salen a la calle a gritar por la equidad, a luchar por sus derechos. El feminismo se está renovando, se expande y refuerza sus estrategias. Inventa herramientas y ya no parece utópico terminar con el sexismo y la opresión. La sororidad

nos alienta porque esa hermandad que entrelaza al género femenino es intensa e increíble. Produce transformaciones en las miradas que estallan de confianza y amistad, de compañerismo y respeto, de valor y valentía. La sororidad da lugar a una solidaridad entre mujeres que deciden protegerse y proteger sus derechos. El feminismo es capaz de cambiar formas y direcciones establecidas para proponer un mundo sin discriminación. Y lo está haciendo.

Mientras conservadorxs y patriarcales no dan abasto para buscar leyes y diccionarios que justifiquen su espanto por el “todas y todos”, por la “x” o por la “e” -esa manera que encontraron para incluirnos a todes, porque “lo que no se nombra no existe”-, mientras siguen pensando que el lenguaje es algo quieto e ilustrado; ellas, ellos, van haciendo sin pedir permiso su propia revolución. Y pensando en el lenguaje como constante transformación es que pensamos que este libro, estos feminismos eran para “Jóvenas”, tal como nos enseñaron las zapatistas cuando nos dijeron que todas las palabras pueden llevar la “a” para nombrarnos

adecuadamente, y porque si ya tiene la “e” que tanto molesta incluida, mejor revolucionarla.

Pero además de “para”, este es un libro escrito “por” las jóvenes, porque la voz en primera persona es necesaria y le da valor a lo que no puede contarse si no es desde la mirada propia. Hay masculinidades también, pero como todxs están deconstruyendo su mundo, comparten esa “a” y caminan como pares cada día.

*Feminismo para Jóvenas* comenzó a brotar durante el #8M y terminó el #14J, cuando la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (una lucha que trazó uniones entre tantas generaciones de mujeres y cuerpos gestantes) lograba la media sanción en la Cámara de Diputados. Fue durante la noche previa, la madrugada, donde pudimos ver y aprender cómo se ganan las batallas: envueltas en mantas, comiendo pizza en círculo, jugando a las cartas, tomando mate para paliar el frío, las jóvenes pusieron el cuerpo y el corazón para conseguir una ley que fuera para todas, y que las sobreviviera hasta el infinito. Nos dieron una lección inolvidable: la de que ser joven significa también pensar en el futuro, de la mano y en un mundo más justo y más libre.

Hoy el feminismo es global y nos encuentra juntxs en la libertad que buscamos para nuestrxs cuerpos, diversos y disidentes. El fuego feminista está vivo y sus llamas se reavivan en el amor. Cada vez más.







“

*Las chicas toman la palabra. Y ponen el cuerpo. Buscan ser más libres, más gozosas, esquivar los cuerpos uniformados, gritarle al acoso callejero, reclamar por sus amigas, tener sexo sin el fantasma de la clandestinidad del aborto.*

*Son protagonistas de la revolución de las hijas.*

# Las Antiprincesas crecieron y ya son protagonistas

Por Luciana Peker



Las antiprincesas crecieron y dejaron de esperar ser besadas por el príncipe para despertarse de un sueño de un siglo, de sufrir el miedo de cruzar por el bosque y de cargar una coronita en la cabeza que achataba sus sueños. El pañuelo verde, de la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito, se colgó de las mochilas y entró a las aulas, viajó en colectivo, se reconvirtió en un símbolo de complicidad en las plazas, se vistió de aullido de poder en los puños y se abrigó como un modo de defenderse del frío en el cuello en la vigilia del 13 de junio, en el Congreso de la Nación, para lograr la media sanción de la legalización de la Interrupción Legal del Embarazo.

Las niñxs con las puertas abiertas a saberse libres, a tomar modelos históricos de mujeres, lesbianas y trans aguerridas, creativas, potentes, sensibles y revolucionarias se sacaron los moldes de sumisión y uniformidad que les ofrecía el mercado de una sola oportunidad, un solo cuerpo, una sola sexualidad, una sola opción vital. Ahora, son chicas, pero no tan chicas, ya son sujetas políticas y de derecho: están en las calles, en las redes sociales, en los centros de estudiantes, en las organizaciones sociales y políticas, en la música y el arte, en las radios y en el diseño y se hacen ver y escuchar en todos lados donde están, incluso –y con un rol fundamental– en las mesas de sus casas.

Las chicas no nacieron de un repollo. Igual que, Ni Una Menos, la marea verde y el empoderamiento de las jóvenes no son un fenómeno aislado o de moda. Son un fenómeno que explota ante los ojos –y se pone glitter verde en las marchas del 8 de marzo, en Ni Una Menos y en los pañuelazos por la legalización del aborto para que nadie pueda quedarse sin verlas–, por eso destellan con su brillo que atenta contra toda invisibilización.

Pero la revolución de las hijas tiene su raíz y su historia. En este libro esa historia está contada. Ofelia Fernández fue educada por el rosa Barbie que quería uniformar a las niñas y dejarla en el rincón del hit machista de “las nenas con las nenas”. Ella, en cambio, abrió a codazos, un espacio para las mujeres en la conducción del Centro de Estudiantes del Carlos Pellegrini –con antecesoras como Lucila Schonfeld o Ana Minujin, entre otras– y no solo ocupó un lugar de poder en la conducción juvenil, sino que jerarquizó la agenda de género y dio pelea contra la designación de un regente con antecedentes de violencia de género, contra las autoridades y las presiones sindicales. “Entré a un movimiento secundario sin mujeres a la cabeza ni la problemática de las mujeres en la cabeza. Me voy de uno que hace congresos feministas, exige Educación Sexual Integral y viste el pañuelo del aborto”, flamea como victoria Ofelia.

Porque, como dicen las maravillosas autoras, periodistas, escritoras y madres de jóvenes (porque nuestras maternidades también nos escriben singular, textual y políticamente) Nadia Fink y Laura Rosso, la juventud es futuro. Pero el tiempo es ahora. Y el futuro es un presente que rompe la desidia de la apatía antipolítica y muestra el sentido transformador de la política, proyecta un mundo mejor para las otras, las nuevas, las recién llegadas y para lo que se viene, pero también, además (incluso antes de empezar a votar o de tener edad para poder ser elegidas diputadas) ya tiene pasado. Y eso es porque la historia viva del movimiento feminista tiene una marea que



no es un fenómeno aislado, ni azaroso, mucho menos causal, sino una sal que viene remando para que las transformaciones lleguen, como barcos que no se divisaban ante la niebla de la mirada machista y el blindaje mediático, pero que las feministas sí veíamos como faros y guiños entre marchas y charlas y encuentros en los que nos fuimos organizando y abrazando.

Hace dos años los grandes diarios les decían a las jóvenes que solo los profesionales de la salud podían hablar de aborto para demonizar las charlas en los colegios secundarios. En 2018 las chicas sub 18 fueron expositoras ante el Congreso de la Nación. Con voz, pero sin voto, de todas maneras, forjaron una ruptura de género y generacional ante la política tradicional y su influencia en el poder político fue clara, aunque ni siquiera podrían ser diputadas, hasta dentro de una década, su acción política reescribe la noche de los lápices, la laica y la libre, la reforma universitaria, mayo del 68 y la noche de los bastones largos porque ellas ahora son protagonistas como estudiantes de hacer del saber un poder, de poder y querer que la imaginación tome el poder, de rechazar la represión y de pedir más derechos para todos, pero –también– para todas, porque no es cierto que los varones en la conducción secundaria o estudiantil las representaban igual, tomaban su voz como propia o les daban una entidad singular a la prepotencia machista que las pateaba en la cara.

Ahora son ellas las que desafían el poder político adulto, el tradicional y misógino e impulsan nuevas usinas en las que el poder se construye y se legitiman liderazgos e interlocutoras validxs. El lenguaje inclusivo es lengua, pero lengua viva, porque no es solo una A o una E lo que está en juego, sino el poder de estar adentro y de poner el cuerpo para hacer un acto más allá de la voluntad o el sacrificio, para disfrutar, cuidarse e ir por más derechos.

En el libro también aparecen las voces de las compañeras de Anahí Benítez, de 16 años (su cuerpo fue encontrado el 5



de agosto de 2017), y de Micaela García (su cuerpo fue encontrado el 8 de abril de 2016), dos jóvenes emblemáticas de los femicidios contra las jóvenes que ya marcharon con la consigna Ni Una Menos y fueron víctimas de la revancha machista, dos jóvenes que fueron asesinadas (en el momento en que iban o venían de la búsqueda legítima y política de disfrutar, pasear y bailar) por un machismo que coarta la libertad de las adolescentes y busca disciplinar a todas y que, además, fueron buscadas, reivindicadas y homenajeadas por sus compañeras de colegio y de militancia popular.

Micaela y Anahí, Anahí y Micaela son dos nombres que simbolizan los femicidios de las jóvenes para las que no hay políticas públicas para prevenir sus muertes, ni para garantizar su deseo, libertad y autonomía. Y que, además, representan un problema latinoamericano –el asesinato de jóvenes en territorios tomados por el machismo maximizado por el narco, los tranzas, las fuerzas de seguridad o las herencias paramilitares o parapoliciales de las dictaduras militares– para el que las propias jóvenes latinoamericanas tienen que tomar la palabra para pedir justicia y para prevenir otras muertes y, además, la sombra del miedo creciendo con ellas o disputando su derecho al goce en la calle, las plazas, las discos o donde quieran y gusten.

Las chicas toman la palabra. Y ponen el cuerpo. Buscan ser más libres, más gozosas, esquivar los cuerpos uniformados, gritarle al acoso callejero, reclamar por sus amigas, tener sexo sin el fantasma de la clandestinidad del aborto. Son protagonistas de la revolución de las hijas. Y son las dueñas de un feminismo que busca en la felicidad un horizonte donde el tiempo y el territorio son por todas, y por ellxs, una forma de socializar el goce y colectivizar las demandas. Las protagonistas son las jóvenes y escriben su propia historia.

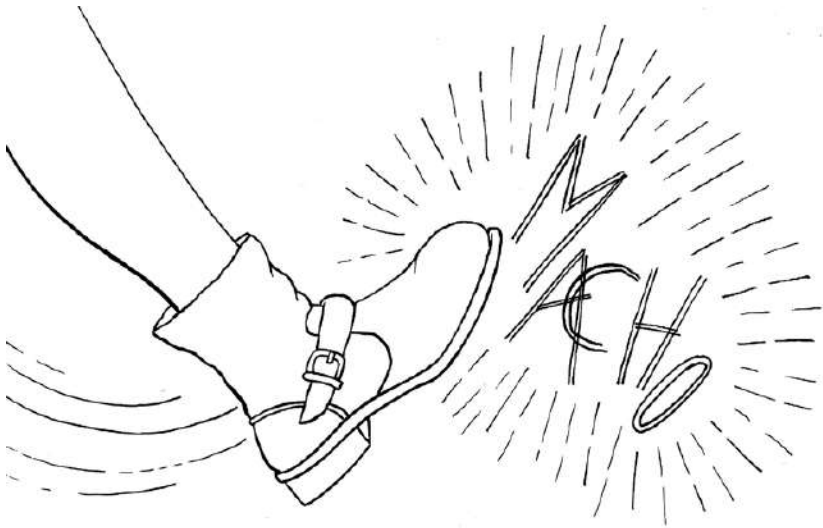
Bienvenidas al mundo que soñamos.



1

# Patriarcado

Se va a caer



*¡Usted está mal!  
¡Todo este maldito sistema está mal!*

**Lisa Simpson**

# Las jóvenes ya decidimos:

## no queremos ser más esta humanidad



Por Julieta Lopresto Palermo\*

**L**as jóvenes luchamos. Luchamos y no es casualidad, ni precaria sazón, mucho menos artificio. Las jóvenes, según dicen, nacimos cuando ya no quedaba nada. Apenas nacidas fuimos testigas de algunas de las grandes miserias humanas y de monumentales estrategias de resistencia para poder sobrevivir. Nacimos en los inicios o finales de los años 90 y algunas otras a principios de los 2000, cuando otras jóvenes ya caminaban entre las chapas de cualquier merendero en los que las venideras haríamos fila apenas un rato después. A las jóvenes nos hicieron creer que no quedaba nada y tuvimos que descreerlo con las herramientas que nosotras mismas construimos.

Las jóvenes luchamos. Entendemos que somos quienes debemos tomar la posta y correr. Corremos, más bien trotamos, observadoras, a sabiendas de que no hay nada más (y nada menos) sin apuro que un movimiento de mujeres haciendo historia.

Nosotras nos cansamos de oír la arenga patriótica de la adultez progresista que insiste en resaltar la contradicción biológica existente entre ser joven y no ser revolucionaria: aun así, cuando resolvemos materializar las medidas de lucha, las jóvenes solemos ser señaladas, subestimadas e infantilizadas.

Las jóvenes tomamos posicionamiento aunque se busque reiteradamente desacreditar nuestras batallas. Y nombramos



“a todes”, porque nosotras bien sabemos que lo que no se nombra, no está: valga la redundancia, nuestra lucha por la libertad será para todas o para ninguna. Aquí y ahora la despatriarcalización es un lugar común para construir redes y horizontes. Desprejuiciadas, nos acompañamos en los procesos del devenir, indómitas, y comprendemos cuál es el precio de desafiar lo que quisieron hacernos creer. Desaprendidas, reinventamos las formas de relacionarnos, para que la libertad deje de ser un precario anhelo de la desventura. Resolvimos no cumplir papeles que no firmamos. Las jóvenes, en los abrazos colectivos, “acuerpamos” la rabia necesaria para arremeter contra la imposición de deseos que no son nuestros. No aceptamos ni reconocemos que el Estado y sus poderes hipócritas se lleven puesto nuestro derecho a habitar el mundo siendo quien queremos ser. El 13 de junio de 2018<sup>1</sup>, créannos, sabíamos muy bien por qué estábamos eligiendo el devenir de los cordones de las veredas en almohadas.



Ya no hay manera de no considerar al feminismo como el movimiento político más importante y fundador de este nuevo siglo. El más grande de los objetivos, como elegimos apre(h)ender de nuestras madres y compañeras, es detonar las razones que desde hace 500 años amedrentan nuestras vidas y coartan nuestras decisiones. Las jóvenes, nativas tecnológicas, traemos bajo la manga la reconfiguración de las estrategias que heredamos de quienes llegaron primero a organizar la rabia, pero esta vez, para jugar el juego del siglo XXI.

Hartas y organizadas, aún sin instrucciones sobre cómo cambiar el mundo, vamos a hacer una revolución. Las jóvenes ya decidimos: no queremos ser más esta humanidad.

\* 21 años, Lanús. Fotógrafa, integrante de *Marcha Noticias*.

1 Vigilia previa a la votación en el Senado de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo.





# La lucha

## sigue

Por Rocío Alterleib\*

Cada 8 de marzo marchamos porque no hay un solo día en que nos sintamos seguras, en ningún sentido. Caminar con o sin ropa “provocativa” es arriesgarse a aparecer en un zanjón. Maquillarse es de puta, no hacerlo de incógnita. Ser flaca es de frígida que no come para ser parte de una sociedad cosificadora que lo único que quiere es que estemos a su servicio, y ser gorda es un pase libre para que te violen, ya que, de otra manera, nunca nadie te iba a querer coger.

Cada 8 de marzo marchamos también, y sobre todo, reclamando que dejen de matarnos. Hay una sociedad que justifica al femicida porque la mina, sea como sea, se lo buscó. Somos víctimas malas desde que salimos del útero y si alguien abusa de nosotras, siempre hay gente que cree que respiramos para cumplir los deseos de un pene o varios.

Marchamos también para que deje de haber transfobia, lesbofobia y homofobia, para que el cupo trans se cumpla y que la prostitución deje de ser la única opción de las chicas trans (y las no trans -cis- pobres también).

Paramos, además, para que nos dejen decidir sobre nuestros cuerpos (lo que incluye elegir cómo y cuándo ser madres), que el mundo deje de indignarse cuando pintamos paredes y que se una a la lucha para enojarse por lo que realmente

importa: que no nos dejan ser libres y para que entiendan que con eso demuestran que no nos consideran seres humanos.

Es por eso que “si tocan a una, nos tocan a todas”. No nos matan sólo cuando hacen que nuestros corazones dejen de latir, sino también, día a día, con lo que el machismo nos hace; denigrándonos en todos los ámbitos de la vida, quitándonos la libertad de querernos entre nosotras sin ser una película porno caminante, o relacionando nuestras maneras de expresarnos con la menstruación. La misoginia nos duele siempre, no sólo cuando la vivimos en carne propia, y movilizarnos es hacernos cargo de que ese fuego se llevó cuerpos pero no ideologías y que la batalla sigue siendo la misma.

Es peligroso ser feminista; significa exponerse todo el tiempo a cualquier tipo de agravio (como si algún calificativo pudiera denigrar la lucha). Con esto último quiero decir que, cuando tenés “enemigos” que sólo saben insultar a las integrantes del movimiento y no a la lucha en cuestión, la lucha se fortalece y se vuelve más ardua porque el debate no puede darse con gente que discrimina a las feministas haciendo oídos sordos a los planteos del feminismo.

El feminismo es una visión del mundo que quiere responder a la dolorosa pregunta: “¿Por qué nos usan como un trapo de piso?”.

Pero algo es seguro: el feminismo provoca debate y cada 8M el consenso que se genera va en aumento. Es un día de paro y movilización para no estancar las luchas en el pasado y salir a pelear como lo hacían ellas. Porque me imagino marchando junto a las dos Simone, De Beauvoir y Weil, y me llena de orgullo como también de bronca, porque pasaron décadas y los reclamos siguen siendo los mismos.

\* 25 años, Villa Bosch. Locutora y periodista femininja.



# Lxs hijxs del

# feminismo

Por Ofelia Fernández\*

19

**C**onocí al feminismo hace un par de años, pero lo necesité desde el primer día de mi vida (de mi vida posta, no voy a jugar para los abanderados del feto).

Es fuerte, porque pasa en el sentido literal. Al feminismo no se le escapa, al menos no en la materialidad que nos es propia a las mujeres. Muchas pueden repeler teóricamente su sentido de pertenencia pero cuando pisan la calle, prenden la tele o están en pareja, entre miles de situaciones más, van a ser atravesadas por esa injusticia.

Nacemos en muchos casos al calor de madres frustradas y violentadas en su parto. Vivimos nuestras infancias atadas a estereotipos que jamás elegimos, pero que logran asentarse como incuestionables; no se nos ocurre querer algo distinto, las cosas son así: con barbie y de rosa. Le temimos a recibir un rayo de dios en la cabeza cuando de repente nos hacía ruido lo de “las nenas con los nenes”. Creemos romper las cadenas del hogar empezando a recorrer solas nuestras calles y terminamos descubriendo que nos atrapan otras; no se está siendo libre cuando te gritan a cada paso, cuando te sentís amenazada, cuando cruzás de vereda para estar cada vez más sola, porque así es el miedo.

Llegar al secundario fue seguir teniendo miedo, pero dejar de tenerlo sola.

Algo que me fascina es haber trazado una etapa que aparecerá con certeza en los libros de historia. Entré a un movimiento secundario sin mujeres a la cabeza ni la problemática de las mujeres en la cabeza. Me voy de uno que hace congresos feministas, exige Educación Sexual Integral y viste el pañuelo del aborto.

Fue paso a paso. Para la sociedad también. Nos conmovimos más de lo esperado en Ni Una Menos porque nos mostró que, si bien ya sabíamos lo desigual de nuestro mundo, no tanto el potencial que teníamos. Encontrarnos ahí, miles y miles, siendo protagonistas como pocas veces, con las remeras de compañeras asesinadas; nos hizo ver que queríamos romper todo, y que podíamos. Se acabó el techo. Se acabó la mirada de angustia y rendición ante un hombre prepotente, la obediencia a los mandatos femeninos de cocina, limpieza y belleza. Se acabó lo que se daba; ahora acabamos nosotras.

En nuestras escuelas se profesa este feminismo, y lo interesante es que considero que allí está la cumbre de la fe, la plena confianza en que vamos a derribar el mundo conocido. Eso es fácil de decir, pero difícil de creer. A veces luchamos por algo mostrándonos optimistas mientras quizás nos sentimos derrotadxs, y me alegra decir que este no es el caso: estamos convencidxs de que vamos a vencer, no porque sea nuestro destino sino porque estamos día a día peleando desde abajo para ello. Se lo cuestiona todo, nada se salva de ser puesto en disputa. No hay sólo comisiones de género, también las hay de mujeres empoderadas, de varones anti-patriarcales y de atención a casos de violencia y abuso. Eso habla de una preocupante cantidad de problemáticas, pero también de una gran organización.

Nuestra filosofía se trata de ser capaces de ponernos a nadar si el patriarcado nos inunda, jamás quedarnos cabizbajxs.

El año pasado como Pellegrini fuimos el primer colegio en asistir al Encuentro Nacional de Mujeres como tal, de



organizarnos las pibas, contra las trabas de las autoridades, para no privarnos de vivir tres días con la manada a puro canto y purpurina. Me acaricia el corazón acordarme de esos días, de haberle ganado esa pelea al rector, de haber compartido esa experiencia con mis compañeras y conocer finalmente ese fin de semana que muchas –cada vez más– hace años se agendaban para discutir y movilizar. Pero esto tiene que multiplicarse, fuimos el primer Centro de Estudiantes en lograrlo y no podemos ser el último. Creo que vamos por buen camino.

Estamos soportando este presente tempestuoso porque

Se acabó lo  
que se daba;  
ahora acabamos  
nosotras.

vemos cual amanecer forjarse un futuro alucinante. Puteamos diciendo hijx del patriarcado y también esperamos con ansias que lleguen lxs hijxs del feminismo, ese momento en el que, al contrario de mi propio relato, gocemos la libertad desde que naz-

camos,elijamos nuestra identidad sin preceptos, vivamos la infancia con otros cuentos, que en las líneas de tiempo de los pizarrones se anote que el 3 de junio fue Ni Una Menos, que el misoprostol sea ibuprofeno, hablar de abuso y violación como algo completamente imposible y ajeno. Es vivir otros conceptos, empezarlos desde cero. Es lo que tenemos por delante si en esto creemos. Y creemos.

*\*18 años, CABA. Feminista, popular e inclusiva.*





# Feminismo, nuestra caravana del amor

Por Mora Sánchez Rosso\*



**P**orque salgo a la calle y tengo miedo, porque camino y tiemblo, porque prendo la televisión y escucho la historia de mis hermanas asesinadas, y con ellas me muero un poco yo también. Porque no se murieron, las mataron. Las mató el sistema, ese que nos oprime y nos atraviesa. Nos atraviesan sus normas, sus construcciones y sus injusticias. Nos matan, nos matan porque nos quieren dóciles, sumisas y objetos de su propiedad. Nos matan todos los días, todo el tiempo. Nos mata el patriarcado. Nos matan y el mundo de todas se para, mi mundo se para. La muerte nos mira de frente, nos paraliza, nos interpela, nos quema y me duele, me desgarrar.

Pero estamos todas juntas, hermanadas y en manada. Porque el amor es más grande, y acá todas somos una. Una sola cuerpa.

Somos una caravana de amor, un orgasmo colectivo, somos una fuerza arrasadora y abrazadora, un grito, una necesidad. Somos libertad, sol, tierra y mar.

Ovarios, garra y corazón, somos mujeres organizadas, somos todo. Y el feminismo es así, no te podés escapar: te agarrar, te abraza y te sostiene, ellas-nos-sostienen, te hace creer y crecer.

Somos una  
caravana de  
amor, un orgasmo  
colectivo.

Porque con ellas puedo, con ellas soy.  
Porque con ellas me siento libre, fuerte  
y sana, y es así.

Porque nos queremos dueñas de no-  
sotras mismas, desendeudadas, con ga-  
nas, con educación y juntas.

Porque el patriarcado no se va a caer,  
lo vamos a tirar entre todas.

Porque el feminismo va a vencer.

*\*16 años, Quilmes. Estudiante, feminista, hermana sorora.*





# Atravesadxs

Por Laura Hernández Arregui\* y Lucas Grimson\*\*

24



**¿** Qué es el patriarcado? ¿Por qué nos rige un sistema basado en el *poder de los padres*? ¿Podemos salirnos del sistema? ¿Dónde lo encontramos? ¿De qué forma lo combatimos?

Últimamente la palabra “patriarcado” está cada vez más presente en nuestras conversaciones cotidianas, en los debates y en nuestros discursos a la hora de exclamar la esencia de nuestra lucha en relación al feminismo. No sólo desde la militancia, sino también en la pura vida cotidiana, nos encontramos todos los días frente al patriarcado: cuando nos oprime, cuando discrimina a las pibas, cuando abrimos los ojos y cuestionamos esa opresión, cuando nos deconstruimos y empezamos a tirarlo abajo.

Sin embargo, ¿es acaso una palabra que comprendemos teniendo en cuenta sus diversas perspectivas ideológicas o solamente la comprendemos desde la gramática? Es decir, ¿es el patriarcado el símbolo del padre como figura de autoridad y superioridad o es la representación de procesos históricos donde el hombre se posiciona en un atril de superioridad para que sus intereses prevalezcan por sobre los de la mujer?

El patriarcado es, sin duda, un sistema de opresión que nos atraviesa visiblemente. Nos atraviesa, hoy, por la presencia



que tiene este término, por los debates que se vienen generando y por las luchas que venimos dando; así como nos atraviesa, desde hace milenios, por las normas que impone a través de construcciones sociopolíticas que generan opresión hacia las mujeres y las disidencias, sólo por el hecho de serlo.

A la opresión patriarcal la encontramos todos los días y en todos lados: desde las góndolas de los supermercados, hasta la organización familiar; desde las publicidades, hasta en las aulas; desde el mercado laboral, hasta en los libros de historia; desde la vestimenta, hasta la alimentación; desde la orientación sexual y la identidad de género, hasta los cargos políticos.

Vamos al colegio y encontramos que las consecuencias del patriarcado están una y otra vez presentes: hablando de próceres no se reivindica el rol histórico de las mujeres, ellas no existen; en Química parece que no hay mujer que haya descubierto algo y en Literatura damos las gracias cuando leemos a una autora.

Vamos al colegio y también nos encontramos con la militancia; mejor dicho, en la militancia: desde los centros de estudiantes, el movimiento estudiantil y las comunidades educativas nos movilizamos para cambiar la realidad que constantemente presenciamos.

En el mundo se desarrolla la cuarta ola del feminismo y, por lo tanto, en los secundarios de la Argentina también: queremos formarnos con perspectiva de género, analizando el rol de las mujeres en textos literarios y en nuestra historia, entendiendo que muchas tuvieron roles importantísimos en descubrimientos científicos, revoluciones históricas o fenómenos artísticos, y que también fueron muchas las que quisieron tenerlo pero se encontraron con la opresión patriarcal.

Nos movilizamos por transformar la perspectiva de nuestros colegios, así como también para cuestionar las normas con las cuales vivimos: desde la afeitadora rosa “para mujer” que es más cara en el súper, hasta la mamá que llega de traba-



jar y cocina mientras papá llega y toma whisky; desde la condena a la orientación sexual o la identidad de género, hasta las proporciones dispares en la cantidad de varones y mujeres en los cargos públicos. Estas normas, que a algunas personas nos llaman tanto la atención, son las mismas que a otras les impiden desnaturalizar esas realidades injustas.

Así, podríamos preguntarnos: ¿qué tan alejadx o involucradxs estamos lxs jóvenxs de esta cuarta ola del feminismo, que cada vez va ganando más las calles y avanzando en la con-


quista de derechos? ¿Están lxs más pequeñxs aisladx de este hecho social? La respuesta a esta última pregunta sería un “no” rotundo, sin embargo es una realidad que una gran parte se encuentra desinteresada y, en consecuencia, ajena a este movimiento social y popular: ¿faltan respuestas? ¿Faltan

cuestionamientos? ¿Falta compromiso? ¿Faltan políticas?

Así como algunas jóvenes hoy, en 2018, se encuentran ligadas al feminismo y se involucran a partir del interés de sus cuestionamientos, también son muchas las mujeres que se vienen comprometiendo desde hace años para llegar al nivel de debate con el que nos encontramos hoy. Por eso, es esencial comprender la importancia de visibilizar la existencia del patriarcado como sistema de opresión avalado histórica y políticamente por las clases más pudientes. Es fácil decir “*hay que cambiar*”, pero a la hora de transformar la realidad, bajo ninguna circunstancia se puede buscar un cambio que deje de lado a la base del país, consciente de sus reclamos sociales para la construcción de una nación soberana.

Por otro lado, el hecho de que el patriarcado nos atraviese de manera tan transversal y evidente provoca que se genere

2'



La juventud comprometida y militante es la que va a llevar adelante el proceso de transformación social.

una respuesta contundente: otra transversalidad. El sistema avanza con su opresión cuando la educación forma construcciones sociales machistas y patriarcales, cuando no se cumple con la ley de Educación Sexual Integral. Este es un ejemplo en el que lxs estudiantes nos encontramos con el patriarcado y con la falta de políticas públicas.

Entonces, nos volvemos a preguntar: ¿falta que el feminismo genere cuestionamientos que capten el interés de la sociedad? ¿O acaso faltan respuestas a la opresión patriarcal y los problemas que genera?

Es esencial seguir con el compromiso para cuestionar(nos) día a día cada una de las normas sociales establecidas para así reconocer claramente la opresión; sin embargo, es muchísimo lo que falta avanzar en la aplicación de políticas que hagan frente a los problemas con los que hoy en día la sociedad debe lidiar.

Pareciera que se perdió el hilo, que terminamos hablando de otra cosa. Por el contrario, al hablar de patriarcado es esencial hablar de la necesidad de analizarlo ideológicamente según cómo nos atraviesa en nuestras vidas y escuchando nuestras voces, la de lxs jóvenxs. Es fundamental comprender que la juventud comprometida y militante es aquella que va a llevar adelante un proceso de transformación social, generando interés, demostrando el porqué de la lucha que se está dando para que el patriarcado caiga y el feminismo venza.

*\*17 años, CABA. Presidenta del Centro de Estudiantes del ILSE, militante feminista, nacional y popular de la Patria Grande.*

*\*\* 17 años, CABA. Estudiante secundario, militante feminista de la Patria Grande y del Centro de Estudiantes del ILSE.*



# Unx mundx donde quepan

## todxs lxs mundxs

Por Colectivo de varones antipatriarcales (CABA)\*

28



**S**umergido en la marea de creatividad de un niño de tres años, surfeando juegos inventados, recreados con amigxs invisibles a los ojos adultxs, se me escapó una pregunta, nunca tan políticamente incorrecta, que la oreja de mi abuela, buena matriarca de siete hijxs del sudoeste bonaerense más austral de todos, cazó en el aire:

–Abuela, si vos hubieras podido elegir, ¿qué hubieras preferido ser? ¿Nena o nene?

–¡Nena! Me respondió contundente.

–¡Yo también! –le contesté con la misma contundencia.

La imprecisión de la imagen posterior a esa afirmación se apodera de mi recuerdo. Lo que sí me queda claro es que en ese recuerdo desdibujado no había lugar para lo que ese niño, en ese momento, estaba proyectando.

Ya en la primaria, a la hora de la clase de Educación Física, siempre ocurría el mismo fenómeno. Al momento de separar varones y mujeres para practicar algún deporte determinado, imposible de pensar mixtamente a los ojos de profesorxs cavernícolas-patriarcales, surgía en mí la misma duda: si seguir o no el mandato de masculinidad y correr desesperado a la fila de “capitanes”, indiscutidos y exclusivos electores de jugadores de fútbol, sabiendo certeramente que ese deporte me aburría.

La ambición por ganar a toda costa y esa condena que significaba ser elegido “último” me perseguían. Odiaba toda esa ceremonia, pero era necesaria para poder seguir sobreviviendo dentro de las dinámicas de la masculinidad hegemónica que se enseñan y se reafirman en las instituciones educativas.

Alguna que otra vez tuve la intención de ser parte de ese grupo selecto de los “jugadores”. Mala mía... Comprobé que esa disputa no era para mí cuando las cargadas por “comerme un gol” o por patearla a cualquier lado tuvieron como consecuencia mi posterior exclusión de los siguientes partidos. Eso me liberó para siempre de tener que seguir intentando agradarles.

En cambio, la opción que por suerte siempre me generaba alivio era la de correr con las chicas a jugar a otra cosa, siempre más creativa, divertida y amigable. Toda mi primaria fue eso, ser tildado de “maricón”, “puto” o “mujercita” (todas categorías que ahora ressignifico con orgullo).

Por suerte o por mi confianza en los vínculos que consolidé con mis compañeras, ahora de adulto las únicas amigas de esa época que sigo teniendo son mis antiguas compañeras de voley, handball y elástico.

La pre adolescencia fue un momento especial. No recuerdo cuándo fue “el click”, pero de buenas a primeras me encontré transgrediendo aquellas reglas que una vez me enseñaron. Y con ello, aparecieron las miradas, los comentarios y los retos. Las observaciones estaban a la orden del día.

Recuerdo una conversación con mi mamá en la que ella me preguntó:

–¿Por qué caminás así?

–¿Así cómo?

–Así, moviendo las caderas.

–No me di cuenta.

Era cierto, no me había percatado. Esa tarde mi mamá miraba desde la puerta de casa cómo yo atravesaba, cual modelo



de alta costura, una pasarela imaginaria de dos cuadras hasta la ferretería del barrio.

Así que empecé a cuidarme, no quería ser descubierto. ¿Qué iban a pensar del hijo varón, el más grande, el que se pasaba todos los fines de semana ayudando a su padre en el taller? No me quedó otra que convertir esa transgresión en un juego y disfrutarlo en soledad.

Recuerdo horas en la ducha, bailando coreografías inventadas y creyéndome unx de esxs pibxs de la tele. Para los 11, me consideraba una promesa de la danza y un experto en turbantes con la toalla, que desarmaba antes de salir del baño. Infinidad de veces, a escondidas, me probaba ropa de mis hermanas. También recuerdo cómo me emocionaba mirando una película y la manera en la que me limpiaba las lágrimas para no ser descubierto. “Los hombres no lloran”, pensaba. O eso me hacían pensar.

La inocencia de aquellos años me hizo creer que iba a poder controlar esas maneras de ser, de actuar y de sentir. Que nadie lo iba a notar. Pero, tan pronto como me daba “piquitos” con mi vecinito de la cuadra, di, nuevamente, con esas miradas que no demoraron en transformarse en insultos, acusaciones y reproches.

Ya en el colegio industrial, se me apareció un escenario habitado sobre todo por varones y en donde había que demostrar todo el tiempo cuán masculino/macho se era. Tanto alumnos como profesores participaban de esto. Todo el tiempo estaba presente el golpe, la violencia física. Hacía falta que cualquier cosa que oficiara de pelota, sea una latita de gaseosa o una piedra, te pasara entre las piernas y que alguien gritara “caño” para que se te vinieran al humo y te pegaran. Nunca me agarré a piñas, pero sí muchas veces tuve que empezar a los empujones para “hacerme respetar”.

Yo siempre fui “el putito” de mi curso. Principalmente porque yo era el estudioso, el ordenado, el que se lavaba las manos



todo el tiempo en el taller y era bastante tímido. Con eso alcanzaba. Creo que durante mucho tiempo mis viejxs también pensaban que lo era porque yo era muy tímido y nunca había presentado una novia.

Nunca me sentí cómodo con esa forma de ser varón. No tenía palabras para enunciarlo de esa manera, pero lo sentía.

Con mis amigos de esa época, a quienes conozco desde hace más de veinte años, tengo muy poco nivel de intimidad. Al punto de conocer poco de nuestras vidas familiares y de cosas que nos pasaron. Con ninguno de ellos compartí mis miedos ni mis dudas cuando tuve mis primeras relaciones sexuales. Hasta hace muy poco el “cariño” con ellos lo expresábamos mediante piñas en los brazos o en los hombros o con la famosa “paralítica”.

Recuerdo siempre la culpa con que asumí una secuencia en donde un taxista a mis 16 años, él con 30 y pico, me convocó a practicarle sexo oral mientras me llevaba a mi casa, a las cuatro de la mañana, después de un cumpleaños de 15.

“¡Los varones también sufrimos violencia!”, gritan los siempre privilegiados varones que intentan desvirtuar la lucha feminista. Lo que no dicen es que siempre, siempre, los ejecutores de esas violencias son otros varones.

Si hay una salida de este régimen patriarcal, será en una lucha conjunta entre, por un lado, varones que traicionemos la extorsión política de la masculinidad hegemónica, y por otro lado, mujeres, travas, marikas y tortas empoderadas, que lideremos la voluntad de “construir unx mundx donde quepan todxs lxs mundxs”.

*\*Este texto en primera persona reúne experiencias reales de diferentes miembros del Colectivo de Varones Antipatriarcales de la Ciudad de Buenos Aires, con diversas identidades político-sexo-afectivas (heterosexuales, marikas, bisexuales, etc).*





# Cuerpos

Sin moldes ni modelos



*Si no puedo bailar, tu revolución no me interesa.*

**Emma Goldman**





# La culpa cae pesada

Por Manu Martínez\*

**M**i mamá y mi papá están separadxs y sus opiniones no suelen coincidir. Viven en departamentos muy distintos, eligen lugares diferentes a la hora de vacacionar y votaron a candidatos opuestos. Pero en algo sí están de acuerdo: estoy gorda.

Este último año encontraron bastantes ocasiones para hacerme comentarios sobre mi cuerpo y sobre mis preferencias a la hora de elegir el plato de un menú; pero hace poco que los dos, cada uno por su lado, me citaron a hablar y expresaron su preocupación respecto del tema. Dijeron que no tengo el mismo cuerpo que a los 15, que “estoy camino a la obesidad”, que tengo que cerrar la boca y ponerme en un plan de dieta estricto, y que el momento es ahora porque, dentro de unos años, puede convertirse en un problema. Yo les dije que como sano y que tuve un año de mierda, pero no, ellos no estaban preocupados por mi salud, o por mi bienestar, sino por mi aspecto.

Yo me venía sintiendo rellenita y me detestaba, pero la terrible preocupación que sentí por parte de mis papás me llamó la atención. ¿Tan “mal” estaba? Lo hablé con mi psicóloga. Ella se rio, me dijo que estoy lejísimos de la obesidad y que nadie tiene el mismo cuerpo que a los 15.



Cuando era chica la palabra anorexia me daba miedo. Había visto un par de fotos en revistas de chicas, huesudas, internadas en hospitales o tiradas en el piso que me generaron un terrible rechazo. Me prometí nunca llegar a eso, pero tampoco era algo que me preocupase demasiado. En ese entonces me encantaba mirarme al espejo, hacer boquita, admirar mis rasgos y posar para fotos. Pesarme era algo que hacía sólo cuando iba al médico.

Después del estirón propio de la pre-adolescencia, lógicamente, mis camisones se convirtieron en remerones, y los jeans que me quedaban chicos dejaron de ser motivo de festejo para ser motivo de alerta: había que frenar con el chocolate. Una vez que te convertís en “mujercita”, tu cuerpo tiene que estar a tono. Empieza a ser algo que la gente mira y sobre lo que opina. A mis amigas las mamás les compraban viandas light para el recreo y mis papás dejaban de preocuparse por mis dientes y empezaban a preocuparse por mi peso. Ahora, cuando les pedía una golosina del kiosco, la respuesta ya no

era “no, que la dentista a fin de año se va a enojar”. En su lugar me recordaban el jean que me ajustaba.

Dejé de sentirme un palito para sentirme el osito de goma que ya no podía comer. Mi relación con la comida se convirtió, de a poco, en la relación que (supongo) tienen los

alcohólicos con el alcohol: después de conocer el riesgo, ya no podés tomar ni un trago tranquila.

Me llené de pensamientos del tipo “me merezco este alfiler” y excusas como estar triste o estar indispuesta para comer con menos culpa. También me prometí ir al gimnasio al día si-

34



Faltan unos meses para el verano y, esta vez, no quiero que mi objetivo sea llegar con el cuerpo de otra, sino haberme amigado con el mío.

guiente, e incluso llegué a pensar “lo vomito más tarde” frente a una mesa llena de comida tentadora. La palabra anorexia cobró otro significado. Dejó de ser algo que me daba miedo, para ser algo que anhelaba y que ojalá tuviese la fuerza necesaria para hacer. Ya no eran las chicas tristes y huesudas de la revista; ahora eran las flaquitas y felices de internet.

Me convertí en una bulímica ocasional con muy poco éxito. La única vez que no postergué el plan de vomitar infinitamente hasta olvidarlo, lo máximo que logré fueron unas arcadas que resultaron en escupir un hilo de puerro que había comido hacía un par de horas. Otra vez, ya resignada a la bulimia y al horror de ahogarme metiéndome los dedos hasta la garganta, estuve todo el día tirada en la cama sin comer. Miré películas para pasar el tiempo y cuando llegó el momento de levantarme para ir a una clase de teatro, me di cuenta de que me sentía tan mal que si hacía la clase así me iba a desmayar. Me compré un alfajor.

En medio de mi desesperación y odio conmigo misma googleé los nombres de los laxantes de venta libre, la efectividad de los productos para bajar de peso de Farmacity, y analicé seriamente mis ahorros frente a la posibilidad de hacerme una lipo.

Tenía de soundtrack la voz de mi papá diciendo “me preocupa que no te preocupe”, como si a mí estar rellenita, gorda, obesa, o lo que fuere, me chupase un huevo. Y es que después de escuchar –por todos lados– comentarios sobre lo gorda que eran mujeres como Griselda Siciliani o la China Suarez, mi cabeza ya se había tarado. La hipocresía no me dejaba hacer una autocrítica razonable. Miraba por la calle otras mujeres y trataba de identificar qué cuerpo era el más parecido al mío. Intentaba verme desde afuera, saber qué porcentaje de la sociedad era más flaco que yo; pero no podía entender dónde estaba parada.

Lo que más me pesaba no era el peso, sino la presión. Yo quería que mis papás siguiesen viéndome hermosa como a los



ocho, cuando les decía que quería ser como las de la tele y me contestaban “vos sos más linda”. Me molestaba sentirlos más atentos a mi búsqueda por la flacura que a mi búsqueda por la felicidad.

Es verdad que, como dijo papá, con otro cuerpo yo “gustaría más”. De la misma manera de la que, probablemente, tendría más trabajo. Me pregunto si no quedé en algunos castings por eso. Pero también me pregunto si poner mi energía ahí no es, simplemente, una manera de evadir otras razones por las cuales podría no haber quedado seleccionada. Si quiero gustarle a gente que busca algo tan superficial. Si no es mejor invertir en mejorar mi talento, que en afinar mi cuerpo. Si proyectos en los que es indispensable tener un lomazo son, en el fondo, proyectos que me interesen.

Faltan unos meses para el verano y, esta vez, no quiero que mi objetivo sea llegar con el cuerpo de otra, sino haberme amigado con el mío. Porque no sé si voy a ser más feliz siendo más flaca. Como tampoco sé si voy a ser más feliz con otro smartphone. Buscar un cuerpo ideal es buscar algo inalcanzable. Sé que puedo estar más flaca, y eso siempre va a ser así: el cuerpo es un producto más de esos que nos venden. Claro que tengo ganas de verme bien, pero quiero hacerlo de una manera que sea sana tanto física como mentalmente. Porque del mismo modo que siento que mis papás se pierden de ver algunas cosas por estar mirándome las piernas, yo también lo hago. Conmigo y con otros.

Y no fue hasta que lo di vuelta que pude entenderlo: es mi búsqueda la que tiene que ir por ese lado. Soy yo la primera que tiene que buscar la felicidad en vez de la flacura. Y el primer paso es entender que no son sinónimos.

*\*23 años. Actriz y cofundadora de Revista Palta.*





# Más querer ser

Por Danae Abdalla\*

**R**ecuerdo que en la primaria me gustaba sentarme cerca de una ventana que daba al patio. Me gustaba mirar el cielo y la preparación de los actos en los “días festivos” de la escuela. Era el segundo banco a la izquierda. Pero siempre hay peros en las escuelas, y según la norma escolar era muy alta para la segunda fila. Y mi cuerpo desentonaba. Todo indicaba que me cambiaban de lugar, y ahí apareció uno de mis primeros antecedentes teatrales: hacerme la corta de vista para conseguir que no lo hicieran. Una pequeña mentira que me hacía feliz y mi primera burla al sistema.

Otra técnica de domesticación escolar: nenas para un lado, nenes para otro. Las nenas de dama antigua o mazamorreras; los nenes, granaderos... ¡Siempre tan binaria la escuela! Los actos eran casi todos los años igual: las damas paseaban luciendo sus vestidos, las mazamorreras vendían empanadas por los costados y en el centro de la escena, lo más divertido: la pelea de granaderos. Acto tras acto pasaba de vender empanadas a lucir vestidos. Hasta ese año que pedí hacer de granadero. En ese momento no sabía de la existencia de Juana Azurduy o de María Remedios del Valle porque nunca aparecieron en los libros de historia, sino hubiese dicho: “granadera”. Todavía tengo una foto que me sacó mi papá antes de

llegar a la escuela el día del acto, donde la sonrisa no me entra en la cara. Una jugada magistral que le gané al patriarcado con tan solo 9 años.

Ya en la secundaria me gustaba sentarme en el fondo. Al grito de “me chorrea el bife” me abría paso para ir al baño. Sobre todo con profesores hombres que no sabían cómo reaccionar ante la palabra menstruación o cualquier otro tipo de metáfora “poco decorosa”, como me decía el profesor cada vez que hacía algo “fuera de lugar”. Me llevo de ese tiempo más de una amonestación, pero muchas más risas. Y, sobre todo, amigos que me acompañan hasta hoy.

Si me pienso corporalmente, lo primero que aparece es toda la norma que soportó mi cuerpo durante años. Y cómo fui transformando y encontrándome con esta corporalidad que soy hoy. La dama antigua que nunca quise ser, la adolescente correcta y estudiosa que sí debía ser. Hay fragmentos que son propios de mi experiencia que hace que mis vivencias sean diferentes a las de otras mujeres. Pero seguramente hay algo que resuena en otras historias, porque hay algo que nos une sabiéndonos hermanadas en la misma lucha. Porque seguramente a muchas, a lo largo de nuestras vidas, nos quisieron dóciles, prolijas, silenciosas, bien habladas, bien sentadas, bien vestidas, bien tapadas, buenas hijas, buenas alumnas, buenas madres. Todos esos estereotipos del ser mujer que aprendemos desde que nacemos cuando nos visten de rosa y nos perforan la piel para que usemos aritos.

En lo personal, aprendí desde chica lo que era romper estereotipos. Desde muy pequeña supe lo que era tener a una mujer como sostén de familia. Viví en carne propia lo que eran largas jornadas de juego sola en casa, esperando expectante y alegre la llegada de mi mamá. También supe lo que era tener un papá en “el rol de mamá”, que me buscara por la puerta de la escuela, que fuera a las reuniones de “madres”, que cocinara y limpiara



la casa frente a la mirada exhorta de mis amiguitos y amiguitas que iban a casa a jugar y me preguntaban por qué mi papá hacía todas esas cosas. Mi niñera era mi hermano y por lejos lo más divertido era disfrazarnos, será por eso que lo hago hasta hoy.

Mi forma de vestirme causó (y causa) más de un cuestionamiento, por lo colorido, por lo ajustado, por lo corto, por lo largo, por lo poco combinado, por lo poco decoroso. Crecí entre máquinas de coser y retazos de tela, y fueron mis abuelas quienes me hacían la ropa y luego me enseñaron a coser, sacar moldes y diseñar. Nunca me compraron demasiada ropa. Pensándome ahora, creo que vestirme así es una forma de ha-

cer de mi cuerpo un lugar más amable y feliz. Una forma de construirme a partir del deseo de ser quién quiero ser y cómo quiero ser, cómo elijo mirarme en el espejo. Ante tanto deber ser, un poco de querer ser. Me gustan los colores y caminar por ahí desentonando con el gris de la vereda y desafiando las caras aburridas de las personas “normales”. Vos te ponés una corbata, yo una flor en la cabeza. ¿Cuál es el problema?

Todos estos fragmentos desordenados hacen al cuerpo que habito hoy. Desarrollar la imaginación y jugar a ser otra persona era mi diversión; hoy es mi mayor conquista. La construcción simbólica del mundo teatral y la potencia transformadora del feminismo se encuentran en un mismo cuerpo. Soy actriz y soy feminista, y hay algo maravilloso en ese cruce. Desafiar lecturas, fantasear, crear, imaginar, inventar nuevos mundos, nuevas historias, nuevos modos de habitar nuestros cuerpos. Y hacerlo realidad, colectivizando lo vivido, encontrándonos juntas, mostrarnos vulnerables porque en el teatro como en la vida, siempre es con otros y otras.

Seamos visibles,  
rebeldes,  
desobedientes. Seamos  
libres en cuerpos  
presentes.



Elegir esta profesión a mis 18 años fue mi mayor acto político. Vivir de lo que soy capaz de creer y crear con mi propio cuerpo. Hacer presentes todas esas corporalidades que me fueron negadas, oprimidas, censuradas, mal vistas. Hacer con mi cuerpo lo que quiera ser. Hacer lo que deseo. Esa fuerza me da el teatro. Romper moldes, formas y estereotipos. Mi cuerpo es lo que soy. Mi herramienta de trabajo. La proyección física de mi voz. Es mi territorio de lucha. Contra el capitalismo que nos quiere vender y nos obliga a comprar, contra el patriarcado que nos oprime y nos dice cómo debemos ser, e inclusive contra mí misma, cuando caigo en las trampas del sistema y es mi propio cuerpo el que me da señales de alerta de que hay algo que no está bien.



Soy cada poro de piel curtida, cada pelo encarnado por la fucking depilación, las cicatrices de tantas caídas, los colores y las flores que llevo de la cabeza a los pies para vivir en un carnaval eterno y salir al mundo desobediente y burlona de la norma que pretende estandarizar nuestros cuerpos y reprimir nuestros deseos.

Seamos visibles, rebeldes, desobedientes. Seamos libres en cuerpos presentes. Por vos, por mí y por todes.

*\*30 años, Rosario. Actriz.*





# ¡Liberate, hermana!



Por Aluminé Kwist\*

**N**os parecen lindos los cuerpos delgados porque son los únicos que vemos: en publicidades, en la televisión, en Instagram, Facebook, Twitter, en el porno, etc. Al parecer los cuerpos que se escapan a esas medidas sólo pueden subir selfies de sus caras o de paisajes. ¿No te preguntaste por qué te sentís muchas veces incómoda de subir una foto con tu cuerpo entero?

¡Liberate, hermana!

Mostremos que así como existen inteligencias múltiples, también hay múltiples bellezas, TANTAS como personas en el mundo. Llenemos las redes con nuestras curvas, nuestras arrugas, nuestra grasa, nuestra piel del color que sea, con estrías, con celulitis; nuestros pechos, nuestras manchas, nuestro cuerpo que habla de nosotras.

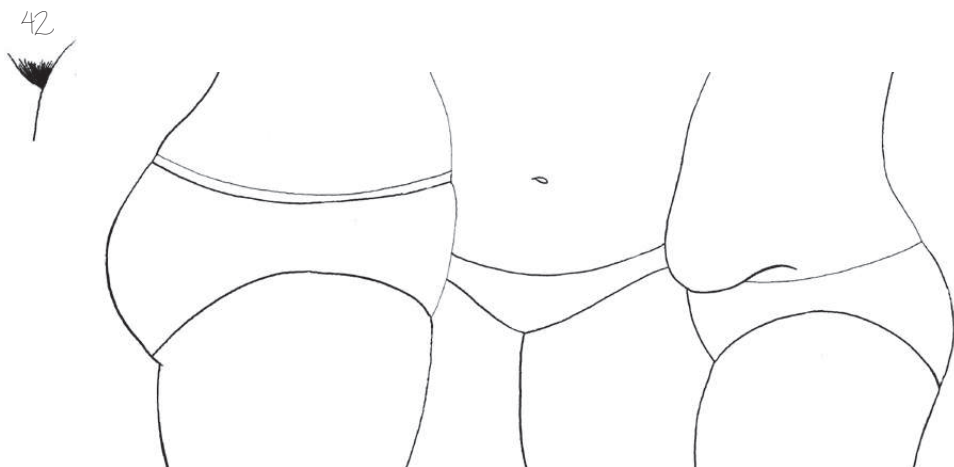
¡Liberémonos, hermana!

Que la belleza es mucho más que un centímetro o una balanza. Nuestros cuerpos son testimonio de nuestro camino, de nuestras luchas, de nuestras conquistas, proyectos, sueños, ideales.



Mostrémosle al mundo que nuestra belleza es ésta y que nuestro cuerpo no es objeto para juzgar ni consumir. Animémonos a romper con el paradigma de la belleza para consumo y creemos el de cuerpos DE Y PARA VIVENCIAS.

Vivamos nuestros cuerpos con paciencia, escucha y AMOR. Hagamos cosas que nos hagan reír, amar y querer la vida. Que esa es la verdadera belleza.



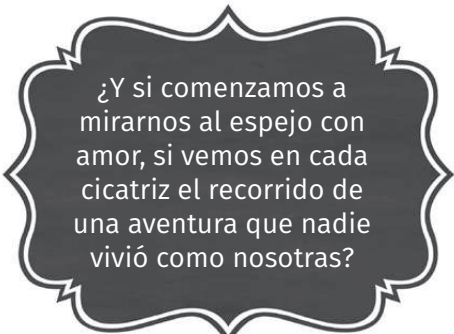
¡Liberémonos, hermana!

Comamos sin culpa, salgamos a la calle con la ropa que nos pinte, ocupemos los espacios en el bondi, en la calle, en las plazas, no nos tapemos más. Eso de “amor propio” no es un ejercicio en soledad; se alimenta constantemente de la mirada de les demás: de sus burlas, sus miradas, las risas, la ropa que no entra, el Talle Único minúsculo, la dieta a la que te sometieron desde que tenías 10. ¿Cómo querer y amar nuestro cuerpo cuando nos han enseñado tan efectivamente a rechazarlo?

En realidad el 90% de las mujeres no cabemos en los estándares de belleza impuestos: las gordas, las flacas, las más o menos, las tuertas, las chuecas, las que tienen granos, lunares, las bizcas, las altas, las chatas, las bajas. Somos finalmente millones de mujeres hermosas que no encuadramos.

¡AL CARAJO!

¿Por qué y para qué encuadrar en un modelo que hace tanto daño, lastima, excluye y mata a miles de mujeres por año?



¿Y si comenzamos a mirarnos al espejo con amor, si vemos en cada cicatriz el recorrido de una aventura que nadie vivió como nosotras?

¡Liberémonos, hermana!

Llenemos las redes con nuestra belleza, ayudemos a que otras se sientan parte de las que quedamos afuera, Bendita *AFUERIDAD* que excluyéndonos nos reúne y nos puede hacer más fuertes y combativas.

43



¡Liberémonos, hermana!

Comencemos el camino de amarnos. Al sistema le servimos tristes e inseguras porque así pueden someternos, así logran vendernos mil cosas: Cremas antiage, liposucción, tratamiento de arañitas, dieta de la luna, dieta proteica, dieta baja en grasas, dieta disociada, pastillas para adelgazar, cirugías estéticas, balanzas, electrodos, ropa, maquillajes, yogures verdes ¡Todo para que un día entremos en esas malditas medidas!

¿No sentís que estás muy triste persiguiendo algo que nunca vas a alcanzar?

¿Y si comenzamos a intentar mirarnos al espejo con amor, si vemos en cada cicatriz el recorrido de una aventura que nadie vivió como nosotras?

Si agarramos por fin la vida (sus comidas, actividades, salidas, bailes, etc.) con felicidad y sin nada de culpa... ¿qué pasaría de terrible?

Esta tarde me comí cinco medialunas, miré dos películas en la cama comiendo chocolate, cené con mis amigas, y brindé con ellas sin pensar en nada más que ESO que estaba VIVIENDO; cuando antes de acostarme me miré al espejo. ¿Sabés qué vi?

UNA MUJER FELIZ.

Comencemos una revolución desde nuestra mirada a nuestro cuerpo, hagamos esa revolución que nos permita simplemente VIVIR.

44



*\*33 años. Docente, activista, militante y actriz.*

# Ahora que estamos juntas

## Mujeres con discapacidad en el feminismo

Por Johanna Ureña\*

45

**S**e vive completamente distinto siendo varón con discapacidad que siendo mujer con discapacidad. Nosotras no sólo enfrentamos los estereotipos por nuestro género, sino que también debemos enfrentar aquellos por nuestra discapacidad, y se agrava más si una es pobre.

Debemos luchar por condiciones laborales que nos permitan desarrollarnos como profesionales, ya que nuestros trabajos siempre suelen ser inferiores así como nuestros salarios. Las mujeres con discapacidad somos más propensas a vivir situaciones de violencia, aislamiento y pobreza.

Teniendo en cuenta cada una de las situaciones que vivimos las mujeres con discapacidad, sabiendo que son generadas por históricas prácticas patriarcales y que sólo forzando espacios es como se quitan privilegios, encontramos el lugar en el feminismo, entendiendo que buscamos la igualdad de derechos entre varones y mujeres.

El feminismo da su aporte a las mujeres con discapacidad poniendo en foco que lo que nos sucede no es sólo a nosotras por ser mujeres con discapacidad, toca más a fondo, es algo que nos traspasa a todas.

No, no es nada fácil ser feminista y mujer con discapacidad, porque desde que nos atraviesa el feminismo ya no somos las



mismas, no permitimos que se nos tenga como esas muñequitas frágiles, buscamos que se nos nombre como lo que somos, MUJERES CON DISCAPACIDAD. Queremos estudiar, capacitarnos, trabajar en condiciones óptimas; queremos ser madres con los apoyos y ajustes que necesitemos; queremos abortar libremente si así lo decidimos; queremos disfrutar plenamente del goce y el deseo y, sobre todo, queremos vivir en libertad.

Desde los movimientos de mujeres con discapacidad tenemos la enorme tarea de involucrar a esas compañeras con discapacidad que desconocen el feminismo. Preparamos talleres, debates, asambleas y hasta encuentros nacionales. Buscamos reconocernos entre nosotras, compartir distintas realidades vividas a lo largo y lo ancho del país y acompañarnos en las necesidades que cada una pueda tener.

Nuestro ingreso a los movimientos feministas no es fácil, ya que también necesitan conocernos y reconocernos. Tengamos en cuenta que todas vivimos una deconstrucción y en este sentido son también nuestras propias compañeras, mujeres sin discapacidad, las que deben despojarse de esos estereotipos en torno a la discapacidad que fueron adquiriendo a lo largo de toda su vida. Pero nosotras, las mujeres con discapacidad, somos las que nos organizamos y decidimos participar de los distintos espacios, asambleas, paros y movilizaciones, puntualizando nuestras necesidades y problemáticas, las cuales también intentamos poner en la agenda del feminismo, porque creemos firmemente que el cambio debe ser generado con nosotras dentro.

Hoy estamos juntas, mujeres con y sin discapacidad, ocupando espacios, construyendo y deconstruyéndonos y revelándonos ante el opresor en todos los ámbitos.



Luego de algunos años de participar de diferentes actividades en forma individual o con un reducido grupo de mujeres con discapacidad, este 8M de 2018 fuimos parte de la movilización, junto con otras mujeres, lesbianas, travestis y trans, y logramos el mismo espacio que cualquier agrupación.

Acompañadas por compañeras feministas, más la colaboración del movimiento Ni Una Menos y las compañeras de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, y llevando nuestros pañuelos verdes adaptados con braille para mujeres con discapacidad visual, tomamos lugar en la marcha y la sororidad se hizo visible.

Esa hermandad que se siente al estar juntas, esa fuerza colectiva que te impulsa a avanzar, nos llevó a ser parte de ese grupo de mujeres que alzaban la voz con las mismas consignas, cantando, bailando y dándonos ese abrazo que necesitamos para llenarnos de energía y seguir la lucha.

Hoy estamos juntas, mujeres con y sin discapacidad, ocupando espacios, construyendo y deconstruyéndonos y revelándonos ante el opresor en todos los ámbitos. Sabemos que falta aún mucho por lograr, pero cuidamos con todas nuestras fuerzas lo logrado. Ya no nos callamos más, la revolución no tiene freno, vamos a continuar tomando las calles y todos los lugares que sean necesarios, vamos a seguir por nosotras, las que hoy nos reconocemos como feministas y por las que aún no, porque la sociedad igualitaria que buscamos lograr, ¡será para todas!

*\*34 años. Integrante de el Movimiento Violeta de Mujeres con discapacidad, de Tiflonexos asoc. Civil, de la Red por los Derechos de las Personas con discapacidad (REDI) y de la Federación Argentina de Instituciones de Ciegos y Ambliopes (FAICA).*



# Acoso callejero y micromachismos

Derribando todo



*El micromachismo deja rastros en nuestro cuerpo, rastros intangibles pero dolorosos, como una furia que sube desde las tripas, una furia sin nombre, porque no se entiende de dónde viene. ¿Pasó esto realmente?, ¿realmente el chiste no era gracioso? ¿Y se volvió gracioso de repente, cuando un varón vino a constatar lo que era? Así se sienten los micromachismos, como una piña del hombre invisible.*

**Malena Pichot**





# Acoso callejero

Las cosas por su nombre

Por Lara Fleites Fink\*

49

**M**uchas personas piensan que suena demasiado fuerte acoso callejero. Claro, es una práctica que hacen diariamente, o que ven que lo hicieron sus padres, tíos, compañeros de trabajo, amigos... ¿Acoso? Lejos de acoso, “es un piropo, es hacerte sentir bien, es un favor”.

Lejos de lo horrible de estas palabras (que oímos seguido) están nuestros sentimientos, todo lo que te crea por dentro: el miedo y la inseguridad cada vez que un señor que podría ser tu abuelo te sigue para contarte lo bien que te queda la pollera de la escuela.

Y ahí es cuando pensás: “señor, ¿es necesario?”, “¿Por qué me lo tengo que fumar?”

Te lo dicen, supuestamente, para hacerte sentir mejor, pero: ¿no ves cómo cambia mi cara cuando pasás cerca mío? ¿Cuál es la verdadera razón?

Me gustaría encontrarle la vuelta, que sea una de esas vivencias que tienen de niños y que se pueda evitar en el futuro pero no, todxs somos diferentes y eso incluye (aunque no lo crean) a los hostigadores machistas. Parecen todos iguales de predecibles y esa es otra arma con la que cuentan. Porque después es muy fácil decir “le tenés que romper la lógica”, “si le respondés no sabe qué hacer”. No digo que no me haya



funcionado (sí, probé las mil y una maneras), pero la realidad es que nada es seguro a la hora de responder.

No sabemos contra quién nos estamos enfrentando, y cuando no reaccionamos por miedo a no conocerlo, ya está ganando. Y no digo de ganar porque sea un juego, o porque nos saca el puesto que queríamos; está ganando porque se está llevando parte de nuestra tranquilidad, de nuestra autoestima y hasta de nuestra dignidad. A todas nos ha pasado, seguro podemos dar más de cinco ejemplos, y la razón pareciera ser que “es cultural”: muchas personas usan esa excusa y otras más como “pasa desde siempre” para no hacer nada. ¿Hace cuánto que vemos mujeres quejándose, haciendo carteles, visibilizándolo en marchas? Lo peor que podemos hacer es restarle importancia, sabemos lo que es, llamémoslo por su nombre: es acoso callejero.

¿Qué hacer en ese momento? Yo probé muchas formas: me di vuelta y les respondí, les hice un chiste, los insulté, los saludé, los insulté más, le grité a otras personas, pedí ayuda, lloré, los corrí y una vez creo que a

El acoso te hace sentir  
pequeñita hasta que  
llega alguien que te hace  
grande de nuevo.

uno lo escupí. Cuántas cosas se nos cruzan por la cabeza en un momento de desesperación y después, llegamos a un lugar agitadas, con las manos que nos tiemblan y cuando vos juntas aire y decís: “Un hombre me dijo...” las personas se relajan porque “no te pasó nada”.

¿Cómo es eso? ¿Por qué le restamos importancia? Propongo erradicar de nuestro vocabulario la frase “pasa desde siempre”, porque hay cosas que “pasaron” y dejaron de “pasar” y cosas que no “pasaban” y ahora, acá, están pasando.

Desde que nos ponemos la primera pollera, a veces el primer short, me arriesgo a decir la primera musculosa, tenemos que estar “atentas” porque no sabemos cuándo pero va a apa-



recer un señor que tiene la pinta de tu abuelo que te habla de tu ropa y de cómo te la sacaría, o quizás un pibe desde un auto que te sigue y te invita a subirte unas 90 veces antes de que entres a tu casa, o tal vez el hombre... bueno, me cansé. Hay demasiados ejemplos pero me deprime recordarlos todos, así que voy por una experiencia que me abrió bastante los ojos:

“¿Y vos que saltás?”, me gritó un pibe en la calle cuando le dije que deje en paz a la chica que estaba siguiendo desde hacía media cuadra. “Esto es entre ella y yo”, me dijo. Y ahí estaba equivocado, le contesté que esto era entre él y su necesidad, y le recordé a dónde había elegido meterse la necesidad o el deseo de Rocío. Se enojó, sí, pero con tanto barullo ya había salido un portero, una vecina, se asomó la quiosquera, el diariero, y se paró un pibe que se sacó los auriculares. Éramos personas que ni nos conocíamos, ni siquiera sabía si venían con intención de sumar o para tener el chisme después, pero estábamos ahí y yo nos sentí un bloque, él también.

A veces desde afuera estás más lúcidx, podés reaccionar de otra forma y, por eso, intentemos no mirar para el costado. El acoso bloquea, te hace sentir una persona pequeñita a la que están por aplastar hasta que llega alguien que te agarra la mano y te levanta, te hace grande de nuevo, te hace sentir que no estás sola. Sabiendo que tenemos esa capacidad, no dejemos que una piba tenga miedo de entrar a su casa porque la siguen, ni nos calleemos cuando una piba se angustia en el subte porque tiene un hombre atrás que la apoya; somos un montón. Si alguna mujer siente que no puede responder, yo quiero estar ahí y ser su voz... Corrijo, yo siempre que pueda voy a sacar mi voz para que todas las mujeres que lo dudan, sepan que la suya también tiene valor.





## Vienen las pibas marchando\*

Mirá lo que se avecina  
a la vuelta de la esquina  
vienen las pibas marchando.  
Somos todas tortilleras, feministas, aborteras  
no nos juntamos con machos  
no me importa tu belleza  
no queremos ser princesas  
te quemamos los corpiños y las tangas.  
En las calles y en las camas,  
destruir al patriarcado  
por nosotres es la acción más deseada.  
Con las negras, con las tortas y las travas.  
Retrocedé, chabón, cedé.  
Seas progre, futbolero, militante, rockero  
largá los privilegios con que nacés.  
Retrocedé, chabón, cedé.  
Dejale la bandera a tu compañera.  
¡No pongas esa cara de que no entendés!



\* *Canción de las marchas verdes*

# Construir poder

## feminista y popular



Por Belén Rozas\*

54



**Q**uienes tomamos el compromiso de ser feministas tenemos la tarea fundamental, entre otras, de mostrarle al resto el funcionamiento del sistema patriarcal. A menudo podemos escuchar desde en los medios de comunicación, hasta en nuestras casas, escuelas, barrios o lugares de trabajo; que ante casos de violencia machista muchas personas se preguntan cómo es posible que alguien haya cometido semejantes atrocidades. Inquietudes como éstas fomentan opiniones que caracterizan al violento como “enfermo”. Se concluye que quien golpeó, abusó, violó o asesinó a una piba, lesbiana, trans, trava, seguramente lo hizo porque sufre de algún trastorno psiquiátrico. El feminismo contesta que no son enfermos, sino sanos hijos del patriarcado. Pero, ¿a qué nos referimos?

Estoy convencida de que cualquier piba, lesbiana, trans o trava que esté leyendo estas líneas sabrá por el proceso de introspección que cada una ha pasado desde que comenzó a transitar los maravillosos caminos del feminismo popular. Suele decirse que una vez que “nos hacemos feministas”, nos quitamos una venda de los ojos para siempre. Pero no solamente tomamos la capacidad de comenzar a ver desde otra perspectiva al mundo que nos rodea, sino que, a medida que

nos formamos, vamos siendo capaces de detectar pequeñas situaciones machistas durante nuestra vida cotidiana. Esas que no son una forma explícita de violencia, esas que antes seguramente dejábamos pasar porque no nos alertaban, hoy las observamos con claridad, como a través de un microscopio. Imaginemos que los actos de violencia machista están formados por partículas más pequeñas, que están ahí todo el tiempo pero no las vemos en una primera mirada. Estas pequeñas dosis de machismo, cuando no son interrumpidas y corregidas, pueden ir formando un sentido común que resulta peligroso para quienes queremos que el patriarcado caiga. Podemos decir entonces que la batalla cotidiana contra los llamados “micromachismos” es una parte importante de nuestra lucha contra el sistema, porque es en el día a día, cambiando las cosas más chiquitas, que iremos transformando tantos años de cultura machista.

En este camino estamos, no tengo ninguna duda. Puede resultar poco novedoso para la juventud que en la televisión, en las radios, en los diarios más comprados se hable de aborto y de violencia de género, pero esto antes no pasaba. Nuestras voces fueron históricamente silenciadas, nuestro activismo disminuido, invisibilizado. Al feminismo le costó años de lucha, sudor y hasta incluso sangre de muchas compañeras mujeres, lesbianas, trans y travas que nuestros reclamos sean escuchados. Para que hoy tengamos esta sensación de que nos llevamos puesto al mundo, hubo feministas que alzaron la voz cuando tenían todo en contra. Y no solamente lo hicieron en las calles, sino que llevaron estos planteos a su vida cotidiana: sus lugares de trabajo, de estudio, de recreación, de organización sindical, política y social, y a sus propios hogares.

De allí tomamos la consigna de que lo personal es político. Porque es ahí, en la esfera de lo personal, en la que se suelen dar estas sutiles pero constantes expresiones de machismo.



Es político porque no sucede solamente de la puerta para adentro. No es consecuencia de algo que hacemos o decimos, la violencia machista es producto del sistema. Y ante todo, lo personal es político porque no queremos resolver nuestros problemas de manera individual, sino que estamos disputando un poder real con el que cambiemos esta estructura patriarcal de una vez por todas. Derribar micromachismos también es construir poder feminista y popular.

Es por esta disputa de poder que el feminismo molesta. Quienes señalamos los micromachismos que nos rodean sabemos que nuestras observaciones no siempre son bien recibidas. A veces nos cuesta demostrar cómo esos pequeños actos tienen relación con el sostén de todo un sistema opresor. Los ejemplos nos sobran, porque los vivimos cotidianamente desde que nacemos. El sistema patriarcal nos llena de mandatos desde el minuto uno (la heterosexualidad, el binarismo, las cosas rosas, las profesiones femeninas, la maternidad). Nos enseñan que somos débiles y que necesitamos protección de algún hombre cis. Nos asignan ropa, música, temas de interés, formas de comportarnos. Nos posicionan en un lugar inferior en ámbitos sociales, económicos, políticos, jurídicos y familiares. Nos subestiman, nos quieren explicar cómo hacer todo, nos ignoran, nos callan, nos denigran, ¡nos comparan con los nazis! Pero cuando marcamos estas cosas chiquitas, a veces inadvertidas, nos responden que no es tan grave, que estamos exagerando, que ya no se puede hacer o decir nada sin que pongamos el grito en el cielo.

La batalla cotidiana contra los llamados micromachismos es una parte importante de nuestra lucha contra el sistema.





Y no, ya no se puede. Porque hemos tomado el compromiso de construir otras relaciones personales, otra sociedad, otro mundo, y ya dijimos que la venda sobre los ojos no nos la ponemos más. Sigamos quejándonos y sigamos educando(nos), sigamos exponiendo micromachismos, sigamos haciendo ruido, sigamos en las calles y, especialmente, sigamos construyendo poder. ¡Se va a caer!

*\*25 años, Avellaneda. Militante feminista y anticapitalista.*



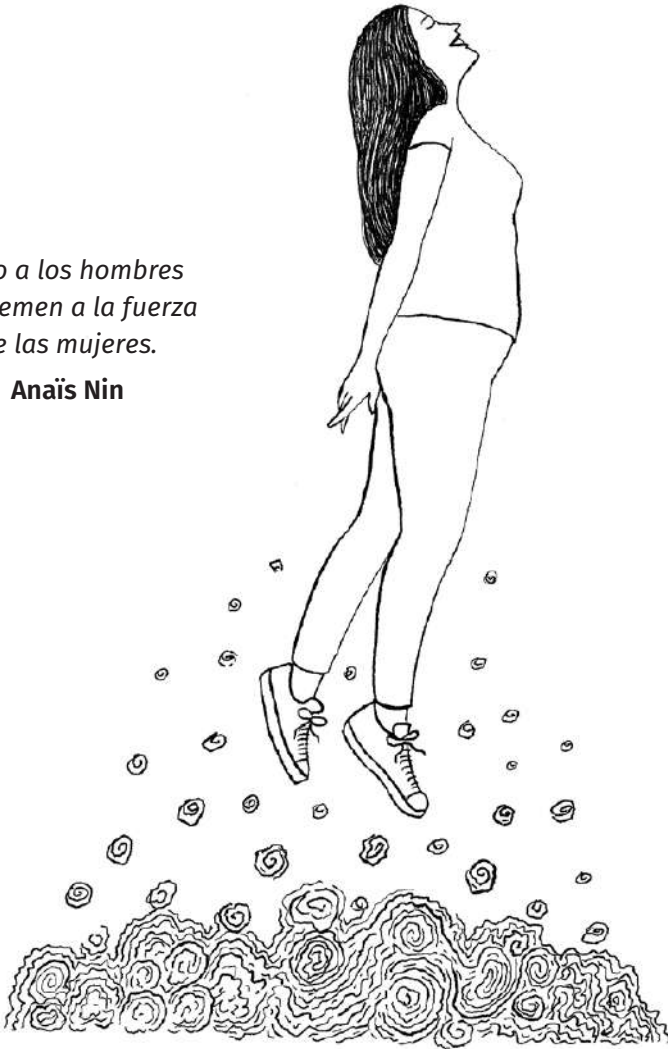
4

# Por ellas

Seguimos luchando

*Odio a los hombres  
que temen a la fuerza  
de las mujeres.*

**Anais Nin**





Los relatos que siguen hablan sobre Anahí Benítez y Micaela García, ambas jóvenes víctimas de femicidio. Porque sus amigas, sus compañeras, las recuerdan con sonrisas, curioseando el mundo, siendo solidarias y sororas.

Anahí Benítez tenía 16 años, cursaba el 4to año en la ENAM de Lomas de Zamora. Desapareció el 29 de julio de 2017 cuando salió de su casa para ir a caminar al parque. Su cuerpo apareció el 5 de agosto. Están detenidos Marcos Bazán y Marcelo Villalba.

Micaela García, La Negra, tenía 21 años y vivía en Concepción del Uruguay, Entre Ríos. Militante del Movimiento Evita, estudiaba el profesorado de Educación Física y no paraba un segundo: el día le quedaba corto para tantas actividades. Quería cambiar el mundo haciendo política. El 1 de abril de 2016 Micaela había ido a una Peña en su profesorado. Volvía para su casa y desapareció. Su cuerpo fue encontrado el 8 de abril. Sebastián Wagner fue condenado a cadena perpetua. Se aguarda juicio al juez Carlos Rossi, que le había dado la libertad condicional a pesar de sus dos condenas por violaciones y delitos sexuales.



# Gritamos Basta

Por ellas y por todas

Por Sofía Acosta\*



**S**iguen pasando los meses, todavía no logro entenderlo. Mes tras mes me pregunto, ¿por qué como sociedad llegamos al punto de que hoy sigan desapareciendo chicas?, ¿cómo dejamos que pase?, ¿cuándo? ¿Qué tan insensibles podemos llegar a ser que en vez de plantearnos qué está sucediendo con nosotros y nosotras, la pregunta que aparece es sobre la ropa que usaba, si le gustaba salir, si se drogaba? ¿Por qué escuchamos lo que dicen los medios de comunicación y creemos que tienen la verdad? ¿Cómo nos dejamos consumir por el sistema? ¿Por qué nos dejamos?

Veía muchísimos casos de mujeres desaparecidas, violadas, asesinadas pero dentro de mi inconsciencia jamás creí que uno de esos casos me podía tocar de cerca. Jamás creí que un día me iba a llegar un mensaje que dijera que una chica de mi escuela llevaba desaparecida un par de horas, menos que menos que iban a pasar días y ella no iba a aparecer con vida.

Cada vez que se cumple un nuevo mes del día que encontraron su cuerpo ya sin vida leo textos escritos por amigos y amigas, conocidos, familiares, profesores, y también por personas que no la conocían. Leo ese pedido de verdad y de justicia por parte de todas y todos, leo el dolor, la angustia, veo en cada

palabra el sentido que tenía ella para las personas o el sentido que les dio cuando ya no estaba.

Esta chica llenaba de arte las almas que tocaba, yo no tuve el placer de llegar a conocerla tanto pero muchos de mis amigos y amigas sí, y ella no sólo pintaba en cuadros u hojas, pintaba las almas de todas las personas con las que compartía. Su sonrisa y ella iban de la mano constantemente; una sonrisa tan sencilla y espontánea que transmitía sus ganas de crecer y cambiar el mundo.

Esa chica era Anahí Benítez.

Anahí no entraba dentro de los prejuicios que siempre se le impone a la víctima, ella no salía de un boliche alcoholizada, ni con ropa corta, ni se escapó de su casa; no estaba provocando, pero como

todas, de alguna u otra forma “se lo buscó “. Ella sólo estaba yendo a un parque a pasar el día debajo de un árbol dibujando o leyendo, pero igual los medios de comunicación encontraron prejuicios: que estaba enamorada de su profesor de matemática, que escribía sobre él en su diario íntimo y así, cuando ella ya no podía defenderse, hablaron de su intimidad de manera frívola, como si ella no fuera ahora más que un cuerpo sin vida. Anahí era solo una adolescente, hacía y sentía como lo hace cualquier adolescente. Anahí estaba descubriendo el mundo, sus gustos, su identidad.

En la única oportunidad en la que llegué a hablarle fue un 18 de mayo a la salida del colegio. Se hacía una marcha porque el día anterior su mejor amigo había sido perseguido por la policía, que hasta había entrado a nuestra escuela. Ella salía con una pintura en sus manos, en la que se veía una mano en alto sosteniendo un lápiz y arriba decía: “Las balas que vos tiraste van a volver”. Lo había hecho ese día y era hermoso. Me

Ana gritaba y grita a través de sus dibujos, de su esencia, de sus sueños.



acerqué a ella y le dije lo bello que era lo que había pintado, me sonrió y dijo un simple “gracias”. Ese día marchamos. Nunca más tuve el placer de poder decirle cuán expresivo era su arte.

El 29 de julio de 2017 Anahí desapareció. A casi una semana de búsqueda hicimos una marcha de antorchas, una de silencio desde el parque de Lomas, movilizaciones a la plaza de Lomas y volanteadas por todos los alrededores del distrito. Encontraron su cuerpo en la reserva de Santa Catalina el 4 de agosto. No llevaba más de un día y medio de muerte. El 5 de agosto se iba a hacer una marcha al Congreso para pedir su aparición inmediata y una respuesta del Estado, pero terminó cambiándose por una marcha de Verdad y Justicia. En la marcha, sobre la bandera del colegio que era agitada por alumnas, alumnos y profesores, se encontraban volantes con su cara que se movían al ritmo del grito de nuestro pedido. Algo cambió en cada uno de nosotras desde ese día. Entre alumnos, alumnas y profesores se realizan los días 4 de cada mes distintas actividades y marchas. Cada una nos lleva a recordarla, a hacerla presente contando anécdotas, leyendo textos, haciendo música o pintando. Una y otra vez hacemos arte y ella se encuentra ahí.



Una vez se decidió hacer una sentada artística. Se habían planeado diversas cosas, como pintar los bancos en su nombre o hacer carteles, también se podía hacer música y charlar. Ese día en particular se sintió una hermosa vibra por parte de todos los chicos y todas las chicas que se encontraban, el arte inundó el patio del colegio y así es como buscamos hacerla presente, a través de lo que ella más amaba y sabía hacer. Ahora, en uno de los bancos se encuentran sus ojos dibujados justo al lado del árbol que plantaron por ella.

El primer día del comienzo del ciclo lectivo de 2018, en el hall del colegio había una foto de Anahí. Cuando entramos, sentí cómo cada una y cada uno se frenaba un segundo a

mirarla, y cómo los corazones se achicaban en un corto lapso, para luego intentar sonreír y pensar tal vez en esa frase que se repitió y se sigue repitiendo: “Ana sos arte y el arte nunca muere”.

En los pasillos de la ENAM se puede sentir el dolor que genera su ausencia, tanto dentro como fuera del aula; como muchos y muchas siguen sus vidas sintiendo que con ella se fue una parte de cada nuestra. Pero también se pueden ver los carteles pegados en las paredes con su nombre hecho en flores, o frases. Anahí inundó de arte el colegio, Anahí está en cada detalle de esos dibujos.

A veces me cuesta creer o, más que creer, entender que Ana ya no esté, que cosas como estas pasen y que ella ya no se encuentra en el colegio, sonriendo como siempre lo hacía. Necesito pensar dos veces para poder comprenderlo, de manera racional lo logro pero de manera afectiva me cuesta caer... tal vez sea porque no me gustaría acostumbrarme a que estas cosas pasan seguido o porque me da miedo saber hasta qué punto nuestra sociedad está tan corrompida.

Ana gritaba y grita a través de sus dibujos, de su esencia, de sus sueños. Todo el arte se transforma en grito y ese grito en cambio. Gritamos por ella y por todas.

Gritamos para que no pase más. Gritamos BASTA. Gritamos verdad y justicia por las que no están.

Gritamos a través de los cambios, de los movimientos masivos, de las marchas, de las actividades recreativas.

Gritamos en las calles, en nuestras casas, en las escuelas, en el trabajo.

Gritamos por dentro y por fuera.

Gritamos que queremos salir tranquilas a las calles, gritamos para que se entienda que el NO es NO y que tenemos derecho a decir qué hacer y qué no sobre nuestro cuerpo.

Gritamos porque queremos sentirnos libres.



Gritamos porque esto se tiene que terminar.

Gritamos hoy, mañana y todas las veces que sea necesario para romper con este patriarcado que nos está matando e intentando consumir y cansar poco a poco.

Y todos estos tipos de gritos son de cambio. Ningún grito pasa desapercibido, podemos ver cambios pequeños a nuestros alrededores, o por lo menos así podemos encontrar personas que también lo están haciendo.

Hoy yo elijo gritar por mí, por todas, por Ana. Y elijo hacerla presente en este pequeño texto para dejar que un poquito de su esencia entre en cada persona que lo escuche o que lo lea.

Ana, sos el arte eterno y luminoso.

Sos el arte y sos eterna.

*\*16 años, Lomas de Zamora.*

*Estudiante del ENAM.*







Su sonrisa como  
bandera

Por Carla Basani\*

**C**onocí a Micaela repartiendo juguetes en centros de evacuados de la ciudad con la JP Evita. Incansable, comprometida, llena de energía e ideas, la que no dudaba un instante cuando de ir al barrio se trataba, la primera en ofrecerse para hacer lo que nadie estaba dispuesta ni dispuesta a hacer. Una militante política con la firme convicción de cambiar esta realidad. Leal y buena amiga.

La Negra era la de las fotos, la del puño en alto y la sonrisa imborrable, pero también la terca y chinchuda, que se enojaba cuando las cosas salían mal.

Nos recuerdo todavía anotando cifras de femicidios para una intervención callejera.

Y vaya si la realidad nos sorprendió, que unas semanas después estábamos acampando en la plaza de una ciudad desconocida, con compañerxs y amigxs, buscándola. Y todo un país que compartía su foto, que se sentía interpelado por esa piba de sonrisa ancha que se metió en política porque soñaba con un mundo diferente. Y cómo no sentirse movilizada si la Negra sacudía todo a su paso, si no hay persona que se la haya cruzado que no la recuerde.


Fue una semana que pasamos sin dormir, mirándonos a los ojos y prometiéndonos buscarla en cada rincón. Una semana

que se sintió como si hubiera sido un año. Una semana en la que la fuerza de la Negra se multiplicó en nosotrxs; el amor y el deseo de encontrarla era más fuerte que cualquier tristeza que pudiéramos sentir en ese momento.

Suelo pensar que la política nos salvó. Nos salvó de la desilusión que se siente buscarla por una semana y regresar con las manos vacías. Nos salvó del inmenso dolor que se siente perder una compañera, una amiga. Nos salvó porque nos permitió seguir encontrándola, todos los días, todo el tiempo, en la cara de cada unx de los gurisxs del barrio, haciendo tortas fritas y dándoles la leche, pintando banderas de la JP, en cada marcha para reivindicar los sueños de lxs 30.000, y en cada una de las pibas que sufren a diario la violencia machista.

Todavía me parece verla saltando y haciendo medialunas en las veredas, con su guitarra y la remera del Evita, hasta se

66



La Negra es el presente que nos guía para seguir construyendo el mundo que ella soñó.

me hace difícil hablar de ella en pasado. Y es que la Negra es presente. Es el presente que nos guía para seguir construyendo el mundo que ella soñó, a partir de su ejemplo y su manera de vivir.

Y aunque me gustaría haber cambiado este mundo antes, para que hoy la Negra esté acá, al lado mío, estoy segura de que es la garra que nos empuja a seguir adelante, a luchar por sus sueños que también son los nuestros. Cuando pensamos en ella, se hace casi inevitable sonreír; a veces nos ganan las lágrimas, pero puedo escucharla pidiéndonos que no aflojemos, que no estemos tristes. Y es ahí donde nos juramos que vamos a seguir luchando, con su sonrisa grabada a fuego, como bandera.

*\*24 años, Concepción del Uruguay, Entre Ríos.  
Militante de la JP Evita.*

5

# Amor compañero

Tiempo amoroso, ¡listas, ya!



*No te sientas estúpida si no te gusta lo que  
lxs demás fingen amar*

**Emma Watson**




# Eso del amor que trata de

ser lo que es



Por Magali Sánchez García\*

68  **L**a manera más cómoda que me siento de iniciar este texto es diciendo que no soy una experta en el tema; no tengo todas las respuestas, ni tampoco pretendo establecer una serie de reglas sobre qué hacer. Lo que aquí comparto es sólo mi muy concreta y desarreglada experiencia en este intento sano, aunque cansado a la vez, de vivir el amor –así en sentido amplio– a partir de otros imaginarios.

De esto ya hace varios años. Podría decir que era algo que estaba en el aire de manera muy ideal y casi teórica, pero que no tomó forma hasta que algo se sintió en el cuerpo, un deseo otro, y la pregunta respecto de cómo vivirlo, si era posible, si tenía sentido. Muchas preguntas. Un mar de reglas sociales empujando a todas partes y reafirmar que, como en muchos otros aspectos, en este tampoco me convenía seguirlas.

Así que así, desde ahí, desde lo concreto de mi vivencia, es que descubrí que nada de esto, aunque pueda entusiasmar, es en realidad sencillo. Que una puede tener toda la teoría y la certeza ético-política de lo que hace y piensa pero eso no es garantía, aunque sí impulso. Así ha sido esta historia. Revuelta y doliente, llena de mucho aprendizaje y sorpresas.

Pero esta no es sólo mi historia aunque se las cuente yo. En realidad al lado mío, junto conmigo, está una comunidad de

gente, mis *compas*, quienes se han lanzado, han recorrido y me han acompañado en esta peripecia. No hay nada de banal en el hecho de poder tener la fortuna de convivir en un entorno amoroso que me ha/nos ha permitido ser.

Quizá deba comenzar por las muchas maneras de nombrar que existen para *esto*. Debo decir que cuando se trata de mí casi nunca me ha bastado una de esas palabras para darme a entender. Poliamor, amor libre, amor libertario, relaciones abiertas, y un largo etcétera. Ninguna alcanza, todas requieren matices. Pero así de nuevo, desde lo concreto y más básico, puedo decir que donde comenzó todo fue en la sensación de amar/enamorarme a la vez de dos compañeros erótico-afectivos.

Es eso –ha sido– la transición entre lo que es posible y deseable en el imaginario, y cómo se materializa en la realidad amplia y en el cuerpo que una habita.

Para mí está presente aún esa primera vez en que, bajo el manto de una relación larga y sólida –llena de vicios y maldades, como muchas otras–, sentí *deseo* por alguien más. Darme cuenta de que la traducción de dicho sentimiento podría ser que era una *puta*, malagradecida, una mala compañera que no es fiel. El contraste de tu propia imagen con la de aquello que te rodea. Pensé en las posibilidades, entre ellas el engaño, y opté por hablarlo, por seguir la sensación de que si algo deseaba era ser sincera con quien venía caminando conmigo y con quien había crecido. Y lo consideraré una muestra de amor.

Acto seguido, sabiendo que el engaño no es posible, tocó decirlo y sentir la pesadez de ser en potencia la causa de dolor para alguien que amas. No es fácil. Aunque una desea la sinceridad como premisa de la vida, la realidad es que mentimos con mucha mayor facilidad. Y es que la verdad se nos aparece como algo que hiere. Mentimos, nos mentimos y les mentimos a los demás.



Con esa carga de herir al decir lo que sentía, más que cumplir un deber ser al intentarlo, descubrí en el camino que decirlo era una manera de ser responsable/cuidadosa con quien estaba frente a mí. De pronto me parecía que no había otra forma de que quien me acompañara, decidiera “libremente” caminar/hacer conmigo, si no era dándole certezas respecto a lo que iba pasando en mí.

Poliamor es –algunxs le dicen, aunque a mí no me conviene– como si se tratara de muchos amores, sólo así. Y sí, pareció al principio que se trataba de ser “capaz” de enamorarme/amar a dos, tres, cuatro personas. Después aparecieron los matices, pero sólo fue en el vivir. No se trataba de cantidad. Tampoco del amor por sí mismo. Se trataba de mucho más. Asumir esta posibilidad ha implicado más cosas; un reto al amor romántico y sus bases reaccionarias patriarcales.

Intentarlo. Descubrir que los sentimientos no se superponen; que no empiezas a sentir para dejar de sentir; que cada experiencia amorosa se siente diferente y se vive diferente; que no es necesario medir entre más y menos. Todas esas son cosas que puedo decir hoy, pero que no podía identificar al principio. Al principio –como aún ahora, aunque con menos intensidad– había confusión, miedo, había sólo contrastes negativos y positivos, había comparación. Inseguridades.

Afrontarlo con sinceridad, acuerdos, cuidado, responsabilidad, cariño, respeto. Y todas sus contrapartes negativas que también aparecen. Darme cuenta de que así de complejo sería lo que parecía ser tan simple como “agregar” una persona más.

Poder decir “me gusta él/ella” o “quisiera mantener mi relación contigo y conocer más a él/ella”. Llegar a acuerdos: “No me gustaría verte coquetear con alguien más”. Y ver que para hacer todo esto debía yo ser también sincera conmigo; que para hacer acuerdos primero debía saber qué quería, qué no quería, y qué quería aunque sabía que no era posible por el



momento. Y sobre la base de ello, después de saberlo, tener las herramientas, el espacio, para decirlo.

Aprender de mí para asumir el cuidado y el respeto, la responsabilidad para con mi entorno amoroso.

No se ha tratado de más o menos gente, ni al principio ni ahora. No se ha tratado de acumular cuerpos, como si de objetos viles habláramos. Al menos para mí ha sido más bien un descubrimiento de principios básicos que de pronto han explotado por todas partes de mi vida. Y como no se trata de cantidades al preguntarme si yo podría querer estar sólo con una persona, mi respuesta sería: “Sí, claro”. Pero no si es una imposición, y no si no hay acuerdos hablados y pensados de qué, cómo y por qué de lo que hay. No, si no hay consensos. Entendí entonces que lo que incomodaba era sostener relaciones amorosas en donde no nos hiciéramos cargo de lo implícito, lo no dicho; que no deseo más hacer suposiciones de lxs otrxs.

La apertura. Ha sido eso. Poder construir un espacio donde *ser* sin seguir las etapas pre-establecidas del amor. Poder ser peluda, menstruante, monstruosa, gentil, cuidadora; ser recíprocxs pero no necesariamente iguales (los acuerdos no son un espejo, yo puedo querer una cosa y mis compañerxs otra); donde el cuidado sea la máxima de nuestras premisas. Un lugar donde poder decir lo que queremos y lo que no; donde también toca escuchar. Nunca es fácil oír que están ocupadxs, y saber que quizá otra situación amorosa es lo que lxs ocupa. No es fácil oír decir “no puedo ese día”, no es fácil oír “no pasaré la noche en mi casa”. Tampoco es fácil oír “tuve sexo con alguien más” (o decidir si quieres saber esas cosas o no), y saber que no rompió ningún acuerdo pero que se siente en el cuerpo, en las tripas como si fueras a estallar. No ha sido fácil oírlo y no ha sido fácil decirlo. Y aunque haya experiencia y convicción, cada ocasión es nueva.



No hay reglas, aunque sí hay principios que, como dije, ahora me siguen. El cuidado es uno de ellos. Cómo digo lo que me toca decir, cómo reacciono a lo que me toca escuchar, cómo entablo un diálogo en donde podamos partir del amor, aunque en momentos concretos me sienta herida.

Fue así que se ha ido moviendo de lugar en lugar, aumentando su complejidad y los matices para saber cómo vivirlo y cuál era su sentido.

Hasta que me di cuenta de que ni siquiera se trataba del amor romántico. Que la apertura, lo libertario de relacionar-

se amorosamente, me ha implicado ampliar el mismo sentido del amor porque no se ama sólo a “lxs novixs”, no se da atención y cuidado sólo a ellxs. Y desde ahí es que en lo que estoy ahora es en darme cuenta que la apertura implica la explosión de los prin-

cipios a todas las maneras de amar. Darme la oportunidad de sentir mariposas en el estómago por ver a mis *amigas*. Cuidarlas, serles sincera, ser abierta también con ellas. Respetar nuestro amor como respeto cualquier otro. Que la ausencia o presencia del deseo sexual, los besos, las caricias, las pláticas, la intimidad, el tiempo, nada de eso puede determinar totalmente el lugar de la persona que amas; que las palabras que conozco algunas veces no me son suficientes porque no me permiten imaginarme.

Entonces ni de cantidad, ni de banalidad, ni de consumo de cuerpos. Para mí ha sido el re-descubrimiento de sentirme/nos. Que no siempre me ha salido bien, que en muchas de esas



Descubrir que los sentimientos no se superponen; que no empiezas a sentir para dejar de sentir; que cada experiencia amorosa se siente diferente y se vive diferente; que no es necesario medir entre más y menos.



veces he sido desastrosa, es verdad. Ha sido para mí incongruente, imperfecto, doliente. Me he llevado a los extremos una y otra vez; he aprendido de ahí cómo ser frente a quienes considero son los amores de mi vida, mi comunidad. Ellas y ellos, que se han quedado y han intentado conmigo.

*\*30 años. Mexicana, latinoamericanista, feminista, anticapitalista. Mujer inacabada pero no incompleta.*





# Coger acorde al sistema



Por Manu Martínez\*

74



**L**a primera vez que entré a una página porno, más que por calentura, fue por curiosidad. Después de enterarme de que mi novio del momento lo hacía, y de charlas con amigas que me hacían sentir que yo era la que peor lo hacía del grupo, quise entrar a ver la posta: cómo lo hacían lxs profesionales.

Me encontré con padrastros castigando hijas desobedientes. Taxistas aprovechándose de pasajeras sin suficiente efectivo. Jardineros seduciendo MILFS en la cocina. Colegialas dispuestas a todo para aprobar un examen. Madres enseñándoles cómo chupar pija a las hijas. Doctores abusando de pacientes inexpertas. Adolescentes que pensaron que estaban en un casting de modelos.

Un mundo en donde el sexo no era nada parecido al que teníamos nosotrxs, lxs mortales. Y si bien yo había escuchado hasta el cansancio que “el porno era una fantasía” y sabía que no era así como lo hacía todo el mundo; entendí que eso era lo ideal, con lo que fantaseaban todxs (mi novio inclusive), la mejor manera de hacerlo.

Pero el problema no era intentar copiar y probar lo que creía como “mejor”, sino que eso que se me mostraba como mejor –por lo menos en el porno al que tuve alcance al principio, el

*mainstream*— eran prácticas mecánicas, cosificadoras, violentas y misóginas: mujeres objeto, con tetas de plástico, uñas esculpidas y tangas tipo hilo dental que escondían depilaciones perfectas; mujeres que estaban ahí para complacer a un hombre, en posiciones una más ridícula e incómoda que la otra, muriéndose de placer ante el más mínimo roce, relamiéndose y sonriendo cuando les acababan en la cara (momento en que la escena llegaba a su fin).

Representaciones que me enseñaron a coger acorde al sistema, donde mi placer estaba regulado por normas, mi cuerpo objetivizado y sometido a juicio, y mi preocupación más cercana a mi aspecto que a mi placer.

Queriendo parecerme al modelo, creyendo que así gustaría más, presté mucha atención en una charla donde una amiga nos quiso enseñar a las demás una técnica para abrir la garganta, porque a los tipos les gusta cuando te atragantás. Una fantasía que el porno alimentaba en sus sesiones de *face fucking*, esas en las que una chica con ojos llorosos es cogida por la boca (donde a veces termina vomitando y siendo obligada a comerse su propio vómito).

Lo clave de esos videos (y en realidad casi todos los del porno *mainstream*) es que las mujeres cumplen un rol pasivo que, en realidad (de esto me di cuenta después), no existe: si hay dos o más personas participando de una relación sexual, ¿por qué no pueden ser lxs dos activxs? ¿El sexo oral (o cualquier otra práctica) no puede ser disfrutable para ambas partes?

Este tipo de pornografía despoja al sexo de la seducción y del deseo, y lo vuelve una mera cuestión de un pito adentro de algún agujero. Pone el eje de nuestro placer en un pene (grande y erecto), y delega al hombre la responsabilidad de nuestros orgasmos.

Me costó mucho darme cuenta de que el sexo era mucho más que eso. Que los juguetes no “reemplazaban otra cosa”



porque no existía una forma de obtener placer que fuese más válida que otra. Y que todos los chistes y comentarios sobre el tamaño –como los que hacían, muchas veces, mis amigas– eran una competencia que sólo contribuía a naturalizar más el falocentrismo, atacando la seguridad del hombre asociando algo tan inmodificable como el tamaño de su miembro, con la posibilidad de brindar placer. Cuando, en realidad, si el tamaño afectaba la relación sexual era porque previamente había afectado la cabeza de lxs involucradxs.

76



Me enseñaron que el sexo, la masturbación y el consumo de pornografía son actos privados que se manejan dentro de una pestaña de incógnito y de los cuales no se habla.

Un poco lo mismo que pasaba –y pasa– con la virginidad (femenina, claro): se convirtió en un concepto machista de posesión y dominancia, que consiste en sacarle algo a la mujer. Su cuerpo, su vida sexual, su placer, su inocencia. El hombre la desvirga y la

hace suya. El sexo oral, la masturbación mutua o la penetración anal no son consideradas formas de desvirgarse: esto está exclusivamente relacionado con la penetración pene-vagina, concepto que sostiene la familia patriarcal.

Tiempo después, entre amigxs, admití haber mandado fotos desnuda por whatsapp. Algo que hice hace muchísimo tiempo y que ni siquiera disfruté tanto. Yo en realidad aspiraba a convertirme en una fantasía para otra persona y, por fuera de las inseguridades que me atacaban cuando realizaba otras prácticas, jugando a ser una femme fatale en fotos me sentí más segura. Una manera de tener el control y a la vez convertirme en eso que los hombres deseaban. Pero las respuestas de mis amigxs, en gran parte, fueron: “¿y no te da miedo de que se viralice?”.

Una pregunta que no me surgió al momento de mandar la foto (supongo que un poco por desinformación), pero que tampoco me hice cuando mandé audios o mantuve conversaciones online de otro tipo. Porque, en general, unx no está esperando que lx invadan en espacios privados, cualquiera sea su índole. Sin embargo, cada vez que hay casos de famosas o videos porno que se hacen virales, saltan preguntas como: “¿por qué lo hizo si no quería que la vieran?”, en boca de gente que juzga la vida sexual de la mujer en cuestión, en lugar de preguntarse si está bien compartir una foto, aun cuando eso va en contra de los deseos de la protagonista. Como si ellas fueran las culpables de que otrxs no hayan respetado su intimidad.

La sociedad, en vez de indignarse o hacer un tratamiento crítico, es parte de tal viralización. Un contenido que rankea fuerte en páginas porno: videos como el de Florencia Peña y otras famosas, “castings” de chicas a las que les prometen no subir los videos, porno amateur de parejas que se filman y luego se viralizan, o que un tercero filma a escondidas. La gracia está en mirar algo que no está dirigido al ojo público; otra vez, se violentan los deseos de la mujer en cuestión.

Sé que no todo es culpa de la pornografía y que esta sólo reproduce ideas ya instaladas. Pero es una industria millonaria y capitalista que no cuenta con la regulación adecuada, y que forma parte de una cadena de consumo que muchas veces involucra la explotación, la trata, la prostitución y otras formas de violencia. Una industria global que intercambia cuerpos por ganancia.

Y no sólo le vende fantasía a su público, sino muchas veces también a quienes trabajan en ella. En su mayoría chicas que (como muestra el documental *Hot Girls Wanted*) no estaban al tanto, que sólo subsisten en el negocio dedicándose a fetiches particulares y trabajos duros; que el monto que ganan



no es tanto –teniendo en cuenta grandes gastos en manicura, depilación, peluquería, vuelos, alquiler, etc.–; ni que el alcance que tienen es tal que hace que, al cabo de un mes, su familia ya se haya enterado de su trabajo nuevo.

Toda esta desinformación en torno a la sexualidad y al cuerpo me llenó de complejos. Limitó mis decisiones y mi libertad. Me llenó también de sentimientos de culpa, de inseguridad y de humillación. Lamentablemente, me enseñaron que el sexo, la masturbación y el consumo de pornografía son actos privados que se manejan dentro de una pestaña de incógnito y de los cuales no se habla. O por lo menos no de esta manera.

Pero yo creo que es necesario hablar para destruir las ideas de placer que aprendimos de la pornografía capitalista (que no es otra cosa que la fantasía perfecta del sistema machista en el que vivimos). Porque si bien es cierto que en toda producción pornográfica lo importante es lo sexual, eso no quita que las mujeres no podamos ser tratadas y retratadas como seres humanos.

La realidad es que ni a todas las actrices ni a todas las mujeres nos gusta que nos acaben en la cara o estar cien por ciento depiladas. Que escupir no es necesariamente poco sexy. Que las manos, los brazos y las piernas son tan protagonistas como las tetas y el culo. Que no hay una fórmula matemática para llegar al orgasmo. Que las formas de sentir son infinitas. Que la eyaculación masculina no es necesariamente sinónimo de buen sexo, ni del final del acto. Que las miradas dicen más que las palabras. Que hay una manera de ejercer la vida sexual sin tiempos, ni límites, ni etiquetas.

*\*23 años, CABA. Actriz y cofundadora de Revista Palta.*



# Que viva el amor compañero

## y el compañerismo amoroso



Por Coral Herrera Gómez\*

**S**omos cada vez más las personas que creemos que otras formas de desearse y amarse son posibles, el amor se está poniendo de moda: ya no es un asunto del que avergonzarse, ya por fin la gente entiende que no es un asunto tuyo que pertenece a la esfera de tu intimidad y privacidad. Es un asunto colectivo: lo romántico es político. Aprendemos a amar a través de la familia, la socialización y la educación. Nos meten el romanticismo patriarcal en vena a través de la cultura: con mitos, estereotipos y roles sublimados nos explican qué es lo anormal y qué es lo normal, cómo son las mujeres y cómo son los hombres, y cómo se relacionan entre ellos.

Nuestra cultura es patriarcal, nuestra forma de relacionarnos es, pues, patriarcal. La ideología de la construcción social y cultural del amor es patriarcal y capitalista, por eso amamos todos así, y no de otra manera. La buena noticia es que el amor se puede despatriarcalizar, descapitalizar, deconstruir, desmitificar, colectivizar y re-inventar, y además creo que tiene un hermoso y noble potencial revolucionario.

En un mundo en el que la gente está presa del miedo y el odio, amarse es una forma de resistencia frente a la barbarie. Es el único remedio para luchar contra la soledad del



individualismo, y es la única cura posible ante las enfermedades de transmisión social (homofobia, lesbofobia, transfobia, xenofobia y racismo, misoginia, machismo, clasismo, gordofobia, etcétera).

Frente al paraíso romántico individual que nos promete el amor eterno, somos muchas las que seguimos deseando alcanzar la utopía colectiva, aquella en la que todos nos salvamos creando redes de cooperación y ayuda mutua. El capitalismo nos quiere aislados, de dos en dos, en niditos de amor en los que permanecemos muy ocupados sosteniendo inútiles luchas de poder, tratando de adaptar los mitos del romanticismo patriarcal a la realidad sin mucho éxito.

El capitalismo patriarcal nos quiere celosos, monógamos, posesivos, amargados, miedosos, con complejos e inseguridades, y sumergidos en las guerras románticas, entretenidos en el diseño de estrategias que nos sirvan para retener al otro, para enamorar al otro, para dominarlo y hacerlo nuestro. El patriarcado neoliberal nos quiere divididos en dos grupos, y nos hace creer que hombres y mujeres somos muy diferentes, pero complementarios. Somos mitades que si se juntan, forman una unidad perfecta.

En realidad estas milongas románticas sirven para que asumamos como natural esta forma de organizarse en jerarquías de manera que unos pocos dominen al resto. Sólo que en lugar de luchar contra los pocos que tienen el poder, los medios, las tierras, los bancos, y los puestos de poder, lo que el capitalismo quiere es que nos entretengamos mejor en hacer la guerra permanente contra nosotras mismas, y entre nosotras.

Si lo pensáis bien, cuanto más tiempo y energía malgastamos en estas batallas, menos dedicamos a la lucha por nuestros derechos fundamentales. Cuanto más insatisfechas estamos, más queremos escapar de la realidad que no nos gusta, por eso nos encantan los deportes de riesgo, la fiesta, las





drogas naturales y las de diseño, las legales y las ilegales, los viajes exóticos, las novelas y películas románticas.

En esto consiste el romanticismo patriarcal: ya en el siglo XIX se vio que los románticos en lugar de cambiar colectivamente la realidad que no les hacía felices, preferían construir su propio paraíso del amor, perderse en ensoñaciones, escribir poemas y cuentos muy trágicos o muy lindos. Y al final como la realidad nunca se casaba con sus sueños, y su amor no era correspondido, después de quejarse mucho en sus obras artísticas se pegaban un tiro para pasar al Olimpo de los mártires románticos; esos seres sensibles y extraordinarios incapaces de aceptar un rechazo o de asumir la realidad. Nada de querer lo mejor para la sociedad de su tiempo: los románticos querían su droga del amor, y vivían felices soñando con la llegada al paraíso, ese lugar en el que una sola persona cubrirá todas nuestras necesidades emocionales y materiales, ese espacio el que seremos felices para siempre.

Y sin embargo, no todo el mundo se aísla y malgasta su tiempo en buscar su media naranja para salvarse a sí mismos. Son muchísimas las personas que hacen barrio, que se organizan, que salen a la calle a protestar contra las injusticias, las guerras, la desigualdad, la explotación y la violencia. Y todas esas personas creemos en un mundo mejor, y soñamos con poder parar la maquinaria de la explotación a la que estamos sometidos los humanos, los animales y la naturaleza. Sabemos que podemos organizarnos económica, social y políticamente de otra manera, y que nuestras relaciones podrían mejorar o cambiar si lo trabajamos individual y colectivamente.

Somos unos pocos, pero somos cada vez más. Leemos libros y blogs, nos apuntamos a talleres, lo trabajamos en nuestras asambleas, lo convertimos en tema de tesis doctoral, lo compartimos con nuestros grupos de amiga y amigos... vamos buscando la manera de querernos más y mejor, de expandir



el amor en forma de redes de afecto, de construir relaciones en red que funcionen bajo los principios de la solidaridad, la cooperación, la empatía y la ayuda mutua.

Si nos quieren compitiendo entre nosotros, peleando por los escasos recursos, explotados por unos pocos y echándonos la culpa los unos a los otros, el camino para salir de la barbarie no es la salvación individual, sino la colectiva. Juntos somos mejores, y hoy, que me levanté optimista, me di cuenta de que somos cada vez más los que estamos apostándole al amor solidario, y al amor compañero: un amor en el que cabemos todas y todos, sin exclusiones y sin violencias.

Estamos construyendo una nueva filosofía del amor que no sea jerárquico ni se base en el concepto de propiedad privada. No queremos las estructuras verticales, no queremos someternos o dominar, sino aprender a crear relaciones horizontales y en red.

El amor compañero es un amor para celebrar, para aprender, para luchar por nuestros derechos, para ayudarnos, para crecer, para organizar nuestros recursos, para construir normas propias, para destrozarnos las antiguas estructuras que nos oprimen... Este amor compañero está basado en el respeto, el buen trato, la ternura, la honestidad y la generosidad. Es ese amor de la gente que se trata de tú a tú, que se relaciona desde la empatía y desde el intercambio de energías positivas, desde las ganas de vivir la alegría colectivamente. Es una forma de quererse basada en la solidaridad y el compañerismo, y sirve no sólo para practicarlo en la fábrica, en la oficina, en la asamblea, además sirve también para la pareja.

En un mundo en el que la gente está presa del miedo y el odio, amarse es una forma de resistencia frente a la barbarie.



El amor compañero en pareja consiste en juntarse libremente para compartir la vida el ratito o los ratitos que queramos estar juntos. No se construye como el amor romántico desde el interés o la necesidad, sino desde la libertad y las ganas de estar juntos. En el amor compañero no se firman contratos esclavizantes ni se hacen promesas irreales de futuro: se disfruta como se disfruta la amistad, en el aquí y el ahora.

Yo concibo el amor compañero como una forma de relacionarse libre de violencia, y de machismo. Lo construyo con mi pareja trabajándome mucho por dentro, y se vive mucho mejor sin sentimientos de posesividad, sin celos, sin miedos y sin obsesiones. Se trata de disfrutar, de acompañarse, de pasarlo bien, de darse calorcito humano, de reírse mucho, de conversar rico, de compartir placeres, de crecer juntos, de cuidarse mutuamente.

El amor compañero se expande y se multiplica, y da para abastecer a todo el entorno de los enamorados, nunca se encierra en sí mismo. No importa si es monógamo o poliamoroso, que permanezca estable o vaya cambiando, no importa si es entre dos o si hay más participantes, lo importante es que la relación esté llena de amor del bueno.

El amor compañero está basado en la honestidad y la coherencia, dos de sus pilares fundamentales. Por eso se parece mucho a la amistad, y además tiene mucho y muy buen sexo. Porque se ha alejado de los mandatos que reducen el placer a la fricción de los genitales y no se centra en el coito, sino en el placer de todo el cuerpo, y en el de todos los cuerpos de las personas a las que nos unimos para compartir y disfrutar. Es una manera de vivir el erotismo sin sadismo y sin masoquismo. En ella se comparte la responsabilidad de la anticoncepción y la reproducción, se trabaja en equipo, se aprende en compañía.

En el amor compañero el sexo no se utiliza a cambio de amor. El sexo es para comunicarse, y disfrutar: no se concibe



como una moneda de cambio ni una transacción, y no se concibe separado del amor: el sexoamor es una forma de quererse, no son dos cosas diferentes.

Así pienso y siento yo el amor compañero: gente que se relaciona desde la coherencia entre lo que sienten, lo que piensan, lo que dicen y lo que hacen. La relación se construye desde la idea de que yo tengo los mismos derechos que tú, y podemos tratarnos como compañeros el tiempo que estemos juntos, y podemos seguir queriéndonos durante la ruptura, y después.

No se pierde el tiempo en guerras, los enamorados no se convierten en enemigos, no hace falta diseñar estrategias, jugadas sucias, no es necesario manipular: el amor compañero se construye desde la amistad, la honestidad y la confianza mutua, con mucho respeto y sinceridad.

El compañerismo es, pues, una forma de relacionarse con la gente igualitariamente, sin jerarquías, sin dominación ni sumisión, sin sufrimientos, sin dependencias. Es una forma de relación que construimos con los amigos y las amigas: también podemos hacerlo con la pareja.

Cuesta mucho, creo que sobre todo les cuesta mucho a los hombres, porque en la cultura patriarcal los compañeros son siempre otros hombres. Las mujeres se representan siempre solas, sin amigas, ni hermanas, ni madre, ni primas, ni vecinas, ni compañeras de grupo, de casa o de trabajo. Los hombres en cambio valoran mucho sus amistades con otros hombres, y en la adolescencia y la juventud jamás consideran que nosotras seamos sus iguales. Somos gente rara, somos distintas, somos inferiores, somos misteriosas, y sólo se relacionan con nosotras para follar, porque una chica no es una persona digna de ser tu amiga, es una cosa a la que conquistar, usar y tirar.

Ese es el machismo más rancio que impide a los hombres disfrutar del amor compañero con otras mujeres. Por eso es tan importante derribar los prejuicios y los estereotipos:



tenemos que darnos la oportunidad de conocernos, de desobedecer los mandatos de género, de pensar juntos el tema del amor, de desmontar y desmitificar el amor, de cuestionarnos a nosotras mismas y cuestionar la cultura del amor en la que hemos sido educadas.

Yo soy optimista, creo que desde que terminé mi tesis sobre el amor romántico, cada vez siento que somos muchos escribiendo, debatiendo, usando la imaginación, y reconstruyendo el amor. Queremos liberarnos del masoquismo romántico, de las relaciones infernales, de los miedos, los odios y las guerras, los sacrificios, los sufrimientos, las etiquetas, las jerarquías, las dicotomías, los estereotipos mandatos de género, los egoísmos, y la violencia. Y creo que es un trabajo apasionante el poder hacerlo en pareja, y a solas, y con la gente.

Son muchos años de patriarcado encima, ni lesbianas, bisexuales ni gays se salvan, también tienen que trabajárselo como las heteras. No vamos a borrar de un plumazo todo lo que heredamos de nuestros ancestros porque despatriarcalizarse requiere de mucho trabajo: tenemos que dejar de etiquetar y generalizar, tenemos que dejar de utilizar el pensamiento binario y empezar a utilizar el pensamiento complejo para poder entender todos los patriarcados que nos habitan.

Gracias a ese trabajo de desmontar el romanticismo patriarcal, podemos fabricar nuestras propias herramientas para aprender a querernos bien. Sería más fácil si de pequeñas recibiésemos educación sexual y emocional para aprender a expresar y gestionar nuestros sentimientos, para aprender a disfrutar con la diversidad, para aprender a relacionarnos en igualdad. Si nos enseñasen en la escuela a aprender a relacionarnos desde el buen trato y el respeto mutuo, a desaprender todas las estructuras, y a desaprender la violencia romántica.

Si en las escuelas pudiésemos analizar la realidad desde una perspectiva crítica, cuestionaríamos todos los mitos con los



que nos seduce el romanticismo patriarcal. El objetivo es que nos creamos todo el cuento, y nos entretengamos en soñar un paraíso individual con el que olvidarnos del mundo.

Para no caer en la estructura machista del romanticismo, tenemos que contarnos otros cuentos, darle la vuelta a las historias, imaginar otros finales felices posibles, eliminar los príncipes azules y las desvalidas y sumisas princesas rosas, crear personajes potentes que muestren la complejidad y la diversidad de nuestro mundo. Creando nuevos personajes, podremos conocer otros modelos de masculinidad y feminidad y tendremos más herramientas para cuestionar el modelo hegemónico basado en la guerra de los sexos.

Esta educación sexoamorosa debería empezar en la infancia y no terminar nunca: todos y todas necesitamos herramientas para aprender a querernos mejor, para disfrutar del placer sin culpa, para aprender a amar desde la libertad, para aprender a decirnos adiós con amor, para aprender a construir relaciones igualitarias libres de violencia y de machismo. Con estas herramientas podremos construir enormes redes de afecto para hacer frente a la pobreza, a la precariedad, a la explotación. Esas redes serían una forma de resistencia frente a un sistema que no es capaz de asegurar nuestro bienestar ni garantizar nuestros derechos más básicos.

Para poder organizarnos mejor, para relacionarnos de otra manera y transformar el mundo en el que vivimos, tenemos que trabajarnos los patriarcados que nos habitan. Liberarnos de la necesidad de dominar a los demás, aprender a convivir con la gente que nos rodea, aprender a querernos sin poseernos, aprender a unirnos y separarnos con amor. Necesitamos nuevas estructuras emocionales, nuevos modelos amorosos, nuevas formas de amarnos que nos permitan relacionarnos horizontalmente, sin jerarquías, sin estructuras de dominación ni sumisión. Necesitamos más amigas, más amigos, y



menos enemigos. Necesitamos dejar a un lado a la soledad, multiplicar la gente a la que queremos, ensanchar el concepto de amor, sacarlo a las calles y las plazas, a los lugares de trabajo, al barrio, al estadio de fútbol, al concierto, a la asamblea....

En resumen, necesitamos con urgencia un amor compañero que se parezca a la amistad, un amor libre de machismo y de violencias, un amor en el que puedas ser tú misma, y puedas crecer junto a la otra persona el tiempo que queráis compartir un trocito de vida. Querernos bien, querernos sin hacernos daño: el reto es aprender a tratarnos con amor, a relacionarnos con madurez y con alegría, sin tener que construir sistemas de defensa en una relación en la que no somos enemigos, sino compañeros y compañeras de viaje.

Hay que tratar de ser compañeros y compañeras en el amor, porque sólo se puede amar en libertad, y porque creo que es una hermosa forma de amarse: con el amor compañero podemos aprender a querernos mucho, a querernos bien, a juntarnos y separarnos cuando queramos, a estar bien con una misma y con los demás. Creo que en buena compañía es más bonito vivir el presente, se disfruta más del amor y se vive mejor... Así que me quedo con esta relación entre iguales, con el amor entre compañeros, para reivindicar nuestro derecho a celebrar el amor y la amistad. Y no sólo en febrero, hay que celebrarlo siempre.

*\*Española residente en Costa Rica. Doctora en Humanidades y Comunicación, con énfasis en teoría de género. Escritora y docente. Artículo publicado en Pikara Magazine.*





# Educada por una pornstar




Por Maru Labat\*

88



**¿** De qué hablamos cuando hablamos de sexualidad? ¿Cuánto del silencio pedagógico que me acompañó en mi educación tiene que ver con los complejos y prejuicios que tuve que romper –y que sigo rompiendo– durante mi madurez? ¿Qué tan lejos quedó el disciplinamiento de mi cuerpo en base a reglas de vestimenta y comportamientos de “género” asignados por dentro y por fuera de la escuela? ¿Cuán diferente es la Argentina de hoy a la que me tocó vivir a mí, cuando la Ley de Educación Sexual Integral no existía?



A mis 10 años yo pensaba que la masturbación era algo que hacían los varones, y que el placer que yo sentía al apretar mis piernas contra la almohada era una malformación de mi género. No lo contaba, no lo consultaba, era algo más secreto que íntimo.

El contexto era clave. A principios de 2000, internet recién se iba instalando en algunas familias privilegiadas y el consumo de pornografía –como principal educador– era aún más difícil para las chicas. La meta era buscar en los cajones de hermanos o primos y recolectar todo el material gráfico (y explícito) posible para responder algunas inquietudes.

La pornografía no era sólo mi manual de instrucción sexual secreto, sino también mi anclaje más grande al sexo opuesto.



Mi sobrepeso estético hacía que mis compañeros me dijeran “cerda” o “porki”, y armé una estrategia extorsiva para erradicar esos apodos: el tráfico del porno. A los chicos más amigables los invitaba a merendar, les daba Nesquik y les mostraba las revistas que había conseguido. Gracias a *Playboy* me hice amigos y más tarde novios, y todavía recuerdo el rostro ardiente de las modelos que me enseñaron que manifestar el placer tenía que ver con una forma de abrir y torcer la boca.

## Una maestra llamada Emmanuelle

Recorrer la grilla de programación de la televisión y encontrar el horario exacto en el que Film Zone se volvía “Exxxtreme” también era un hábito personal. Ahí estaba ella, Emmanuelle, la mujer de las múltiples facetas, con historias de hombres invisibles y viajes al espacio; mi maestra de sexo y biología durante mi educación primaria.

Cada teta, pezón, cintura, cola, pierna e incluso vagina que aparecía en primer plano me hacía bajar el mentón para buscar similitudes. El recorrido era en vano: la mayoría eran diferencias, aunque la expresión de placer de Emmanuelle emitía el mismo sonido que hacía yo cuando algo me dolía.

Cuando conseguía pasar del *soft* al *hard* y encontraba imágenes explícitas, las dudas se profundizaban. La ostentación del genital del varón era evidente, y su placer parecía estar relacionado con la dominación. ¿Eso blanco que les sale del pito es como la menstruación? Las preguntas que me hacía con respecto a la naturaleza de ellos eran más, porque su miembro era más visible y diferente, aunque mi biología y mi placer todavía se ubicaban en un terreno alienígena.

El punto de ebullición de mi curiosidad fue cuando con mi mejor amiga redactamos una carta para pedir información calificada. Nos habíamos enterado de que en otra escuela había



chicxs que tenían clases sobre el tema, y quisimos el mismo beneficio. Aunque el pedido fue anónimo y firmado por nuestra división, la evidencia la dejamos al tocar la puerta de la secretaria de dirección y al decirle –en un español de dibujo animado– que llevábamos “recado” para la directora. El mensaje era contundente: “Queremos clases de educación sexual”. Sin saberlo, ese día y de esa forma, nos convertimos en militantes por nuestros derechos.

## Una batalla ganada a medias



Poco después, Silvia, la psicopedagoga, se presentó en el aula en la primera clase de educación sexual de nuestro colegio. Su fanatismo por las teorías de Freud le hizo relucir cierto goce por la temática que le tocó explicar a nosotrxs, su alumnado. “A ver, levante la mano: ¿quién sabe lo que es el semen?”. Mi compañero de banco, el nerd de la clase, le preguntó con timidez: “¿semen y ‘wasca’ son lo mismo?”. Entre risas e ilustraciones pedorras, la clase se limitó a cómo nos trajeron los “papis” a este mundo, en un marco limitado a la gestación y los cambios físicos en la pubertad.

Con 27 años comprendo que reducir la sexualidad al sexo es peligroso.

El porno, su falocentrismo y heteronormatividad seguían siendo más efectivos.

En mi secundaria el tema se retomó desde el plan de estudios del colegio. Mientras yo descubría mis gustos y placeres, asistía a actividades programadas que tenían eje en la salud sexual reproductiva. El foco estaba puesto en prevención de enfermedades y los métodos anticonceptivos: con una banana

las chicas practicábamos cómo poner un forro mientras los chicos, de fondo, se reían como si la tarea les fuese ajena.

En ninguna charla se habló de diversidad, orientación sexual, ni identidad de género, ni se hizo mención de los distintos puntos erógenos; tampoco se habló de abuso o de los secretos que no hay que guardar. Mi experiencia, la ficción, las anécdotas de amigas, los mitos urbanos y, por supuesto, la pornografía se mantuvieron en mi adolescencia como mis docentes más capacitadxs en la materia.

Las clases de educación sexual, un privilegio en aquel entonces, me dejaron con más interrogantes que certezas; con un mundo muy acotado, dentro de las esferas de lo “masculino” y “femenino” y la desigualdad que eso supone. Aquellas clases manifestaron el pudor y la falta de capacitación docente frente a la temática, y también reveló la necesidad de buscar otras fuentes de información.

91



## ¿Las bases para terminar con las violencias de género?


Esto que relato debería ser un problema de mi generación y las pasadas. Porque desde hace once años, en la Argentina, existe una Ley de Educación Sexual Integral (ESI) que le otorga derechos a lxs niñxs en todas las instancias educativas, que promueve articular la educación familiar con la de la escuela en un sentido transversal y no con una clase o actividad aislada. Además, propone una educación con enfoque de derechos y con una perspectiva pedagógica para tratar el género, la diversidad, la afectividad y los cuidados del cuerpo.



La aplicación de la Ley está trabada por la administración pública y por la influencia de la Iglesia en el ámbito educativo. El incumplimiento del Estado de garantizar derechos a todxs lxs niñxs está acompañado por el desconocimiento que

tenemos nosotrxs, lxs adultxs educadxs por el porno, a la hora de exigir la capacitación docente para que se pueda aplicar.

Con 27 años comprendo que reducir la sexualidad al sexo es peligroso. Que la educación sexual empiece con los colores, los juguetes, el afecto y los distintos tipos de familia. Que lxs adultxs tenemos que hablar de la existencia de “contactos físicos incómodos”, aún frente a chicxs que no saben lo que significa el sexo o el placer; que hay que entender que la narrativa infantil influye en la construcción de un universo habitable, y que se continúan reproduciendo estereotipos en la ficción que generan complejos y discriminación.



¿Por qué esta Ley aún no se implementa en todas las escuelas? ¿Vamos a creer que un gobierno que instala un proyecto de ley de “Libertad religiosa” está dispuesto a aplicar una conquista histórica en el ámbito de la educación? ¿Quiénes, sino nosotrxs, deberían abogar para que se garanticen los derechos de lxs niñxs?

El sexo, al final, es todo eso de lo que se habla mucho –y sin saber–, pero que se ejerce en privado. Es el dedo meñique de un mundo que mi generación no conoció más allá de la pornografía y la práctica. Y la salud sexual reproductiva es la punta de un iceberg con el que hay que chocarse para construir una sociedad mejor.

*\*28 años, CABA. Periodista independiente, militante feminista y cofundadora de Revista Palta.*




# Adolescencia trans

El nombre propio



*Los roles sexuales en la sociedad capitalista  
son una construcción*

**Silvia Federici**



# Si tuviera un deseo sería revisar mis privilegios

Por Carolina Unrein\*

94



**M**i nombre es Carolina. Elegí mi nombre a la edad de 13 años, cuando decidí hacerme cargo de mi no-reivindicada identidad, en honor a la mujer más hermosa que conocí en mi vida. Hermosa porque me quiso tocaya antes que nadie. Hermosa porque me salvó la vida.

Tengo dieciséis años, ahora. Hay algo de lo que me he asegurado completamente en los últimos tres años de mi vida: mi identidad femenina libre de patologías, parabenos, gluten y carne animal y, además, de que, en un sistema capitalista heterocispatriarcal, todos y todas somos funcionales a éste: somos educados y educadas en base a atributos que proponen un estado de desigualdad entre hombres y mujeres, entre trabajador y capitalista, entre heterosexuales y personas que ejercen sexualidades disidentes. Esta naturalización de desigualdad se deja entrever en todas las expresiones y relaciones humanas; por lo tanto, también estoy segura de que, bajo ningún punto de vista, esta raíz puede ser sacada con propuestas individualistas que pretenden aislarse del contexto político y social en el que vivimos.

No es algo que me deje dormir tranquila, cosa que tampoco está buena. Cuando llega la hora de descansar, ¿cuántas chicas como yo habrá esparcidas en mi querida República Argentina

que no tienen la suerte de vivir? ¿Cuántos chicos? ¿Cuántes chiques? ¿Cuántas personas?

¿Y si me hago las verdaderas preguntas?

¿Cuántas habrá indígenas, pobres y negras? ¿Cuántas podrán ser capaces de autoperibir en paz su propio género? ¿Cuántas podrán salir con orgullo a la calle con un cartel que reivindique el único género que existe (el de cada cual)?

Un montón de ideas que dan vueltas y vueltas y giran y giran en torno a la cabeza de una pendeja trans de 16 años. Ante la necesidad de hacerme cargo de lo que me pasaba y de lo que sentía, inexorablemente llegó la necesidad de estar informada. La información dejó evidencia; la evidencia dejó un vacío. Y ese vacío fue llenado por la militancia, por hacer política: por luchar por la felicidad de todxs. Por la urgencia de generar un cambio social.

Hace poco una amiga me dijo que soy la generación que quería Lohana<sup>2</sup>... flasheó un poco. Pero, después de lagrimear, sí me hizo pensar que, si bien hay muchas personas trans que no se atreven a pensarse como merecedoras de su cuerpo, de su vida, hay otras que se piensan tanto que se olvidan de Diana<sup>3</sup>, se olvidan de Lohana. Se olvidan de preguntarse, ¿cómo eran físicamente?, ¿cómo eran emocionalmente?, ¿qué me dieron?, ¿cuál es su legado?, ¿qué derechos puedo ejercer por los cuales ellas pelearon? Si me tratan bien y respetan mi identidad: ¿es porque mágicamente nací en un mundo en el que las personas con la misma frecuencia de disidencia sexual que yo siempre fueron consideradas así, personas?, ¿dónde estoy parada?

---

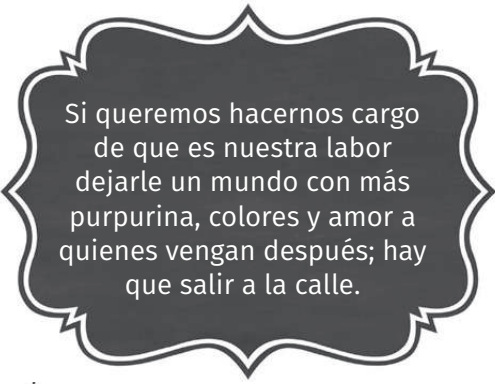
2 Lohana Berkins: Feminista, referente nacional travesti, militante del partido comunista, dirigente de ALITT (Asociación de Lucha por la Identidad Travesti y Transexual).

3 Diana Sacayán: militante política, referente del MAL (Movimiento Antidiscriminatorio de Liberación), conurbana, originaria, abolicionista, impulsora de la ley de cupo laboral trans, entre otras.



Empiezo a sentir hinchazón en los ojos, de a poquito mis preguntas se van mezclando con creatividades sinsentido y

consentidos inconscientes, pero hay algo que me estoy dejando en claro, una vez más: hay un legado que nos fue dejado y que debemos continuar.



Si queremos hacernos cargo de que es nuestra labor dejarle un mundo con más purpurina, colores y amor a quienes vengan después; hay que salir a la calle.

Si queremos visibilidad, si queremos respeto, si queremos equidad. Si queremos comer en paz en un

restorán. Si queremos no tener que salir a la calle a pedir un Cupo Laboral porque ya logramos insertarnos en ese ámbito. Y no sólo en ese, sino en todos los de la sociedad. Si queremos que nos amen. Si queremos que entiendan nuestros cuerpos. Si queremos dejar de ser un fetiche, si queremos que nuestra genitalidad no sea un factor de morbo. Si queremos que se entienda que somos bellas, que somos humanas, que somos personas. Seres.

Si estamos cansadas de que nos asesinen cincuenta veces. Si estamos cansadas de ser una burla, si estamos cansadas de ser lo bizarro. Si no podemos seguir llorando desnudas, y más bien queremos llorar sangre, pero refiriéndonos a lo que en algún momento fue para las Lohanas, para las Dianas, y sus generaciones. Si queremos hacernos cargo de que es nuestra labor dejarle un mundo con más purpurina, colores y amor a quienes vengan después; hay que salir a la calle. Hay que moverse. Hay que escribir, hay que hablar, hay que gritar. Por quienes no pueden escribir, ni hablar, ni gritar. Por quienes están en silencio, por un tiempo, o por siempre. Hay que llorar, para mostrar humanidad. Hay que mirar hacia atrás.



Para así, fijarnos en el adelante. Adelante. Donde habrá luz. Donde seremos felices.

Y de repente, la alarma suena, me levanto de golpe. Son las siete. A estudiar.

*\*18 años, Diamante, Entre Ríos. Pendeja trans.*



# Ser joven. Ser tránsito.

Ser uno

Por Alan Otto Prieto\*

98



**Q**uiero contarles un cuento que, como toda buena historia, no puede comenzar de otro modo que no sea “había una vez”. Entonces, había una vez un joven de 32 años, temporalmente soltero y sin hijxs, que cada mañana se levanta, ceba su mate y se acerca al balcón para respirar el aire fresco de los árboles del boulevard sobre el que vive en la ciudad de La Plata. Como tantxs otrxs en esa urbe, es oriundo de otro pago, lejano y patagónico, un pueblo petrolero del norte de la provincia de Santa Cruz, llamado Las Heras, donde aún viven su mamá y sus hermanos. Volver al terruño a comer la comida casera de la vieja y salir con lxs amigxs de la cuadra inexorablemente lo retrotrae a su infancia y juventud, cargada de recuerdos mezclados, algunos felices y de los otros.

Ese pibe, algo inquieto, recuerdo muy bien cuando se sintió “grande” por primera vez: fue cuando recibió su primer sueldo. Hacía tiempo quería valerse por sí mismo: trabajar y no depender de su familia para darse algún gusto. Una vez que conocemos el sabor de la independencia es muy difícil dejarlo atrás. Pero, había algo más, un acto de rebeldía. Él no quería usar la ropa que su mamá le compraba, no. Él quería vestirse a su modo. ¿Quién sabe por qué le importaría tanto como para dejar de lado los juegos y empezar a trabajar tan temprano?

En fin, una vez me contó que el tiempo en la escuela secundaria fue muy lindo, a pesar de ciertas situaciones de violencia que se daban por no cumplir expectativas ajenas, unas que se suponía debía cumplir sin entender muy bien por qué. O mejor dicho, sí, él lo intuía. Era algo vinculado a su expresión de género que no se condecía con lo que registraba su documento nacional de identidad. Allí habían escrito lo que otrxs leyeron sobre su cuerpo, sin preguntarle, sin esperarlo. Allí imprimieron el género asignado al nacer. Nada más. Nada menos.

Pero esa lógica no funcionó. Él no se sentía una mujer. No se vestía ni actuaba como tal. No le interesaban esos roles que la sociedad pretendía verlo cumplir, llenar, hacerse cargo como si fuera un callejón sin salida, como si no hubiera otro camino. A pesar de la mayoría de lxs maestrxs de entonces, él era uno más en su grupo de amigos. El preceptor pudo sancionar pero no “corregir” lo que era un deseo latente, inocente y sobre todo, sin vuelta.

Alguna vez sufrió también uno de esos típicos episodios de acoso escolar cuando le gritaron “machona” mientras jugaba. El personal de la escuela se ponía cada vez más estricto, reticente a la escucha. Pero aun así, ese lugar fue más amigable en relación a lo que vino después. En Trelew, mientras seguía sus estudios, empezó a cobrar mayor fuerza la curiosidad sexual. Habían quedado atrás los códigos del pueblo. Allá nadie te dejaba si habías tomado un poco demás, y si había problemas prevalecía el espíritu de comunidad. Además él era muy apegado a sus amigxs, que siempre estaban para bancarlo. Por más que hubiera adultxs que lo observaran raro, que señalaran y circularan chismes hirientes, nunca unx amigx le reprochó no ser “suficientemente femenino”.

Pero solo, en una nueva ciudad, frente a nuevos rostros, todo cambió. Todo se hizo más difícil. Durante el primer cuatrimestre de la universidad, ni una palabra a nadie. Te-



nía miedo de saludar. No entendía bien de qué hablaban los profesores. Pudo hacer amistad con algunas chicas unos años mayores con las que compartía la pensión. De hecho, fue con una de ellas con la que tuvo su primera vez con una mujer. Su nombre era Julia. Le voló la cabeza, tanto, tanto, que al día siguiente tuvo que sacar un turno con un terapeuta porque no podía creer lo que le estaba sucediendo. Entró y, sin más, empezó a llorar. ¿Qué decir? ¿Cómo explicar? Pasó un buen rato hasta que pudo tomar coraje y decir: “me gustan las chicas”. Al despedirse, cerró la puerta de la consulta y no regresó.

100



De un momento a otro, la felicidad se escapó por una ventana, sin saber bien a dónde se había ido. Nuestro amigo entró en una crisis profunda. Sentía que no encajaba en ningún lugar. Había dejado de hablar con su familia. Abandonó su carrera y decidió mudarse a otra ciudad.

Comenzó entonces a salir con una flaca que tenía serios problemas de consumo. Alguna vez él había fumado un porro. Sabía lo que eran las drogas, pero nunca había probado ni se había interesado en ello. Sin embargo, fue inevitable. Un consumo excesivo de pastillas lo llevó al hospital. Seguramente no fue un intento de suicidio, fue un corte, un movimiento sísmico, algo que necesitaba canalizar sin saber cómo. Un amigo lo fue a buscar y le dieron el alta médica. Volvió a Las Heras, pero las cosas no fueron sencillas. Mientras su mamá intentaba contenerlo, sin aceptar aún su predilección por las mujeres; su papá intentó darle lecciones de vida. Él estaba enojado, frustrado, nada lo hacía sonreír. Y la idea de ser feliz le resultaba extraña.

Quiso volver a probar algo nuevo, viajar a Buenos Aires, instalarse allí. El anonimato de las grandes ciudades siempre atrae a los espíritus libres. Una ex compañera de la facultad y una tía fueron la primera red de contención. Armó el bolso y no lo pensó más. Allí sucedieron dos cosas importantes. Por primera

vez, una integrante de su familia lo llamó “lesbiana” no desde un lugar peyorativo sino positivo. Era su tía Ana. Y lo segundo, fue encontrar una amiga dispuesta a ayudarlo, lo incentivaba a hacer algo con su vida: “no podés seguir dando vueltas”, le decía. Así comenzó un nuevo capítulo en su vida, un amor que lo acompaña hasta hoy, el del activismo.

Corría 2008, chat de por medio, una piba de La Fulana, Normita, lo invitó a participar de sus reuniones semanales de mujeres lesbianas. “Ni loco, no conozco a nadie”, replicó él, pero una vez que entró a ese departamento en la Avenida Corrientes y Callao, nunca más lo dejó. Sólo tenía 22 años y se le notaba en el acento que no era porteño. Su timidez enamoraba. Por todo se ponía colorado. Si bien ya había hecho sus primeras armas, aún se sentía torpe y temeroso cuando una mujer se acercaba demasiado. Pero lo más importante, logró allí poner en palabras lo que sentía, lo que quería y lo que pensaba.

No tenía apuro en encontrar definiciones o etiquetas. El tiempo estaba de su lado. Había aprendido ya que en el género todxs flotamos.

Entendió que el activismo era la respuesta a su búsqueda. Un mundo nuevo se abrió ante él. Le generaban mucha curiosidad las mujeres trans/travestis. Con una de ellas, especialmente, discutía siempre. Ella le decía que no podía verlo como “mujer”, que para ella él era un varón. Él aún, quizás, no lo tenía tan claro, no era tan consciente. Tras aprobarse la Ley de matrimonio igualitario en la Argentina tuvo oportunidad de viajar a Chile, a un encuentro de familias diversas. Allí conoció a dos varones trans. Todos en ese encuentro lo trataron en masculino y regresó a Buenos Aires con más dudas que certezas. La casilla lésbica, ese primer refugio, se volvió esquivo. Otra vez, época de crisis, introspección, preguntas.



El ambiente no era el mismo que antes. Tenía entonces con quienes hablar. Y no tenía apuro en encontrar definiciones o etiquetas. El tiempo estaba de su lado. Había aprendido ya que en el género todxs flotamos.

De ese modo, promediando los últimos meses de 2012 – un año clave para los derechos de las personas trans en la Argentina por la sanción de la Ley de Identidad de Género–, nuestro amigo entendió todo aquello que había vivido desde tan temprana edad. Contaba con el apoyo no de uno, sino de muchos varones trans con quienes compartía rastros y cicatrices de trayectorias similares. Una vez me explicó: “mis aciertos y errores siempre tuvieron que ver con no encontrar ese lugar desde donde transitar el mundo, eso que hoy entiendo que se llama identidad de género y que yo había reprimido por tanto tiempo”. Había puesto a dormir en su memoria todos aquellos recuerdos tristes, todos los castigos que había recibido por no encajar en el lugar de nena, de princesa, de señorita. Había borrado los retos, los insultos, los golpes.

Transicionar con el acompañamiento de otros varones trans fue lo que le brindó las mejores herramientas para afrontar lo que se venía: volver a hablar con su familia, incluso con sus propios compañerxs de militancia. No era nada fácil porque él venía de una organización lésbica feminista y asumirse como un varón trans era a sus ojos inevitablemente irse al lugar del “macho patriarcal”. Eso le generaba un profundo malestar, contradicciones. Era insólito concebir que su masculinidad pudiera despertar esos fantasmas. Pero aun así, fue en ese proceso en el que re-encontró la sonrisa.

¡Qué extraño! Hasta aquí relato un cuento con un personaje sin nombre. Ese niño trans que creció en un mundo inhóspito a la diversidad para transformarse en un joven activista se llamó a sí mismo Alan Otto.



Las personas trans no somos producto de una ley o de una película o de un mito platónico, no: existimos desde siempre. En tu escuela, en tu música, en tu trabajo, ahí también estamos. Somos una parte indispensable del movimiento que interpela la norma hetero-patriarcal, que denuncia las violencias y las jerarquías entre los seres humanos.

Ser joven trans/travesti no es sencillo en una sociedad que ignora nuestros cuerpos, que los enferma y los patologiza. Somos lo raro, parte de lo invisible y tenebroso que se esconde bajo la cama. Somos objeto del ninguneo más cruel.

Hay muchxs adultxs que insisten en silenciar nuestras voces. Ellxs creen saberlo todo, piensan que nuestra forma de habitar el mundo es simplemente algo discursivo, algo que se da por la edad. Se resisten a entender que proponemos un cambio de paradigma, un cambio en el modo de relacionarnos, en la forma de sentirnos.

*Defender la alegría como una trinchera* es exigir la implementación efectiva de la Ley de Educación Sexual Integral en todo el territorio de nuestro país; es informarnos y compartir los derechos consagrados en la Ley de Identidad de Género; es reconocernos en nuestro propio cuerpo y sentirnos, contra viento y marea, orgullosxs de quienes somos.

\**Activista trans de Capicúa*  
(Edición: Facundo Nicolás García)



## Lo máximo

Por Alessandra Luna\*

No eres lo que llamarían  
lo máximo, no, no lo eres.  
No, y tampoco lo ideal,  
y sin embargo tú tienes  
lo que para mí es especial,  
lo que me contiene.  
No eres por supuesto,  
tampoco lo mínimo...  
y aunque lo fueras,  
quizás de poca importancia sería.  
Sería a su vez mucho y poco,  
ambivalente.  
Tienes lo simple y lo básico  
hoy, lo que me retiene.  
Creo, no obstante, en la reencarnación  
y en lo que tú nada entiendes  
pero no importa, ya ves,  
el tanto creer, entender  
y aceptar, me detiene.  
Pero hoy no quiero hablar...  
sólo estar, que te quedes,  
proponer al destino un capricho  
y obviamente, convencerte...  
convencerte de que no soy  
ni lo máximo, ni lo mínimo,  
soy lo que puedo, pero a tu lado,  
soy mía pero contigo, y soy ambos  
seguramente...

*\*Activista travesti conurbana.*





# Migrantes

Que se vengan todas



*Cualquiera que sea  
la libertad por la que  
luchamos, debe ser una  
libertad basada en la  
igualdad.*

**Judith Butler**

# Ser feminista, ser jóvena y migrante



Por Elizhetere Gennes Santiago\*

106



¿ Qué significa en realidad el movimiento?, me pregunto mientras escribo estas líneas. Moverme puede ser tantas cosas, pienso: parpadear, besar, escribir, bailar, sonreír, caminar. Creo que, en definitiva, no hay vida sin movimiento, porque éste es la vida misma y es el cuerpo nuestro lugar para hacer consciente nuestro deseo de movimiento, nuestro cuerpo que abraza y se va conectando con la vida en movimiento de les otros. Pero, a la vez, no es cualquier cuerpo: es nuestro cuerpo-mujer (nuestra cuerpa) que lucha, que resiste y se agota; se renueva y desea; que quiere pintar, danzar, hacer música, escribir, jugar al fútbol... Y que quiere ser cada vez más esa cuerpa que se imagina libre, sin miedos y fuerte; capaz de decir siempre “yo puedo hacer esto, yo quiero hacer esto”.

## Un lugar donde estar...

Desde que nacemos esa cuerpa ocupa un espacio, como todas las formas y seres del universo lo hacen. Ese espacio que ocupamos puede ser cualquier lugar en el mundo; en mi caso, resultó ser la hermosa costa caribe colombiana por lo que mi cuerpo-mujer fue creciendo y construyéndose con la presencia cotidiana del mar, las caracolas, los cangrejos, el viento, y

el sol que te apretuja la piel; también los colores vibrantes de las sonrisas, los aromas y sabores de la ternura de mi abuela con sus manos mágicas de cocinar el mejor arroz de coco del mundo o las arepas con huevo que me preparaba mi tía.

Te encontrarás con mujeres tan diversas, fuertes, incansables, solidarias, amorosas, que te hacen sentir que no existe ninguna frontera, que los caminos los trazamos nosotras y nuestros deseos.

Sin embargo, al ir creciendo y siendo cada vez más consciente de ese lugar que ocupás y de tu propia cuerpo que lo transita, te das cuenta de que hay cosas que no te gustan tanto, formas de organizar la vida, tiempos que sientes que no coinciden con tus propios ritmos. También hay mie-

dos cotidianos que laten mucho en Colombia y condicionan nuestras formas de vincularnos y de actuar, afectándolo todo. De repente, esa cuerpo cae en un silencio melancólico, se distancia y se vuelca hacia dentro de sí medio inmóvil; comienza a expresar que no quiere estar más en ese lugar, que necesita irse. Entonces, la escuchás.

## Observando el horizonte

Vivir cerca del mar es también una provocación constante de querer saber qué puede haber más allá, te mueve una curiosidad sofocante que te acompaña siempre, ves la línea del horizonte y su lejanía y te preguntás: “¿Qué más hay?”. También, con el tiempo, el mar te hace dar cuenta de que eres del agua.

Así que de todas las opciones posibles decidí venir a Buenos Aires. Irse nunca es fácil, pero tampoco lo es llegar. Caminar nuevos lugares y conocer otras formas de vincularse; nuevos gestos y miradas, los colores y sabores: todo cambia, y cambia



también la forma en que las personas te ven y se acercan a ti reconociéndote diferente. “¿De dónde eres?” o “¿por qué estás aquí?”, preguntan y te sientes extranjera, tal como aparece en el documento de identidad; lo cual parece querer decir, además, “extraña, exótica, extra”; es decir, todas palabras que han marcado históricamente la desigualdad social que vivimos.

Sumado a esto, no sólo estás “extra” en un país, sino que además eres mujer y eres negra, entonces comienzan a aparecer preguntas sobre el color de mi piel y las formas de mis cabellos, el grosor de mis labios o la anchura de mi nariz; preguntas que se relacionan con las distinciones que otrxs hacen sobre mí y que me atraviesan por completo. Y es que reconocerse negra no es fácil en una sociedad de racismo y discriminación, tal como tampoco lo es asumirse feminista en una sociedad patriarcal y machista. Entonces, para ambas situaciones nuestra lucha es la misma: No somos inferiores y nadie puede arrebatararnos nunca nuestro derecho a la libertad.

108



## No estás sola

Debo decir que este transitar no siempre es fácil: vivir en otros lugares es vivir siempre con una permanente sensación de extrañar y de ser la ausencia de otros. Te envuelve la nostalgia en un día de otoño o te cae de golpe sin siquiera presentirlo mientras caminás por alguna callecita de la ciudad, también aparece en los sueños: en mi caso suelo bailar en la arena con el sonido de las olas y los tambores, o te lo puede traer un olor, como el de la guayaba; pero es a la vez una oportunidad de sentirnos más cerca de nosotras mismas, de conocernos e intimar con nuestros verdaderos deseos intentando ser lo más leal posible a nuestras ideas y sentires. Además, en medio de este buscar, también vas encontrándote y conectándote con la gente que te abraza y vibra con tu propia alegría; pero, sobre

todo, te encontrarás con mujeres tan diversas, fuertes, incansables, solidarias, amorosas, que te hacen sentir que no existe ninguna frontera, que los caminos los trazamos nosotras y nuestros deseos.

Aprendés entonces a confiar más, a sentirte más segura y consciente de quién eres porque no estás sola. Te das cuenta de que no hay raíces que nos aten a un solo lugar, sino que lo que de verdad existe es un enraizamiento de florecer en cada persona que habitas, cada espacio compartido, cada cuerpo que te abraza y te acompaña en los momentos de nostalgia y también de felicidad.

Siempre brindando por la vida y la sororidad.

*\*29 años, colombiana, vive en CABA. Psicóloga, estudiante de Artes Visuales, parte del Movimiento social y político Congreso de los Pueblos en Colombia y Muralismo Nómada en Resistencia en Buenos Aires.*





# Feminista orgullosa y retobada *feliz*

Por María José Jara\*

110



**E**l feminismo es lo más horrible y hermoso que me pasó en la vida; es como que te sacan unas vendas que te cegaban toda tu vida con cera caliente y nada, nunca, exactamente nunca, va a ser igual.

Es muy duro ese momento en que explota tu cabeza al descubrir que fuiste oprimidx toda tu vida, así como no es nada fácil ver que también sos parte del problema.

Que no solo tenés que deconstruir tus opresiones, sino también tus privilegios. Deconstruirnos con mucha empatía y un demoledor.

Después de la poco amable y hasta cruel cera, empezó mi nueva era en *The Matrix*, porque no hay vuelta atrás después de la pastilla. Mi Matrix tuvo y tiene tres etapas claras: Pasado, presente y futuro. Me explico:

El feminismo del pasado me parece que es el que más duele, porque no podemos hacer nada al respecto. En el momento en que pude entender realmente la definición de feminismo, sacándome de la cabeza todos los preconceptos erróneos que nos taladran para descalificar la lucha, me volví loca por más información, loca por entender. Soy feminista recién desde los 29 años, y acabé de recibir el baldazo de agua más frío de mi vida. El primero de muchos.

Y refuerzo el punto de “sacándome de la cabeza preconceptos”, porque era la persona que pensaba que las feministas eran histéricas, exageradas, que el feminismo era sólo para las mujeres y todas esas pelotudeces que nos meten en la cabeza. Lo que hasta ahora me regaló bastante comprensión con las personas que son reacias al feminismo: ¿cómo no serlo si nos enseñan a serlo?

Entonces comencé a leer y leer. Y leer. Y me encontré con una historia que no pide perdón, con una revolución que ha luchado siglos sin armas; me encontré con mucho dolor y admiración. Leí que en la Santa Inquisición quemaron a unas 9 millones de mujeres por ser “brujas”; leí que no nos dejaban estudiar ni votar por tener vaginas; leí que en África y Asia millones de niñas han sido y siguen siendo víctimas de la mutilación genital con el objetivo de eliminarles el placer sexual, que cientos de mujeres fueron quemadas en una fábrica por reclamar sus derechos (¡Ah! Feliz día de la mujer); leí que la mujer no iba a trabajar porque su “obligación y propósito en la vida” era tener hijxs y tener lista la cena para el marido; leí que la primera mujer en recibir un título universitario en 1678 le dieron un doctorado en filosofía, no el de teología –que era el que le correspondía–, sólo porque tenía una vagina y a la Iglesia se le cantó el culo no hacerlo; leí que Yoko Ono escribió “Imagine” pero John Lennon ni la mencionó porque era “su” mujer... Por supuesto que este párrafo no hace ni cosquillas a todo lo que ha enfrentado la mujer en nuestra “humanidad”, porque la verdad es que el patriarcado es el holocausto en contra a las mujeres. ¿Pensás que es demasiado? No lo es. Eso es lo que me enseñó el pasado.

La etapa del “pasado” tiene un subtítulo muy jodido: MI pasado.

¡Ouch! Lo sentí como comer 20 jalapeños enteros y eso me empujaba a salir desnuda a gritar: “¡No estoy locaaaaaa! ¡Tenía razón, pedazos de soreteeeeeesss!”.




Yo era feminista y no lo sabía. Y qué gran alivio saberlo. Saber que todas las veces que me rehusé a levantar los platos porque los hombres tampoco lo hacían o que me decían “retobada” sólo por decir lo que pensaba. Había toda una razón tras de eso.

Durante mi infancia y adolescencia, siempre me sentí inadaptada, no entendía por qué las cosas eran como eran, y ahora entiendo. Entiendo que si sos niña, la frase “compórtate como señorita” te persigue toda la vida: “no corras, no grites, vestite bien, no seas ruda, péinate, callate” y miles de comportamientos sociales impuestos a la mujer para que se convierta en una Barbie madre que cocine, tenga hijxs, y no tenga una opinión.

Desde que naces te enzoquetan un moño rosado en la cabeza

porque sos nena, que viene incluido con varias muñecas y un kit de cocina con distintos tonos de rosa, porque las nenas juegan al té con sus muñecas mientras los niños están afuera corriendo con una pelota o un avión. Todo ese rosado

112



Reconocerte como feminista no quiere decir que te transformás de un día para otro. Ser feminista está lleno de contradicciones. Y la feminista perfecta no existe.

para las niñas, y el celeste para los nenes, grita imposiciones, corta y delimita los sueños individuales.

Decime si cuando ves un color rosadito, no pensás en moñitos, muñecas, vestiditos, corazoncitos, princesitas. Y cuando ves el color celeste, no pensás en barquitos, aviones, trenes, pelotas... Eso se llama rol de género, que básicamente nos dice qué deberíamos hacer y ser en la vida. Y el feminismo lo que busca es que dejemos a las personas ser las personas que quieren ser y a los colores ser colores.



El presente... ¡Uffff! Es difícil, porque reconocerte como feminista no quiere decir que te transformás de un día para otro. Ser feminista está lleno de contradicciones. Y la feminista perfecta no existe. La lucha para mí no es sólo contra el sistema, sino contra mí misma. Y todos los días me invaden preguntas: ¿Por qué carajos me sigo depilando? ¿No puedo aceptar que un hombre me invite la cena? ¿Qué mierda hago en todas las Navidades cuando todas las mujeres traen los platos cocinados, preparan la mesa, la levantan y lavan los platos, mientras los hombres siguen con la birra apoyada en la panza sin mover un pelo? ¿Arruino la Navidad y todos los asados familiares? ¿Por qué estoy festejando la Navidad si Papá Noel es otra imagen machista y consumista? ¿Por qué le obligan a esa niña a sentarse en el regazo de un hombre desconocido para recibir un regalo?! ¿Por quéeee?!

Ser feminista me enfrenta con muchas mini batallas donde salgo perdiendo como en una mala jugada de Street Fighter y otras salgo gloriosa con el viento haciendo volar mi cabello con la música de Queen "We are the Champions" sonando de fondo.

Recuerdo que cuando le conté a un familiar cercano que era feminista y me dijo: "Las mujeres hacen lo que quieren, claro que hay igualdad, VOS sos la acomplejada". Ouch. Y terminó diciendo, muy preocupado: "No quiero que estés sola con tu cartelito sin que nadie te acompañe". Días después fue la marcha de Ni Una Menos y le envié unas fotos aéreas de la marcha. ¡Ahhh, que bien que voló mi cabello ese día!

Cuento esa anécdota pelotuda porque a la lucha feminista la atravesamos y la palpamos todos los días, en esa anécdota y en las miles que vivimos todas las mujeres constantemente. No estamos defendiendo un ideal intocable; estamos defendiendo algo que nos toca el culo todos los días. Es nuestra vida. Literalmente.



Porque nuestro presente está marcado por todas las publicidades que nos dicen que 90-60-90 son las medidas que te hacen linda, que tenemos que tener el cabello sedoso y lleno de brillo las 24 horas, que tenemos que estar todas depiladas, que no tenemos que gritar mucho, que si decimos que “no” somos histéricas, que si somos muy confiadas somos creídas, si somos exigentes en nuestros trabajos somos unas perras, que si estamos solteras a los 30 tenemos un problema de fábrica, que todas tenemos que ser héteros, que si no queremos tener hijos somos raras, que nuestros malditos poros tienen que ser pequeños.



Antes, mis sueños eran volar, poder teletransportarme, tener una casa, un auto y un barco, comer todo el día y ser flaca (bien logrado, patriarcado); hoy mis sueños cambiaron: sueño con reventar con un bat toda la sección de niñas de juguetes en los supermercados, sueño que una mañana todas las monjas se despierten feministas y que las mujeres podamos caminar en las calles de noche sin sentir que estamos en una película de terror.

Y bueno... me queda el futuro. Por ahí suena como un eslogan barato, pero ser feminista hoy es apostar por un mejor futuro. Creo firmemente que el feminismo es un trabajo individual y colectivo en busca de un mundo más justo y libre para todes.

La revolución comienza en tu cabeza, en tu familia, en tu pareja, en las charlas de bares con el machito si tenés ganas y se traslada a la sociedad, al trabajo, a las marchas, a la participación política, a los proyectos sociales. Porque si estás incomodando a otros y a vos misma, estás haciendo bien las cosas. Porque ser feminista es nunca más quedarse callada.

*\*31 años. Paraguaya, vive en CABA.  
Humana, redactora y dibujante.*

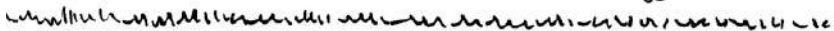
8

# Fútbol

En la cancha  
como en la vida

*El feminismo  
es un ejercicio  
que implica  
cuestionarlo todo.*

**Señorita Bimbo**





# En la cancha, el motor es el deseo

Por Juliana Román Lozano (La Nuestra Fútbol Feminista)\*

116



**L**a pelota rueda e invita sin prejuicios. Donde hay fútbol, todas las cuerpos posibles entran en juego en una danza colectiva en la que todes somos necesarios, importantes, indispensables.

Las piernas que se encuentran vienen caminando historias distintas, las cuerpos son territorios sobre los que se inscriben las victorias y las derrotas, las resistencias, las luchas. Los músculos y la agilidad de algunas cuentan que hace mucho que patean la pelota; son las más afortunadas, las que temprano pudieron elegir y decidir, esas a las que no se les impuso la muñeca como único juguete o las que decidieron descabezarla y encontraron ahí la redonda.

Los reflejos para recibir la pelota ya sabiendo donde entregarla son los de esa niña que aprendió a levantar la cabeza y mirar a sus rivales para, con la pelota al pie, abrir la puerta de su casa y salir a jugar a pesar de la pintada de “marimacho” en la pared.

En la cancha los brazos que sostienen hijos de otras en el banco de suplentes entienden que esos niños son de todas y la solidaridad de amamantarlo para que la madre siga jugando es la puesta más concreta y revolucionaria del cuerpo.

Así, jugando al fútbol, se arma manada, se hacen hermanas y aliadas. Jugando al fútbol se abre la puerta y se construyen cuerpos politizados que interpelan, cuestionan, juegan y gozan.

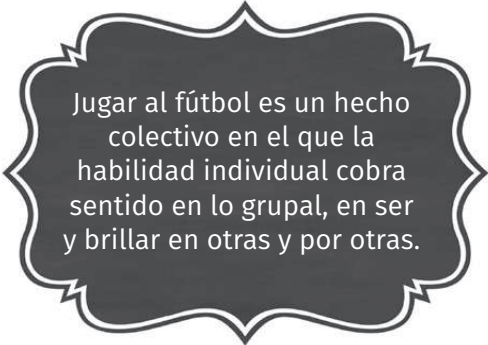
Cuando se juega juntas, se camina juntas. Cuando juegas al fútbol aprendes de otras y te aprendes a ti misma. Con la puesta concreta del cuerpo, se levanta la cabeza y se conecta con la respiración. Se aprende a conocer los propios límites y el umbral del dolor. El fútbol te permite reclamar la fuerza y te exige conectar con el centro raíz desde donde emana la potencia. Enmarcada en el juego, florece la agresividad y los cuerpos que empujan van al piso barriendo pelotas que eran gol y se levantan rodillas raspadas que van mapeando conquistas.

Cuando se juega juntas, se camina juntas. Con la fuerza colectiva se defiende y se construye. Juntas se exige el derecho a ocupar las canchas y a ser escuchadas, a ejercer ciudadanía y a salir de lo privado a lo público.

Juntas y en manada se reclama y se sostiene un territorio, se defiende una camiseta, se ganan batallas simbólicas y se tejen redes.

Jugar al fútbol es un hecho colectivo en el que la habilidad individual cobra sentido en lo grupal, en ser y brillar en otras y por otras.

El equipo es la ronda por donde circula la pelota y con ella, la palabra. Lo que pasa en la cancha queda en la cancha y mientras aprendemos a levantar la cabeza buscando en quién apoyarnos para tirar una pared, encontramos ojos cómplices,



Jugar al fútbol es un hecho colectivo en el que la habilidad individual cobra sentido en lo grupal, en ser y brillar en otras y por otras.



hermanas mayores para contar y hermanas menores para escuchar.

El equipo te contiene y en ese abrazo la palabra es exigida y atesorada para resolver los conflictos, para apretar los dientes, para hacer un gol.

Equipo puede haber en todos lados porque la pelota habla todos los idiomas y teje frases entre mujeres de todo el mundo. Es la llave que abre todas las puertas y trasciende todas las fronteras. Si viajas sola, la pelota acompaña y migra contigo. En canchas de tierra, en estadios, en pasto o en potreros, el hecho colectivo que es el fútbol te acerca a otras que hablan pateando y tejen jugando.

Para jugar hay que levantar la cabeza y decidir mirar a otras y encontrarte en otras. Para jugar al fútbol en estas canchas embarradas hay que ser muchas y construir un lenguaje nuevo, un lenguaje propio en el que el territorio es nuestro por derecho y con nuestras cuerpas libres y descolonizadas generamos vínculos de sororidad amorosa y cuidado entre nosotras. Nos paramos en la cancha como en la vida.

*\*32 años, colombiana, vive en CABA. Futbolista, feminista,  
Directora Técnica Nacional de Fútbol.  
Parte de La Nuestra Fútbol Feminista.*





# Las chicas también jugamos a la pelota

Por Luciana Ghiberto (Martas Fútbol Feminista)\*

**E**n el país donde el fútbol es pasión de multitudes, las mujeres siempre estuvimos fuera de la cancha. Así como se nos ha negado la participación política y aún se nos dificulta el acceso a los puestos de poder, las reglas del patriarcado también se aplicaron en el campo de fútbol. “La primera vez sentimos mucha emoción”, dice Irene, “nunca nos había pasado estar adentro de una cancha”.

Las Martas jugamos hace más de cuatro años. Desde abril de 2014, no pasó una semana sin fútbol 5 de mujeres: desde entonces mantenemos al menos uno (hoy, ¡cinco!) turnos semanales en distintas canchas de la ciudad de Santa Fe. Creamos un grupo de whatsapp que nos nuclea a nosotras y a unas 150 chicas más bajo la consigna de que no se caiga ningún fútbol de mujeres: ahí resulta sencillo conseguir reemplazos a último momento. Pero no nos resultó fácil llegar hasta acá.

## Infancias futboleras: entre el estigma y el disfrute

La mayoría de Las Martas tenemos recuerdos vívidos de haber jugado al fútbol de chiquitas. Después de los asados familiares, en las calles del barrio en las que circulaban pocos autos, coladas en algún recreo al picadito de los chicos, en el campo



con los hermanos y los vecinitos. Pero no podíamos jugar en clubes y elegir el fútbol como deporte para practicar todas las semanas porque no había instituciones que lo ofrecieran, las opciones eran patín, hockey, voley o gimnasia deportiva.

Sin embargo, aprovechar esos márgenes para jugar a la pelota también tenía sanciones fuertes: risas, burlas y estigmatizaciones. Una de Las Martas contó que cualquier discusión con sus amigos del barrio decantaba en agresiones anónimas: papelitos por debajo de la puerta o mensajes escritos con cascos en su vereda que decían “marimacho”. Otra contaba que, incluso, su papá la mandó a danza “para que sea más femenina”. Varias recuerdan con enorme frustración los regalos que recibían los hermanos varones: a ninguna de nosotras, jamás, nos habían regalado una pelota de fútbol. Hace poco tiempo aprendimos que esas anécdotas pueden ser pensadas como violencia de género; y que ese tipo de violencia la sufrimos desde muy pequeñas.

Mientras éramos chiquitas no importaba tanto, encontramos espacios para jugar a pesar de todo y nos encantaba. Pero eso iba a cambiar al poco tiempo.

## La bisagra de la prohibición: ya sos una señorita

Todas las que hemos jugado de pequeñas distinguimos claramente un momento bisagra en la pre-adolescencia, cuando nuestros cuerpos empezaron a atravesar algunos cambios y aparecieron autoridades familiares marcando que ya era tiempo de dejar de jugar a ese deporte que consideraban de varones. La tía que nos decía: “con esa ropa no”, las abuelas que marcaban que ya éramos “mujercitas” y que debíamos comportarnos como tales.

En algunas de nuestras historias esas figuras no aparecen, pero de igual manera en ese mismo momento de nuestra línea





histórica dejamos de jugar a la pelota y las excusas son más vagas: me interesaron otras cosas, los varones jugaban más fuerte o ya no querían jugar conmigo, las chicas preferían quedarse en el borde de la pileta tomando sol, no había más mujeres con quienes jugar. Las trabas fueron múltiples pero unen nuestros relatos abriendo una triste etapa en la que anulamos el fútbol de nuestras vidas. Parece que todas hubiéramos suspendido casi simultáneamente el deseo de jugar a la pelota y lo hubiéramos guardado en una caja, hasta los casi 30 años de edad, cuando el feminismo nos permitió abrirla nuevamente.



## El deseo que no pudo existir

Las Martas pisamos el césped y la canchita pasa a ser un espacio diverso, donde se reúnen trayectorias distintas pero que logran construir un lugar seguro para equivocarse.

Unas pocas Martas tienen anécdotas que escuchamos con atención porque se escribieron a contrapelo de la mayoría de nosotras: ellas no jugaron nunca al fútbol, nunca sintieron deseo de hacerlo, desde muy pequeñas entendieron que eso no era para ellas

y hoy las enoja que esa posibilidad les haya sido negada. Recién cerca de los 30 años, en el medio de la revolución cultural que estamos protagonizando las mujeres, les dieron ganas de ponerse botines y empezar a jugar, encontrando el placer de entrar a la cancha y de que todos los problemas desaparezcan. ¡Y recuperar el juego! Los varones mantienen espacios de ocio y de juego entre ellos, y nosotras hemos sido criadas para no reclamar esos momentos o considerarlos importantes: antes parecen estar las tareas de cuidado de otros o el trabajar el

doble y esforzarnos para alcanzar lo que para ellos es más fácil. Encontrarnos en el juego, en un deporte que afuera es un negocio sucio y para nosotras adentro es puro deseo y disfrute, tiene una potencia a la cual es difícil resistirse.

## Y ahora que estamos juntas

El peso del patriarcado lo sentimos todas y estamos convencidas de que eso es en parte lo que nos unió en la lucha feminista. Las Martas coincidimos no sólo en los estigmas y las prohibiciones, sino también en el placer de jugar juntas, en la alegría de haber conquistado nuevamente ese espacio lúdico para encontrarnos y disfrutar.

Las Martas pisamos el césped y la canchita pasa a ser un espacio diverso, donde se reúnen trayectorias distintas pero que logran construir un lugar seguro para equivocarse. Aquellas que hemos jugado más tiempo con hermanos o vecinos, o las que han entrenado hockey durante años y se paran mejor en la cancha, acompañan a las otras en el proceso de aprendizaje. Hay una socialización del conocimiento en la técnica del juego que, desde donde se mire, resuena a sororidad. Nos reconocemos en un proceso de aprendizaje colectivo en el que nos esforzamos por romper con las lógicas patriarcales de la competencia entre nosotras y con el que estamos felices de estar comprometidas.

Está clarísimo, para todas, que los varones juegan mejor porque jugaron mucho más tiempo en su vida, y sólo por eso. Eso se repite como un mantra, aprehendido, quizás porque durante mucho tiempo nos hicieron creer que ellos eran mejores “naturalmente” para algunas cosas. Y para quienes miramos el mundo con lentes violetas, los cientos de gestos por partido en los que nos empujamos para jugar mejor no pueden no ser leídos en clave feminista; como un contrapeso a la



expulsión y la discriminación que las mujeres hemos sufrido también en este espacio.

Nos acompañamos en el aprendizaje, pero estamos lejos de ser “mantequitas”; de hecho, aplastamos el dicho machista de lo que implica “jugar como nenas”: marcamos usando el cuerpo, corremos mucho, nos bañamos en transpiración, trabajamos la pelota con fuerza, chocamos, nos caemos, la paramos de pecho, cabeceamos. Y también enfrentamos a los varones que están fuera de la cancha, lo que nos hace más fuertes aún.

Las Martas más antiguas recuerdan el primer partido: “Había un grupo de vagos colgados del tejido, mirando, nos gritaban cosas, nos chiflaban, fue tremendo”. Desde esa primera experiencia, en la que Emilia se acercó al tejido a sacar un lateral y se dio vuelta a enfrentar a esos sanos hijos del patriarcado hasta hoy, Las Martas somos conscientes de un proceso en el que esas violencias se fueron atenuando: los varones que juegan en el turno anterior están más acostumbrados a ver mujeres entrar y salir de la canchita donde tenemos varios turnos. Pero cuando algún turno se altera, los roles convencionales de género vuelven a cruji: Melisa cuenta que cuando van a alguna cancha nueva eso sucede, otra vez se sienten objetos, se sienten sexualizadas y eso la enoja profundamente. Marina agrega que esos días “entro a la cancha y me siento tan observada como cuando paso por una obra en construcción”. Sólo las mujeres podemos entender con exactitud a qué se refiere.

Los maravillosos terceros tiempos se fueron consolidando como un espacio de encuentro, relatos y problematizaciones. Fue en ese cruce entre potencia, deseo y opresión que emergió la necesidad de formarnos en el feminismo y organizarnos para luchar contra el patriarcado. Hoy las Martas Fútbol Feminista somos un colectivo formado por 30 pibas que tenemos como objetivo central sumar fuerzas al feminismo, realizando aportes desde nuestro espacio de juego y lucha que es el fútbol



feminista. Desde ahí apostamos a generar y promover espacios de intercambio, formación y activismo en feminismos; a promover y coordinar redes locales barriales de fútbol femenino y organizar encuentros de fútbol femenino en espacios públicos.

Hoy nos une y nos organiza la convicción de que hay que ganarle a los estereotipos de género y los estigmas por la orientación sexual, la convicción de que el único contrincante es el patriarcado y de que queremos que las niñas puedan jugar al fútbol en un lugar libre de discriminación y lleno de posibilidades de crear desde el placer.

*\*30 años, socióloga santafesina, feminista y militante contra la violencia policial.*



Testimonio 1

## Mis tres tiempos con el fútbol

Gabriela\*

**Primer Tiempo:** Desde que tengo recuerdos me gusta el fútbol, herencia de mi mamá y su familia. Los domingos siempre fueron un día sagrado, se comía y después se miraba el partido.

Mi hermano siempre jugó al fútbol y yo siempre bailé danza clásica, no lo discutía ni pensaba que tenía que ser distinto, más allá de que todos los miércoles estaba pegada a la tele, o de que haya rellenado todos los álbumes del Mundial desde 1990 hasta hoy.

A los 11 años una compañera de la escuela me invitó a entrenamientos sólo para pibas en el club que frecuentábamos. Yo le dije a mis papás, pero intervino mi profesora de ballet



diciendo que el fútbol deformaría mi cuerpo y no me dejaría ser una bailarina.

**Segundo Tiempo:** Ese fue un punto de inflexión: después de ese *no* de mi profesora, pasé a ser apenas una hincha. Pero para ser una Mujer Hincha, para que te escuchen, para que te inviten, para que les importe tu opinión, tenés que saber de verdad. Así que yo estudiaba todos los nombres de todos los jugadores y sus números y posiciones, pero no sólo de mi equipo presente, los del pasado, de los equipos rivales, de la selección brasileña, de la argentina, la uruguaya, la francesa, la de Camerún y por supuesto la del carrusel holandés. Porque también tenía que saber las formaciones más viejas, las de los grandes, de los eternos. A los 15 me regalaron *Fútbol al Sol y a la Sombra*, de Eduardo Galeano, pero a mi hermano le regalaron una pelota y otro par de botines más.

Podía discutir de fútbol con todos los varones que me rodeaban y algunas veces sabía más, pero al final el argumento de que yo no jugaba se sobreponía a todo lo que sabía. Durante mucho tiempo el fútbol fue una pasión que me demandó tiempo, plata, horas y horas de lectura, mirar muchos partidos, discutir, apostar y vivir pendiente de eso. En la facultad creció la pasión. Tenía amigos varones que respetaban mi opinión, hinchaban para mi equipo y viajamos juntxs todas las semanas para ir a la cancha. Pero la negación por probar jugar a la pelota también crecía: las pibas me invitaban a jugar y la respuesta siempre era negativa: yo no sé, yo miro, soy torpe, no me sale.

Jugar al fútbol es hoy otro poder más que me da el feminismo, animarme a sentir en mi cuerpo todas esas sensaciones que me fueron negadas.



**Tercer Tiempo:** En 2013 empecé a alejarme del fútbol, lo que hicieron FIFA, CBF y el Estado para disfrazar un país, me hizo probar en la piel de mi pueblo lo que yo ya sabía: que el fútbol se mueve por los intereses de los grandes capitales y las multinacionales. Llevar estos megaeventos a nuestros países son excusas para aplicar modelos urbanos, políticos, económicos y de seguridad que también representan el interés de esos mismos capitales. Pero ese rechazo vino acompañado de conocer a Las Martas, y el acercamiento a pibas que juegan a la pelota me hizo animarme. Jugar al fútbol es hoy otro poder más que me da el feminismo, animarme a sentir en mi cuerpo todas esas sensaciones que me fueron negadas. La pasión, la mirada cómplice del gol, los primeros botines, la primera pelota, quedar manija cuando no hay fútbol, querer saber y aprender más y que ya no me importe, para nada, qué pasa con la liga o mi equipo.

126



*\*31 años. De Pogos de Caldas, Minas Gerais, Brasil.  
Militante de "Las Martas Fútbol feminista" desde 2017.*



Testimonio 2

## No haber deseado jugar

Tamara\*

La primera vez que jugué al fútbol jugué fútbol feminista. Fue a los 29 años, con un montón de mujeres. Fue hermoso, tremendamente divertido y también violento, porque junto al disfrute infinito me violentó mucho caer en la cuenta de que, por el hecho de ser mujer, nunca antes había deseado hacer eso tan pero tan divertido.

De chiquita jugué al vóley, hice danza jazz, clásica, española, aeróbica, deportiva y muchos deportes más. Jugar al fútbol nunca ni siquiera se me ocurrió, pero tampoco me lo ofrecieron como posibilidad.

Siempre me gustó, me conmovió y me interpeló mucho el fútbol: mirarlo, escuchar partidos en la radio, ir a la cancha, leer literatura sobre fútbol, la pasión, los colores y sonidos de la cancha, los potreros, las historias de los equipos, películas, documentales. También enojarme infinito con la mercantilización del fútbol, debatir sobre eso, leer artículos, mirar programas futbolísticos, pensar el fútbol. En definitiva, desde que recuerdo estuve muy atravesada por ese deporte, pero siempre como espectadora. La parte de jugar era para otros.

Desear mucho hacer algo y que no te dejen es una experiencia dolorosa que toda mujer conoce. Y al jugar al fútbol se me hizo patente ese otro mecanismo de dominación, muy sutil: la negación total del deseo; ni siquiera desear. Estuve tan convencida de que hay cosas como el fútbol que no son para nosotras, que ni siquiera pude desear jugar. Hasta que otras mujeres me invitaron a jugar con ellas, un montón de Martas que me insistieron una y otra vez ante mi negativa rotunda.

En el jugar hay una potencia hermosa y en el juego colectivo esa potencia se vuelve infinita.

Ahora quiero jugar todo el tiempo. Reírme mucho en la cancha, aprender con las pibas, equivocarme un montón y que igual sea divertido correr, cansarme, volver a reír. Aprender algunas reglas e inventar otras, armar nuestro juego como más nos guste. Y así todo el tiempo, porque ahora la cancha también es mía, es nuestra, la cancha somos nosotras, juntas.



En el jugar hay una potencia hermosa y en el juego colectivo esa potencia se vuelve infinita. Si le agregamos jugar a algo donde se suponía que no debíamos estar nosotras; si le agregamos que nuestros cuerpos ocupen –desde el deseo y el placer– espacios pensados sólo para hombres, la combinación conlleva una irreverencia imparable. El fútbol jugado por mujeres es fútbol feminista, y eso es revolucionario.

Que ninguna niña crea nunca más que la parte de jugar no es para ella.

Que seamos miles de pibas jugando fútbol feminista.

Que las canchas y la vida toda sean nuestras.

Que haya un tercer tiempo infinito donde nuestros deseos se multipliquen siempre, hasta cambiarlo todo.

*\*30 años, Santa Fe. Militante de  
“Las Martas Fútbol feminista” desde 2017.*







# Puto mancha camiseta



Por Lucas Palacios\*

**L**a primera vez que fui a ver un Boca-River fue en Mar del Plata. Fui con mi viejo, algún tío, mi hermano, varios primos, algunos amigos de esos circunstanciales que me daban los veraneos en Miramar.

Mientras nos ubicábamos en la tribuna, alguien, uno de los adultos, nos dijo: “Miren que acá se puede putear”. Me acuerdo de que la hinchada de River cantaba que nosotros (los de Boca) éramos todos negros, putos, de Bolivia y de Paraguay. Los que eran de River en el grupo empezaron a cantar eso entusiasmados. La sonrisa incrédula de un niño que puede putear adelante de los más grandes. Los adultos codeándose entre ellos, alegres de ver que los más chicos se animaban a decir malas palabras y a estirar el brazo. Los de Boca no se quedaban atrás y la hinchada cantaba que quería jugar contra River para matarles el tercero. Se referían a un episodio donde, después de enfrentarse ambas barras bravas, habían muerto dos hinchas de River. Eso era lo que cantábamos los de Boca, sonrientes.

Cuando terminó el partido, pese a ser un amistoso, hubo inconvenientes. Tuvimos que esperar un rato largo para salir y después nos encontramos afuera con la policía con caballos y con gases lacrimógenos. Recuerdo la sensación de ardor en los



ojos, la garganta que se cierra, el miedo por los caballos que la policía tiraba encima de la gente.

Al otro día, día de playa, me desperté afónico. Para mí era como una herida de guerra. Había ido a la cancha, había puteado con los más grandes, había visto a la policía echando caballos sobre la gente, nos habían tirado gases lacrimógenos. Y tenía como prueba de todo eso, y como medalla, la voz rasposa y gastada. En los pasillos del balneario cada uno se vanagloriaba de las historias de la noche anterior. Además, los que habían ganado (ya no recuerdo si Boca o si River) cargaban a los del equipo rival. Los que habían perdido iban a ser, durante todo el verano o hasta el próximo partido, unos cagones y unos putos.

Pienso en todo esto mientras veo una entrevista a Carlos Tévez, ídolo de Boca, en un programa de fútbol de cable:

“A Lito yo lo llevo al barrio conmigo. Es chico todavía pero imaginate... La madre, los abuelos, el único varón, ¿viste? Si

no lo llevo al barrio a que le den un par de cachetazos, está ahí de doblar la muñeca. A Lito lo llevo para que se haga con los pibes de ahí, para que se haga.... para que juegue a la pelota”, comenta Carlos Tévez, entrevistado en el piso de un programa sobre fútbol.

Me acuerdo de ese primer Boca-River. Pienso en el ritual de masculinidad. Putear, bancarse gases lacrimógenos, ver quién era menos puto y menos cagón.

Marcelo Palacios, uno de los periodistas deportivos que lo está entrevistando, lo corta en seco. “Mirá Carlos, yo te respeto como jugador, pero ¿vos sabés lo que estás diciendo?”. Gas-tón Recondo, envalentonado por su colega, lo secunda: “Qué bueno que lo digas, Marcelo, porque yo la verdad escucho esto y también tengo que frenar la entrevista y aclarar las cosas”. Carlos Tévez se pone incómodo en su silla, se toca el micrófono,



baja la cabeza, busca fuera de cámara a su representante. Pero Marcelo Palacios sigue adelante: “Carlos, ¿vos estás diciendo que si alguien no es heterosexual hay que cagarlo a trompadas?”. Gastón Recondo parece relamerse ante la posibilidad que está teniendo: en medio de un programa de televisión, en vivo, al fin puede dar un mensaje que valga la pena. Se atolondra un poco, se pisa con su compañero de trabajo, y lo mira fijo al jugador de Boca Juniors: “Carlitos, vos estás diciendo esto en vivo en televisión y cualquier chico o chica que te tenga de ídolo va a sumar dos más dos y a pensar que si no sigue la norma sexual establecida alguien debería venir a cagarlo a trompadas”. Carlos Tévez se excusa: “Mirá, yo en verdad estoy hablando de mi hijo, no de todos los pibes del país... aunque mi hijo puede hacer lo que quiere, claro... pero bueno, viste, en el barrio... lo que pasa que él es varón y... el fútbol... culo”. Se hace una pausa inmensa. Carlos Tévez baja la cabeza y habla. Su voz es casi un susurro: “Perdón”. Marcelo Palacios se agita un poco, se le traba la voz, porque está algo eufórico y mira a cámara: “Bueno, ese fue Carlos Tévez, jugador de Boca Juniors; lamentablemente vamos a tener que cortar la nota acá; queremos aclarar que nadie en esta producción está de acuerdo con las palabras de Carlos. Creemos que él está muy confundido, tal vez producto de haber vivido en China durante tantos meses, y que sus palabras pueden herir muchas susceptibilidades. Ahora le hablo a cualquier pibe o piba que esté mirando este programa: nadie puede decirte cómo tenés que ser, ni este jugador de fútbol que está al lado mío ni nadie más. Vamos al corte”. El programa va al corte mientras Carlos Tévez mira a ambos periodistas preocupado, como pidiendo disculpas.

Hubiera sido lindo que así sea, pero la respuesta de los periodistas que describo en el párrafo anterior, nunca sucedió. Lo único que sí sucedió fueron los dichos homofóbicos y estigmatizantes de Carlos Tévez.



Los periodistas deportivos, una vez más, se abstraieron de su rol de analistas del deporte y del de formadores de opinión: Marcelo Palacios se rio como un adolescente confundido ante un chiste verde en una clase de biología; Gastón Recondo intentó justificar al futbolista con una respuesta que ahonda en el machismo: “Sí, no, no, de ser frágil ante... ante la adversidad, exacto”. Después, siguieron hablando acerca de si Tévez ganará o no ganará la copa Libertadores este año.

Tévez habla de que su hijo es el único varón, pero que está ahí de doblar la muñeca; luego pide que le den un par de cachetazos; dos periodistas le contestan primero con una risita estúpida y luego lo afirman diciendo que claro, que su hijo, al ser varón, no puede ser frágil ante la adversidad. Estos comentarios son, también, el germen de la violencia de género.

Me acuerdo una vez más de ese primer Boca-River que fui a ver. Pienso en el ritual de masculinidad que escondía esa noche, los días subsiguientes, ese verano. Putear, bancarse gases lacrimógenos, ver quién era menos puto y menos cagón.

Investigando para esta nota, una compañera me comparte una cita de Eleonor Faur que dice lo que tengo en la punta de la lengua: “Los dichos de Tévez no sólo hablan de la homosexualidad. Además, confirman que la masculinidad se construye como negación, afirmando aquello que los varones NO son ni deben ser: mujeres, niños y gays. Simple: porque en sus cánones, valen menos que varón”.

Pienso que hace tiempo estoy esperando, iluso, que alguna vez alguien responda como en la utopía que imaginé. Tal vez cuando eso suceda se comience a poner seriamente sobre la mesa y en todos los círculos un debate que ya es impostergable.

*\*36 años, CABA. Director audiovisual, dramaturgo, dibujante.*

*Colaborador de Revista Palta.*





# El juego como derecho humano



*imprescindible*

Por Mónica Santino\*

**M**i relación con el fútbol es desde el nacimiento: nací, crecí, viví en una casa muy futbolera. La salida de los domingos era ir a la cancha, y lo primero que hizo mi papá fue hacerme socia de Vélez.

Empecé a jugar a la pelota en mi barrio, donde había calles de tierra y calles de asfalto. A los seis, siete años, escuchaba picar una pelota y era más fuerte que yo. Ninguna mujer jugaba al fútbol y empecé un poco a pedir permiso, un poco a arrimarme, un poco a mirar, y me fui ganando respeto a fuerza de jugar. El único momento en que no estaba en la cancha jugando, estaba en la cancha viendo a Vélez.

Y después de todo eso me costaba mucho ensamblarme en juegos a los que “jugaban las nenas”: jugaba a la pelota, las bolitas, la escondida; me interesaba mucho más lo que tuviera que ver con lo físico, con poner el cuerpo, que estar en una sillita sentada jugando a tomar el té, a diferencia de mi otra hermana mujer. Y con mi hermano varón, que es más chico, crecimos así. Y si me tocaba elegir equipo en el “pan y queso”, era al primero que elegía. No me importaba si jugaba bien, regular o mal; me importaba que él jugara conmigo... El fútbol tiene esa base de ir construyendo lazos y de vincularse, que son insolubles.

Después, a medida que fui creciendo, se fue complicando, fue difícil de sostener. En el barrio era la hija del doctor, que jugaba a la pelota, y cuando fui creciendo eso ya no estaba tan bueno. Y ahí empecé a tener los primeros cruces grandes, ya entrada la adolescencia esos espacios se me cortaban cada vez más. Yo me escapaba para jugar y luego estudié todo lo posible relacionado al deporte: Educación Física, Periodismo Deportivo. Y a finales de los años ochenta fui a River, donde arrancaba un incipiente fútbol femenino, que iba a desembocar después en el torneo de AFA en 1991, el inicio del fútbol oficial.

134



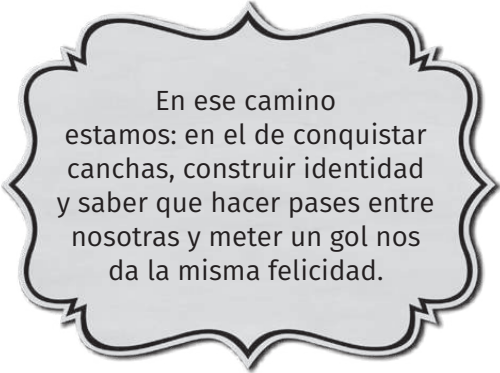
A la par de todo este gusto por las cosas que no eran convenientes, empecé a descubrir una orientación sexual distinta y mi forma de resolverlo fue acercarme a la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), donde realicé una militancia profundísima entre 1989 y 1995 en los que me alejé del deporte casi por completo porque ahí puse el cuerpo y la cabeza. Y retomé el fútbol cuando sentí que la CHA era una etapa terminada, cuando se derogaron los edictos policiales de CABA y se creó el código de convivencia en 1996. Por eso siempre digo que cambié las militancias: porque entiendo el fútbol de mujeres en esta etapa como un espacio de militancia, porque entiendo que hay cambiar las cosas y subvertir el orden en el que el fútbol está instalado.

Entonces volví a jugar, a entrenar en All Boys. Fue una etapa hermosa, en la que disputamos el torneo de AFA dos o tres años seguidos, y en 1999 disolvimos el equipo porque no podíamos seguir sosteniéndolo. El club sólo nos podía dar camisetas y la cancha para jugar, pero todo lo demás lo sosteníamos nosotras autogestionándonos: con rifas, recitales, festivales. Cuando terminé esa etapa, estudié como Directora Técnica y me recibí el 20 de diciembre de 2001.

A partir de ahí empecé a caminar y patear clubes de barrios, poniendo escuelas y espacios para jugadoras de fútbol.

Habiendo sufrido como jugadora toda la discriminación y el desprecio de dirigentes, el no lugar que teníamos, me parecía que como entrenadora tenía que dar vuelta eso. En noviembre de 2007, llegué a la Villa 31, a conocer el barrio, a crear vínculo con las 12 chicas que jugaban al fútbol.

El armar ese espacio en la 31 fue como una respuesta a todo lo que me había pasado previamente, a sufrir por no tener las mismas condiciones para jugar, a gambetear la burla, el “no podés”, “no sabés”; y ha-



En ese camino estamos: en el de conquistar canchas, construir identidad y saber que hacer pases entre nosotras y meter un gol nos da la misma felicidad.

cerlo en el marco de un barrio pegado a la parte más rica de la Ciudad de Buenos Aires, donde se sufre diariamente la violencia de no poder, no tener las mismas posibilidades del resto, y las estigmatizaciones: ser mujer en el barrio

es hacerte cargo de las tareas más pesadas y nunca tener mucho tiempo para jugar. Desde chiquita sos entrenada para sostener la casa, hacer tarea doméstica cuando volvés del colegio, cuidar a pibxs más chiquitxs cuando no son los propixs, hermanxs o hijxs de vecinas, lxs propixs a edad muy temprana, y donde el único horizonte posible pareciera ser la maternidad, que constituye una parte grande de ser mujer. Entonces, ese permiso para ir a la cancha, para revolear la mochila, como hacen los varones cuando son chiquitos para ir a jugar y cuando son más grandes, hacer apuestas de dinero o jugar por cerveza, las pibas no lo tenían. Y las canchas en los barrios son los lugares más importantes. Entonces, cobrar terreno ahí y visibilidad de pararnos en la cancha tomó relevancia: las frases “Mi juego, mi revolución” y “Me paro en la cancha como en la vida”, que son frases que las pibas acuñaron y dijeron en los



talleres, en los espacios que tenemos en las charlas aparte de los partidos y los entrenamientos, son como la base, la razón de ser de La Nuestra en la 31.

Craneamos juntas qué hacer: derrotar primero la idea de que el fútbol es sólo de varones. El deporte tiene una construcción muy de hombres y siempre se consideró, a priori, que las mujeres tenemos una debilidad física y que esas supuestas diferencias biológicas nos dejarían en un terreno de inferioridad para la práctica deportiva. Eso es algo que hay que desterrar en el deporte en general. Y el fútbol en particular ha construido una masculinidad enorme: esto de que juegan los fuertes, juegan los que no lloran... Hay un prototipo de varón superpoderoso donde el fútbol es su prolongación.

Y nosotras fuimos a derrotar el corazón de esa identidad, por eso es muy importante perdurar en el tiempo. Aparte de haber conquistado una de las canchas más importantes del barrio a fuerza de ser más, de sostener el horario, tiene que ver con todo eso y con haber generado un cuerpo técnico entero de entrenadoras, sino para las pibas las referencias siempre son hombres. Para estas pibas son Messi y Tévez, para las de mi edad es Maradona, pero las pibas ni siquiera saben que había una Selección Argentina de fútbol femenino. Entonces cómo empezamos a generar un lazo entre las más viejas y las que juegan, las más pibas, y a la vez tener una entrenadora mujer. Cómo vamos armando una cosa entre nosotras que tiene relación con nuestro juego: me parece que eso no tenemos que copiarlo; lo tenemos que inventar nosotras.

En ese camino estamos: en el de conquistar canchas, construir identidad y saber que hacer pases entre nosotras y meter un gol nos da la misma felicidad, y que jugar al fútbol es lo que amamos. Igual que como le pasa a muchos hombres. La contrapartida sería que el varón al que no le gusta el fútbol sufre tanto como la mujer: es despreciado, se pone en valor de juicio





su sexualidad, es la misma línea del patriarcado que condena las dos cosas.

La Nuestra Fútbol Femenino, “las aliadas de la Villa 31”, que es el nombre que las chicas se pusieron, significa cambiar opresión, elevar la autoestima y el orgullo, porque para jugar al fútbol hay que levantar la cabeza: si vos no mirás el resto de la cancha, no podés ver. Y para nosotras poner la pelota bajo del pie para poder jugar significa orgullo por el barrio, orgullo por lo que somos, por todo lo que podemos hacer y porque sabemos que a la larga el partido lo vamos a ganar porque vamos a fundar nuestro club.

Trabajar con adolescentes y jóvenes significa poner todo el cuerpo, poner la cabeza, poner la piel, en un momento de la vida donde sentís que lo podés cambiar todo: sos una fuerza inigualable. Y me parece que hay que poder ir sosteniéndola a medida que van pasando los años, porque eso es lo que te sostiene joven; no importa si se te arruga la cara, esas son cuestiones físicas, pero el espíritu de juventud tiene que ver con eso: con sentir que todo lo podés cambiar.

A partir de lo que estas adolescentes hicieron, plantándose en la cancha y haciéndose visibles en el espacio público más importante del barrio, le demostraron al resto que se podía. Entonces lo que logramos en 2012, después de cinco años, fue que las nenas más chiquitas se acercaran porque veían a las más grandes en la cancha. Y eso va generando una multiplicidad y unos lazos entre nosotras que son indisolubles; son bases de amistad, de solidaridad en serio con la otra. Donde podemos volver a entender que, a través del fútbol, justamente, las transformaciones son colectivas.

El fútbol da vuelta esos procesos de desintegración social que la Argentina pasó: la dictadura, los años noventa, la meritocracia, esto de entender que te salvás vos sola y que el resto no importa. Para nosotras es fundamental que el derecho al



juego, que es un derecho humano, sea tan importante como la despenalización del aborto porque en ambos casos se juega nuestro cuerpo.

Mi cuerpo se parece a lo que yo quiero que se parezca, y no a otra cosa. Y en ese sentido, el juego y el deporte son liberadores.

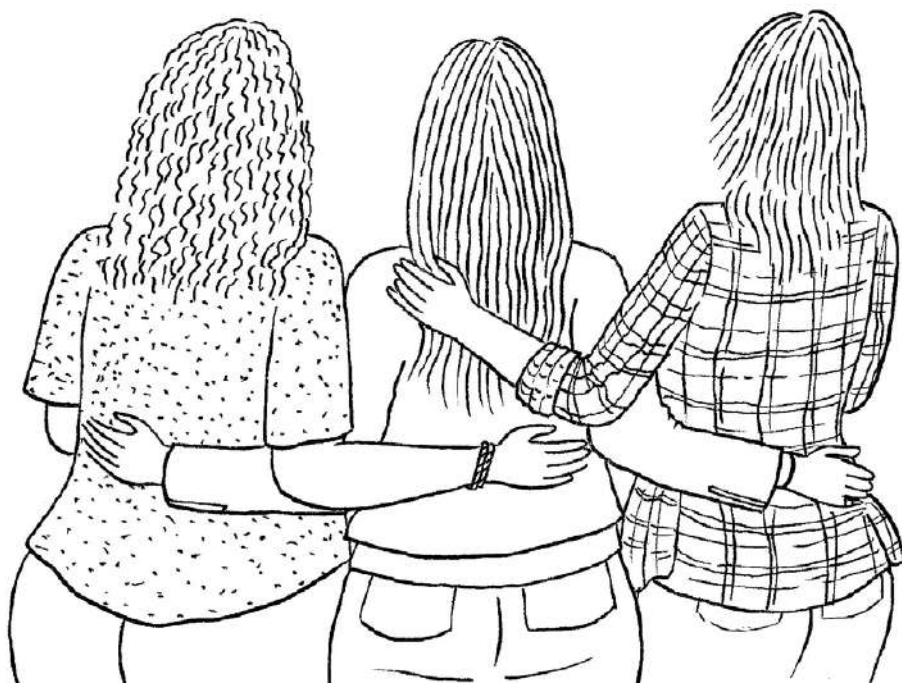
*\*Jugadora de fútbol, Directora Técnica, fundadora de La Nuestra Fútbol Feminista de la Villa 31, CABA.*





# Sororidad

Entrelazadas y  
hermanadas



*Voy a gritar con toda mi alma para que el mundo sepa que estoy viva. Viva de tanto vivir. Viva de tanto amar.*

**Chavela Vargas**



# ≡ Sororidad ≡

Lo que queremos todas las pibas



Por Abril Pérez\*

140



**C**laramente, son momentos difíciles de pasar. Todo el tiempo un femicidio más; una desaparecida más; una amiga contando, llorando, pataleando por un forro machista con una capa de persona progre, la banda más piola encubre abusadores; una piba se desangra por abortar; una compañera del trabajo que vive en una villa de Claypole queda embarazada de vuelta, con 23 años, con 3 hijos más; otra me cuenta como odia a la que “le robó el novio”; mi compañera de militancia cuenta que la violaron en sus vacaciones.

Y acá nosotras, pensando en cómo no desarmarnos, en cómo reconstruirse ante tanta hostilidad, en cómo acompañar a cada piba. ¿Cuáles son las palabras que hay que decir? ¿Cuáles son las palabras que curan? ¿Cómo se convive con todo esto?

¿Cómo nos desprendemos de cada cosa tóxica que nos enseñaron?

Todas las palabras las tienen mis compañeras, mis amigas. Todas las soluciones, todos los abrazos. Toda la fuerza, toda la motivación. Tener como inspiración de cada día que la de al lado no es competencia, es compañera.

Pensarnos y repensarnos. Cuestionarnos. Crecer de forma colectiva. Empoderarnos, la palabra más fogosa y encarnable.

Lo que queremos todas las pibas.

No sé si hay *una* forma de explicar las cosas. No sé si me contiene la definición convencional de sororidad. Me contienen las mujeres, las pibas; me contiene eso realmente inexplicable que pasa cuando estoy con compañeras. Ya ni siquiera tienen que ser esas amigas que saben todo, me contiene la de al lado, la que vive lo que yo, la que siente lo que yo. Una asamblea, una marcha, una caminata, unos mates, una birra. Un abrazo, un mimo, una charla, un solo consejo. Que me sequen una lágrima, que me ordenen en el caos, que me cuenten algo que nunca contaron, que lloren todo el dolor, que se rían conmigo, al lado mío. Me contiene charlar todos los días con una compañera, profundizar en lo que sea que nos pase, ahondar, aceptar la tristeza y la alegría, dejarnos ser.



141

Todas las palabras las tienen mis compañeras, mis amigas. Todas las soluciones, todos los abrazos.

Y por más sensible y no intencionado que suene es una decisión política. Es una postura ante “la manada”, al sentido común, es una respuesta a la competencia, al individualismo, a la falsedad. Nosotras, hermanadas, elegimos ir por acá. Romper con lo impuesto.

Ante todo *la alegre rebeldía*.

Digo de vuelta, no puedo explicar qué es lo que pasa. Es como té de jengibre, limón y miel; entre nosotras lo curamos todo.

Sí hay un por qué: el feminismo, la sororidad, la empatía, la unión entre nosotras como antibiótico a tanta injusticia, hostilidad y machismo en esta sociedad patriarcal.

Sororidad como primera forma de acción.

\*18 años. Lomas de Zamora.

Militante de Hagamos lo Imposible.

# Un acto de resistencia política

## Ser hermanada y en manada

Por Camila Suárez\*

142



**E**n un cordón de seguridad, tomadas de las manos, juntas por nosotras, por ellas, por todas.

Somos las mujeres, tortas, trans, travas, originarias, negras, las corporalidades e identidades disidentes, feministas y aborteras, Sujetas y Sujetxs de arraigo. Somos nosotras las que representamos los mayores obstáculos para el proyecto heterocapitalista, el sistema patriarcal cisheteronormativo. Somos las que habitamos el mundo en códigos de sororidad.

Podríamos detenernos y comenzar con un análisis específicamente etimológico de la palabra, la conjugación que conlleva, la cantidad de letras, etc., pero eso hoy no representa mi principal interés. Pues en cambio, me interesa aquí deconstruir y reflexionar sobre la configuración de la sororidad como “verbo”, como *práctica* que se hace cuerpo permanentemente, su significado en tanto devenir acciones, estrategias colectivas, y estado de las sujetas. *La sororidad como forma de re-construirnos sujetas políticas y sujetxs politicxs.*

Nos ubicamos en una perspectiva feminista que intenta reconocer las diferentes formas del ejercicio patriarcal del poder que atraviesan permanentemente nuestras vivencias y trayectorias en tanto advertimos que estamos todxs aculturadxs en una sociedad machista falocéntrica y heteronormada.

La enemistad, el individualismo y la rivalidad competitiva se promueve entre mujeres; las femineidades hegemónicas impuestas, cárceles que aprisionan nuestros deseos, sentimientos y pasiones; las lógicas jerarquizantes de construcción política en las organizaciones; la cooptación de movimientos populares; la eterna propaganda del amor romántico; las sobreexpectativas y el disciplinamiento de nuestras cuerpos por los medios de comunicación; la violencia simbólica y física ejercida por un Estado que continúa planificando y ejecutando políticas públicas que reproducen mandatos sociales de un binarismo sexista; la violencia de un Estado que se desconoce femicida y responsable de las muertes por abortos clandestinos, de los travesticidios como crímenes de odio apañados por una iglesia misógina y una justicia machista con sentencias nefastas; son algunas formas y mecanismos del ejercicio del poder patriarcal, machista y heteronormado, androcéntrico y colonial.

El género transversaliza todas las relaciones de opresión o, más bien, intersecciona con todas ellas. Enfrentarnos a estas formas significa enfrentarnos a todo tipo de supramachismos (étnicos, clasistas, políticos, ideológicos, lingüísticos, etarios).

En estos contextos, las mujeres, tortas, trans, travas, originarias, negras, corporalidades e identidades disidentes, feministas y aborteras hemos ido desarrollando nuestras propias alertas violetas. Alertas que nos movilizan e interpelan en un plano intersubjetivo y, en este sentido, elegimos no casualmente, determinadas herramientas y estrategias de confrontación y participación.

En esta sociedad que nos educa para la rivalidad competitiva la *sororidad fue y es una decisión política*. Se traduce en un tejer redes, enraizar/nos, arraigar/nos, vibrar/nos en colectiva y apostar a una vincularidad, o más bien vincularidades, emancipatorias. Viene a constituirse en una *práctica de libertad* que



siembra y riega -con los aportes de los diferentes movimientos, feminismos y disidencia sexual y de género- las raíces de un proyecto de afectos y vínculos. Horizonte de afectividades que deseamos nutrir y del cual nutrirnos.

¿En qué momento nos sentimos interpeladas, invitadas, o atravesadas por la sororidad? Pienso que nos abraza e invita de maneras diferentes: “¡Hermana, yo te creo!”, “No estás sola”, “¡A mí también...!”. Al revisar y reconocerlas en complicidad con otras, las escenas pasadas de nuestras vidas se perciben a la luz de unas lentes violetas, nombrando a viva voz a nuestros agresores, abortando en manada, marchando y ocupados las calles y otros espacios que nos fueron negados. Me arriesgo a creer que es allí donde comenzamos a reconocer en nosotras, en las otras y otrxs, algunas de las múltiples opresiones que nos intersectan; en ese encuentro de las historias de opresiones que nos identifican.

En este contexto de giro y levantamiento denunciante las alertas violetas han activado nuestras voces, teclados y pantallas, estallando las redes con una denuncia colectiva. Ya no nos callamos y nombramos el acoso sexual, el abuso y la violencia machista en las calles, en las camas, en las casas, en el trabajo, en la escuela, en el barrio, en la universidad y en cada rincón posible.

Nos hemos convertido en sujetas activas del cuidado de otras, del cuidado de las pibas, de la manada. No me refiero al cuidado que históricamente nos fue asignado a las mujeres, ese mandato naturalizado, sino que me refiero a la noción de cuidado re-configurada por nuestros múltiples feminismos y colectivamente acuerpado. En este entramado complejo que enfrentamos, las medidas de seguridad y cuidado empático entre nosotras resultan indispensables.

Somos con otras y en otras en tanto logramos escuchar, acompañar, sostener y hermanar lo que nos duele y





nos oprime. Allí, donde nos encontramos y comenzamos a reconocernos sujetas cuyas voces han sido silenciadas gran parte de su vida; con cuerpos diariamente disciplinadas, patologizadas, humilladas y violentadas; con colores y deseos diversos opacados por la norma. Nos re-conocemos en el encuentro con otras en la mirada, en la palabra, en la caricia, en el abrazo y en un grito contenido, compartido, cómplice, desesperado por hacer vibrar miles y miles de cuerdas vocales más. Un grito desesperado por contagiar la aspiración por cambiarlo todo y estallar, en cada conjugación monstruosa, las casillas que encierran nuestras voces y atan nuestros deseos.

Apalabramos lo silenciado, nombramos lo desautorizado. Apalabrar como aquel acto revolucionario en que logramos separar nuestros labios y las palabras logran atravesar el umbral de silencio rompiendo con las formas de un lenguaje sexista, disciplinante, vergonzante, propios de una pedagogía del daño. Nombrarnos es autorizarnos, es crearnos a partir de la palabra.

En este proceso de empoderamiento colectivo, nos sacamos el velo para vernos por lo que somos, sujetas políticas y por lo tanto sujetas *reales*, reales de carne y hueso, reales con miedos, reales con deseos, reales con privilegios y con contradicciones permanentes y, en este sentido, la sororidad nos presenta la crítica y la autocrítica como una de sus formas fundamentales.

No somos solo presente, vibramos Memoria. *Somos nietas de todas las brujas que nunca pudieron quemar, ni callar.* Pisando y galopando fuerte como Juana y su fiel guardia de Amazonas, indignándonos ante las injusticias de nuestramérica, nuestra tierra. Caminando las huellas de tantas historias recopiladas y cantadas a la vida por Violeta Parra. Volando insolentemente como las hermanas Mirabal. Nutriéndonos de aquellas llama-



das “locas”, esas de pañuelo blanco que nos enseñaron a ser manada, “¡A las madres y abuelas no les tocan un pelo!”. Somos marea feminista, corazón valiente, y bailamos al compás que nos marca nuestra santa popular, latiendo al ritmo de Gilda. Tampoco es circunstancial el aún palpitante coraje de las mariposas Lohana y Diana en nuestras flameantes banderas disidentes, furia travesti que no deja de expandirse efectivizando sus aleteos insurgentes. Es que la revolución no espera, “*el tiempo de la revolución es ahora, furia travesti siempre*”. Vibramos la memoria de estas y otras libertadoras latinoamericanas, originarias, indígenas y hechiceras del Abya Yala, que rompieron los moldes de cada época.

146



La sororidad que mamamos de protagonistas activas y activxs de la historia de nuestra puebla, nuestro territorio, nuestra América Latina, deviene en una práctica detractora de un orden patriarcal y contiene de manera explícita e implícita la crítica a las formas de injusticia, desigualdad, y jerarquización política. Aunque hayamos sido ignoradas, ocultas y silenciadas fuimos y somos manadas, tejemos presente y futuro con nuestra memoria colectiva.

“*Ahora es cuando*”. Ahora es cuando mujeres, tortas, trans, travas, negras, las corporalidades e identidades disidentes, originarias, feministas y aborteras resignificamos y narramos la historia desde y con nosotras y nosotrxs.

Ahora es cuando las brujas rodeamos nuestros cuellos, muñecas, mochilas con nuestros pañuelos -blanco, verde, disidentes-, tomamos nuestras escobas y nos elegimos hermanas y compañeras de vuelo protagonistas del proceso emancipatorio.

La sororidad deviene en práctica, en acto político de resistencia con horizonte emancipatorio. Empoderamiento hermanado, creatividad e imaginación en potencia en pos de nuevas maneras de estar en el mundo.

## La sororidad, la disidencia y una “yo” ya no tan yo

Una trayectoria, una yo devenida sororamente disidente, fue permitirme abrir una puerta para ser sujeta que se desarma, se rompe, se re-construye y re-arma infinitas veces. Y en el romperse y recrearse cíclicamente intenta liberarse, despojarse y cortar los hilos de las culpas, mandatos, y expectativas que ajenamente fueron depositadas en esta y en tantas cuerpos. Negarse y deshabilitar cada oración iniciada con un “*Vos tenés que...*”, traducción llana de un “deber ser” pensado desde y por un sistema y orden opresivo y disciplinador.

Nombrarme sujeta sorora, es reconocermelo como ser que acuerpa ya no “una”, sino “unas” historias y trayectorias en plural, en tanto comprende que no fui, ni soy sola, sino que soy con, me envuelven y envuelvo a otras y otrxs. Sujeta sorora que acuerpa las múltiples historias, voces, silencios, deseos y broncas de otras y otrxs.

Hallarme en el lenguaje de la sororidad, predisponerme, acuerpar y apalabrar una “x” que empuja al precipicio de la jerarquía esas “o” finales del lenguaje sexista. Desechar las “o” que reafirman “gramatical y normativamente” a través del lenguaje sexista un binarismo heteronormado que otorga voz a las experiencias masculinas e invisibilizan las trayectorias y realidades femeninas y disidentes.

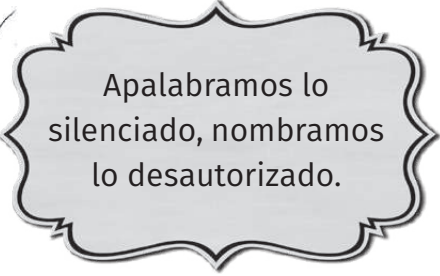
Es un reconocermelo sujeta atravesada por múltiples opresiones, pero principalmente sujeta que también ha practicado la opresión y la violencia en la palabra, en el silencio, en los privilegios acaparados en relación con otrxs. Permitirse trascender el plano “políticamente correcto” que nos impide el autoconocimiento y la transformación genuina.

La sororidad llega para invitarme a desbordar y despojarme de formas de construcción acrítica y no reflexivas de una “yo” y recrearme permanentemente, a encontrarme con las



opresiones y contradicciones que acuerpo, asumirlas, enfrentarlas de la mano con otras y otrxs disidentes y barrer todas las formas de violencia, mandatos, insultos, golpes, broncas que violentamente vertieron en esta y en tantas cuerpos como territorios enajenados. Es la invitación a transitar un mundo a través de deseos colectivos, de complicidades feministas y pactos entre brujas, de la alegre rebeldía que estalla en un abrazo, la irreverencia de nuestros besos, la diversidad e insurgencia de nuestras cuerpos...a hacer temblar la tierra.

148



Apalabramos lo  
silenciado, nombramos  
lo desautorizado.

La invitación a ser HERMANADA y en MANADA.

El feminismo nos salva la vida con su principal estrategia, la sororidad.

Para mis hermanas, compañeras, amigas; para estas pibas que asumen el desafío de

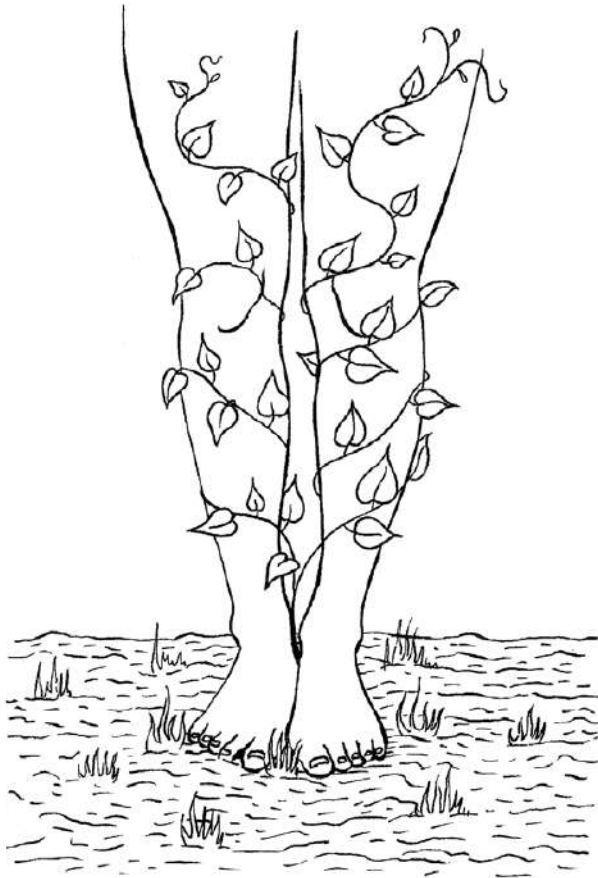
crearse personas más libres y conjugan en actos y palabras una revolución feminista danzante, una nueva manera de estar en el mundo. Mí manada...

*\*25 años, Fiske Menuko, Río Negro.  
Lic. en Servicio Social, Universidad del Comahue.*

10

# Territorio

Crece desde el pie



*Juntémonos y sigamos con esperanza defendiendo y cuidando la sangre de la tierra y sus espíritus.*

**Berta Cáceres**



# Ser alguien

Por Camila Ramírez\*

150



**E**n la vida no planeo ser alguien: mis expectativas son más que el título que voy a tener colgado en mi cuarto.

Ser alguien ya lo soy desde que iba a las marchas en el Puente Pueyrredón con mis viejxs desde el 2000, y después de 2002, a pedir justicia por los asesinatos de Darío y Maxi<sup>4</sup>, por mi tío Agustín y por toda la crisis que se estaba viviendo en la Argentina.

Ser alguien ya lo soy desde que lo asesinaron a mi tío Agustín Ramírez<sup>5</sup> en 1988 y junto a mi familia, sobre todo mi abuela Francisca Quintana, pedimos justicia por su muerte que sigue impune. Ahora se cumplen ya 30 años, y quiero que sepan que son 30 años en los que Agustín vive presente por ahora y siempre.

Y soy alguien desde que, cuando tenía 6 años, se fue a vivir a la provincia de Jujuy por la situación complicada que se estaba viviendo en Buenos Aires. Con mi familia logramos seguir adelante y pelear por tener nuestra propia casa.

---

4 Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, asesinados en el Puente Pueyrredón el 26 de junio de 2002 por la Policía Bonaerense en el marco de una feroz represión.

5 Agustín Ramírez era militante de base. Fue asesinado el 5 de junio de 1988 en un asentamiento de San Francisco Solano, en la provincia de Buenos Aires. Ese crimen aún sigue impune.

Los caminos de la lucha de toda mi familia se transformaron en una semilla que crece y crece. Gracias a la vida que me ha dado tanto hoy tengo a mis viejos, Gabi y Ariel, y a mi hermanita Amancay, estudio Comunicación Social y quiero que esta hermosa herramienta de transformación en mi camino y en el camino de muchas personas sea útil para cambiar nuestra realidad; esa realidad que los medios, lamentablemente, poco y nada nos muestran y que nosotros, las y los comunicadorxs populares, queremos transformar.

Soy una joven, una piba de 21 años que como vos o como tu hija, sobrina, hermana, prima, tía, mamá o abuela, somos mujeres que respiramos lucha, mujeres poderosas, ¡que no nos vamos a callar!

Y no puedo olvidarme que las pibas jóvenes aprendemos de la lucha de nuestras Abuelas y Madres, porque respiramos su lucha y la acompañamos en su caminar hace más de 30 años. Gracias mujeres poderosas por enseñarnos y hacer que nos apropiemos de la lucha por transformar la realidad para nosotras y para las que vienen.


*\*21 años. Quilmes, provincia de Buenos Aires.*





## Crimen imperdonable

*Por Gerónimo Ballerini\**




hay besos lesbianos en constitución  
lenguas prohibidas se abrazan  
azotando la moral cristiana  
como un crimen imperdonable

y la verdad es que sí

vivimos en un mundo  
de homofóbicxs disfrazadxs  
y homofóbicxs bien visibles,  
mundo de moralina  
con excusas de cartón  
reprimiendo la diversidad  
esa vieja subversiva  
que no encaja/no cuadra  
con los conservadores de hoy  
y sus odios de siempre







sí, vivimos en un mundo  
de besos fabricados en masa  
que nos arrastran de lleno  
hacia el amor neoliberal  
tan falto de un mimo sincero  
y de diálogo con amor,  
no el de hollywood:  
amor del sano  
del que dialoga  
con más besos  
con más deconstrucción  
con un abrazo sincero  
y el te quiero entre mate y mate

vivimos en un mundo  
tan de instagram  
y facebook  
poniendo en lxs otrxs  
lo que deberíamos poner  
en nosotrxs

y sí  
la verdad es que sí  
en un mundo  
tan neoliberal  
y heteronormativo  
un beso de verdad  
y disidente



*\*21 años, Sarandí. Estudiante UBA.*



# El feminismo fue

# *confirmar* lo que me estaba preguntando

Por Lorena Rodríguez\*

154



**H**ace años, cuando íbamos al Centro de Día del Transformador, en el grupo de jóvenes, a las pibas nos proponen ir al Encuentro de Mujeres en Misiones en 2012. Ahí las educadoras lo que hicieron, antes de que vayamos al Encuentro, fue tener una charla previa sobre feminismo y de qué se trataba también el Encuentro. Ya teníamos una idea previa, tuvimos el tallercito, y ahí nos terminó de caer la ficha un poco de todo lo que pasaba: lo comparamos con nuestra vida en el barrio, en cómo es en nuestras casas y nuestras familias... lo re sentí como una caída de ficha muy importante de algo que re naturalizamos, esto del patriarcado. Como que estaba todo bien y de repente era todo lo malo, y fue como “wow”, mucha información pero que estuvo re bien en la charla y después en cómo lo vivimos.

Y la verdad es que fue re zarpado el cambio: después del Encuentro volví a lo de mi vieja, y le conté cómo me había ido a pesar de que ella estaba en contra de que yo fuera. Vine con todas las ideas re brotadas, floreciendo y escupiéndolo... y a mi vieja no le cabía ninguna y hasta el día de hoy no lo quiere entender. A mí me re cabió la idea porque era algo que yo ya sentía: siempre era: “Lore andá a lavar los platos”, y yo respondía: “¿Por qué no lo hace el Ale o el Josu?”, que son mis hermanos. “Porque son hombres”, decía mi mamá.

Esa discusión ya la tenía antes de ir al Transfo y después me cayó la ficha, que ya estaba ahí puesta, pero más que nada porque era una piba rebelde, me oponía a algunas cosas, pero más que nada porque no me cabía ninguna de que los chabones estén re panchos y nosotras estemos re esclavizadas mal, y yo ya me plantaba en esa situación. Y por eso en el Encuentro de Mujeres conocimos un montón de cosas, las experiencias de otras pibas, de otras mujeres, de otras mamás; de ahí vine prendida fuego y de ahí hasta ahora fue un re proceso.

También ya tenía un montón de preguntas en la cabeza porque iba a una Iglesia Evangélica: “¿Por qué nosotras las mujeres tenemos que hacerle caso a los varones?”. En la Iglesia Evangélica lo que se predica es la cabecera y que hay que hacerle caso, y la verdad es que eso no me cabía mucho. Y también un montón de cuestiones de que cuando te juntabas o tenías una relación con alguien, tenías que ser mayor de edad y no tenías que tener relaciones sexuales sin antes casarte. Después de eso tampoco usar anticonceptivos ni protección, porque si tenías sexo era para concebir un hijo. Y ahí empecé a preguntarme un montón de cosas, y aparte de preguntarme a mí, fue como lo llevé al grupo de jóvenes de la iglesia en aquel momento. En ese momento la iglesia empezó a decir que yo era la contaminación porque empecé a llevar estas preguntas. En ese momento había conocido al Transfo, conocí el feminismo, se me abrió la cabeza y fue re zarpado, porque como que tenía razón y no era la loca que se hacía preguntas y cuestionaba un montón de cosas. Fue como confirmar lo que me estaba preguntando y era verdad.

Y así llegué a sentir que necesitaba de una organización, estar organizadas. Siento que nos falta porque las pibas la tenemos un poco más clara porque sabemos de feminismo, por dónde viene la cosa y la re activamos, preguntamos un montón de cosas, nos deconstruimos. Y con los compañeros de la



organización siento que cuesta un montón. Ahora hace poco se abrió un espacio para varones, pero hace poco; ya las mujeres se vienen organizando desde hace rato con todas sus complejidades. Entiendo que no estamos completas ni completos, pero es todo un proceso.

Con los pibes y las pibas, siento que es muy fácil. Porque les mostramos estas ideas a los pibes y a las pibitas y siento que es fácil, porque no es lo mismo hablar con un pibe y una piba que vienen a un taller del Ranchito, y está re prendido fuego preguntándose un montón de cosas. Con ellas y ellos es más fácil que hablar con personas adultas porque se encierran en su idea y sienten que eso es así y nada va a cambiar y punto. Es un proceso bastante complejo con adultos y adultas. Lo mismo con jóvenes y jóvenes.

La verdad me re cabe el trabajo en el barrio, y es un proceso tanto para nosotras que lo venimos transitando, y para los compañeros también. Y lo venimos trabajando en el proceso de laburo también, en el laburo vamos aprendiendo un montón con los pibes y las pibas.

Para el Encuentro de Mujeres está bueno el paso previo (ver cómo juntamos la plata para viajar, hacer fiestas) porque nos encontramos las pibas de diferentes espacios de la organización para trabajar algo concreto. Y después irnos un fin de semana solas las mujeres, olvidándonos de nuestra rutina diaria en el barrio y en nuestras casas, y encontrarnos nosotras a compartir experiencias con compañeras mujeres de tantas provincias, es re loco, es re zarpado. Más allá de conocer una provincia que nunca conocimos o que ni sabemos si vamos a volver a ir por nuestra economía o bolsillo, está bueno encontrarse y la experiencia que se da en cada lugar.

*\*23 años. Educadora del espacio de niñez de El Transformador, Haedo, Provincia de Buenos Aires.*



The page is decorated with several black five-pointed stars and small white swirls scattered across the top and sides. The title 'Los encuentros' is centered in a mix of bold sans-serif and cursive fonts.

# Los encuentros

Por Belén Rodríguez\*

**E**l tema del feminismo no lo tenía muy en cuenta ni tampoco sabía demasiado, pero porque nunca había ido a charlas. El año pasado me pude sumar al Encuentro de Mujeres de Chaco y la verdad es que estuvo muy bueno, y ahí sí pude entender mucho más de qué se trata el feminismo, cómo es y cómo lo tenemos que llevar nosotras. En mí la idea se impuso demasiado.

Y la idea me re cabe, más para trabajar con los pibes y las pibas, para que sepan de lo que se trata y de los derechos que cada uno tiene, y cómo tratar a la otra persona. Eso está muy bueno porque es un tema que no se trabaja ningún lado, menos en los colegios: no se habla; no se habla en la familia, en la casa ni con los amigos, y es algo que por ahí ellos no lo llegan a entender mucho. Trabajarlo con ellos y ellas es, a la vez, aprender también.

¿A qué voy yo al Encuentro? Yo tuve la oportunidad de ir una sola vez, y este año si tengo la oportunidad voy a ir porque me copa y me caben los talleres, me cabe ver a la gente ahí, más allá de que sea en otro lugar. Por ahí si tuviera un momento libre sin talleres ni nada para hacer, por ahí sí iría a conocer la provincia; pero sobre todo sería para saber más, saber más cosas.

*\*17 años. Educadora del espacio de niñez de El Transformador, Haedo, Provincia de Buenos Aires.*

11

# Organización

Defender la alegría,  
organizar la rabia



*No estoy aceptando las cosas que no puedo cambiar,  
estoy cambiando las cosas que no puedo aceptar.*

**Ángela Davis**



# Al centro

Por León Esquenazi\*

159

**S**algo de mi casa a las seis de la mañana. Doblo en la esquina aunque no tenga que hacerlo. Hay un señor ahí que me dice cosas feas.

Ya van tres meses del comienzo de clases en la secundaria. Estoy un poco nervioso porque el mes que viene empezamos Educación Física. Son los mismos nervios que me agarran cuando tengo que ir al baño, con las filas, con la ropa y muchas otras cosas. Mi tía, que también está loca, dice que es culpa del Patriarcado. Yo no sé qué significa, pero asiento porque mi papá dijo que está medio loca. Y a papá se le hace caso, sino...

Llego a la puerta y está Hernán. Él era compañero mío de la primaria. Ahora ya ni me habla. Es más, cuando estamos solos me pega y yo creo que está bien. Algo habré hecho.

Toca el timbre del recreo. Salgo del curso. Miro para la derecha: Milagros y Pilar se ríen de mí por mi moño en la cabeza. Miro para la izquierda: Martín e Ignacio se ríen de mí por mi remera rosa. Pero está bien, algo habré hecho... ¿O no?

Vuelve a sonar el timbre. La pesadilla terminó. Detrás de la profe de Historia entra un chico muy lindo con pantalones sueltos, el pelo atado y una remera de mi banda favorita. Lo miro perdidamente pero sé que nunca pasará nada, por ser como soy.

Empieza a hablar de algo medio raro. Centro de Estudiantes, derechos, política. Mi papá no me deja hablar de esas cosas. Dice que son para hombres, hombres de verdad, que mejor no me meta.

Al final decido faltar al psiquiatra e ir “Al Centro”, como le dicen ellos y ellas. Llego tarde. Todas y todos sentados en ronda. Mate, remeras de bandas, anteojos, cuadernos. Están hablando de Eso. Ni idea lo que es, pregunto. Juan, el inalcanzable, responde:

–La ESI, con I, es la Ley de Educación Sexual Integral, Laura o Pedro. ¿Cómo querés que te llamemos? Además de la ESI, tenés derecho a la Identidad de género. (Siguió explicando pero para ese entonces ya estaba perdida).

Vuelvo a casa y reflexiono. Voy al Centro y pregunto. Voy a casa y reflexiono. Vuelvo al Centro y pregunto. Pienso.

160



**“SOY LIBRE. MI CUERPO ES LIBRE, ME VISTO  
COMO QUIERO, HABLO, ME SIENTO Y ME  
VISTO COMO QUIERO. ME LO TENDRÍAN  
QUE EXPLICAR LOS PROFESORES Y ME LO  
EXPLICAN MIS COMPAÑEROS.  
APLICACIÓN REAL DE LA ESI YA”**

Escribo, escribo en una hoja y cierro mi cuaderno. Hoy sí, hoy sí me quiero.

*\*15 años. CABA. Pibe en deconstrucción*





# Somos pibas hermanadas



*Por Asamblea  
de Adolescentas  
Feministas de Luján*

**T**odo empezó por el 8M de 2018. Éramos muchas y decidimos encontrarnos. Nuestra primera asamblea fue al mes siguiente, el 19 de abril. Y desde ahí empezamos a juntarnos todas las semanas.

La Asamblea de Adolescentas es un espacio donde vamos aprendiendo la una con la otra, intercambiando ideas pensamientos y creencias que nos transmitieron o que nosotras fuimos formando a lo largo del tiempo. Somos pibas hermanadas de entre 12 y 18 años, unidas contra la violencia y opresión que sufrimos hoy en día. Y es también un espacio para debatir, conocernos, aprender, crecer, contenernos y poder actuar en cuanto a estas problemáticas. Ya charlamos, en este tiempo, sobre acoso callejero, diversidad, vestimenta escolar reglada y lenguaje inclusivo, porque nuestra idea es poder llevarlo a nuestras escuelas.

Un día nos juntamos para armar nuestra propia bandera. Éramos muchas, fue muy abierto todo, como si nos conociéramos desde hace tiempo. Todas nos miramos con complicidad: sabemos que tenemos algo en común... y así nuestra bandera llevó nuestra idea: "Somos rabia organizada".

Una de las experiencias más lindas que tuvimos fue la de viajar en manada hermanadas hasta General Rodríguez, una



localidad cercana a Luján. Fuimos al pañuelazo que se hizo allá. Éramos diez pibas llegando a Rodríguez... viajamos todas juntas y todo había empezado hacía días. Fue como crear una amistad entre todas casi sin conocernos. Y es que nuestro espacio es un lugar donde se maneja todo el tiempo esa sensibilidad, y que ante todo somos “hermanas”.

Es nuestro espacio. Un espacio de representación e identidad donde nuestra mayor arma es la empatía y la sororidad.

Somos una grupa sin partido político: nuestra única bandera es la del feminismo y la de la revolución. Y como pibas tan chicas creemos que es una experiencia hermosa poder compartir momentos con compañeras que persiguen la misma lucha para también poder deconstruirnos de este sistema patriarcal del que somos víctimas día tras día.

Es nuestro espacio. Un espacio de representación e identidad donde nuestra mayor arma es la empatía y la sororidad.



# Las chicas y las jóvenes

## tenemos ganas de cambiar las cosas

*Por el Centro de estudiantes  
"Agrupación Transformar", de Resistencia, Chaco*

**S**omos parte de un centro de estudiantes, formado en su mayoría por chicas, lo cual no nos parece un dato menor: las chicas y las jóvenes luchamos constantemente contra una sociedad que nos vulnera y tenemos ganas de cambiar las cosas.

Durante las elecciones recorrimos el colegio explicando las propuestas y luego, ¡ganamos! Desde que asumimos, hace unos meses, estamos con el objetivo de armar una comisión donde se traten temas como violencia machista en las redes, en los medios, en la vida cotidiana, el acoso callejero, etc. Pensamos en realizar distintas actividades para que todxs podamos distinguir la violencia o desigualdad, por más pequeña que sea, en todos los ámbitos de nuestras vidas.

Y en otras ocasiones, pensamos en trabajarlo indirectamente, como por ejemplo, los estereotipos en los deportes. Muchas veces se cree que son temas superados, pero no es así. Queremos hacer una actividad en un club para aprender nuevos deportes, que las chicas tengan básquet o fútbol, que generalmente se reservan para varones en la hora de Educación Física. Y que los chicos hagan hockey o vóley, deportes que les dan a las mujeres.



El 27 de abril de 2018 la directora del Colegio N° 45 “Héroes del Atlántico Sur”, de Resistencia, Chaco, nos insultó y amenazó a nosotras y a todas las alumnas que llevaban pañuelos verdes en sus cuellos o en sus mochilas. Incluso, amenazó con suspendernos. Desde el Centro de Estudiantes “Agrupación Transformar” se emitió un comunicado que llegó a muchos medios:

“Desde el Centro de Estudiantes “Agrupación Transformar”; del colegio 45 “Héroes del Atlántico Sur”; repudiamos el accionar de los directivos de nuestro Colegio con respecto a un grupo de chicas que llevan cintas o pañuelos verdes en horario escolar como forma de expresar su apoyo a la legalización y despenalización del aborto.

A las mismas y a un grupo de tutores se les gritó e insultó; esta acción fue cometida por la directora del establecimiento Graciela Judkevich. La directora afirmó que usar uno de los distintivos era una provocación a la violencia y que no respeta el pensamiento del otro, lo cual es totalmente incorrecto. También entre muchos de sus dichos amenazó con no dejar a las chicas entrar a la institución si tenían un distintivo verde.

Nosotros, como Centro de Estudiantes, debemos defender a los y las estudiantes para que puedan expresarse libremente sin ningún tipo de censura, tal como dice la Declaración Universal de los Derechos Humanos en su artículo 19: ‘Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opi-

Nosotras estamos organizadas y supimos defendernos, para demostrar que acá no hay ninguna debilidad: estamos juntas y somos muchas.



niones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión’, y la Ley 26.061 de los derechos de los menores de edad a no sufrir humillaciones ni abusos de ningún tipo.

Así habló Judkevich: ‘Ustedes en las calles de Resistencia son libres, acá NO’; ‘Si un chico gay trae una banderita gay y alguien lo golpea es culpa del chico gay por provocar, así como ustedes’.

Por esto vemos la necesidad de visibilizar y de criticar profundamente este acto de violación a los derechos humanos y de persecución ideológica”.

Ya antes de esto, un profesor nos había acusado por unas pintadas que estaban fuera de nuestro colegio, sólo por ser feministas. Y a pesar de que le aclaramos que no fue así, trató a una compañera de “caradura”. Nosotras estamos organizadas y supimos defendernos, para demostrar que acá no hay ninguna debilidad: estamos juntas y somos muchas.

Por eso es importante organizarse y tener compañerxs que te respalden, para estar todxs juntxs contra las injusticias; porque si nosotrxs nos movilizamos podemos lograr muchas cosas.

Este profesor se calló en principio cuando otro señor le respondió y, más allá de que agradecemos que haya otros hombres que no acepten estas cosas, creemos que “los machos” no deberían sólo tenerles respeto a ellos; porque eso es porque son muy cobardes. Muchas veces piensan que somos débiles porque somos más chicas o porque somos mujeres. Pero después de todo lo que pasó con el pañuelazo aquel de abril se hizo mucho ruido en redes y en medios; y eso, en definitiva, es gracias a nosotras, las pibas.





# Un viernes verde

que marcó un antes  
y un después



*Por las y los estudiantes del Instituto Espíritu Santo de Lanús*

166



**L**a mañana del 13 de abril, nos decidimos. 27 personas de 28, unidas por la misma causa. Por el mismo fin.

“¿Estás a favor o en contra de la legalización del aborto?”, nos preguntábamos entre nosotras y nosotros años anteriores. “¿Qué es eso?”, “No”, “Sí, pero en ciertos casos”, eran las respuestas más repetidas. Resonaba muy poco el “Sí, estoy a favor”, dentro del curso. Es evidente que el crecimiento de una persona no viene solo, sino que está rodeado de un universo de cosas que se complementan día a día. Y las y los adolescentes somos eso. Somos la duda, la pregunta, la inquietud, la necesidad. Y eso nos pasó. Crecimos. Y maduramos. Y cada día que pasa, sentimos la necesidad de investigar, dudar, o preguntar acerca de un tema determinado, porque nuestro cuerpo, nuestra mente, nos los pide.

2018, sexto año. El feminismo es uno de los temas más hablados y discutidos dentro del salón, y la discusión por el “aborto legal, seguro y gratuito”, el estandarte.

Una mañana de algún último día de mayo, volvimos al salón, luego de la formación, con un nudo en la garganta. Con el deseo de no haber escuchado nunca lo que tuvimos que escuchar de la boca de un directivo que intentaba dar su punto de vista sobre el tema. Aunque lejos de hacerlo, se caracterizó

por una falta de respeto constante, ya que se intentaba poner el derecho a la vida en un lugar de importancia superior que el derecho a la libertad. No tuvimos la oportunidad de hablar. Ni contestar. Ni preguntar. Nuestro deber era volver a clases, sin poder decir ni siquiera que lo que se estaba diciendo dolía.

Y nos decidimos.

Queríamos hacernos escuchar, queríamos tener el mismo derecho que tienen todas las personas a expresar libremente su pensamiento sobre alguna situación.

“¿Viernes de pañuelos verdes?”, dijimos. Y así fue.

Salimos al recreo ese 13 de abril a hacernos escuchar. A hacer valer nuestro pensamiento. A demostrar que nadie pone ideas en nuestra cabeza sin nuestro propio consentimiento.

Todos y todas nos miraban. Desde los alumnos y alumnas de otros cursos, hasta los directivos que se encontraban presentes ese día. Y aunque es cierto que en su mayoría recibimos comentarios de apoyo, también soportamos otros de gente que no estaba de acuerdo con lo que estábamos haciendo.

Sin embargo, como objetivo, no buscábamos la reacción positiva o negativa de quienes nos rodeaban, sino que queríamos demostrar que nosotros y nosotras también tenemos nuestra postura sobre el tema, y disfrutamos del mismo derecho a expresarlo con libertad.

Estuvimos toda la mañana con el pañuelo adornando alguna parte de nuestro cuerpo. Hasta que, antes de irnos, nos sacamos una foto todas y todos juntos, que fue subida a las redes con una descripción que nos representaba:

“¿Te diste cuenta de que no hace falta ser mujer? ¿Te diste cuenta de que cualquier granito de arena sirve? ¿De que ya con informarte y tener tu propia opinión estás haciendo mucho?”

Hoy fue viernes de tomar conciencia. Colegio Católico, pibas y pibes de 12 a 18, 19 años. Y nosotros expresando libremente lo que pensamos. Llena el alma demostrarlo, la lucha



interna se apodera de una y de uno mismo y las lágrimas en los ojos cuando ves a tus compañeras y compañeros tirando para un mismo lado son infaltables. Pero qué ganas de que no haga falta hacerlo más. De que se den cuenta de que verdaderamente cada persona tiene derecho a decidir sobre su cuerpo. Que la represión ya no sirve de nada y lejos de apaciguar, genera violencia.

Quiero poder decidir sobre mi cuerpo sin tener que explicarle nada a nadie y que mucho menos sea considerado un delito. No tengo por qué hacer lo que vos harías. No tengo por qué aguantarme algo que no quiero. No tengo por qué darte explicaciones. Y mucho menos, preguntarte. A ver si lo enten-

dés de una vez: no es una cuestión de moral ni de religión; es una cuestión de SALUD PÚBLICA. Si estás en contra del aborto legal, seguro y gratuito, estás a favor de la muerte de miles de pibas, no hay más vueltas.

Queríamos hacernos escuchar, queríamos tener el mismo derecho que tienen todas las personas a expresar libremente.

Alrededor del mundo, millones de personas luchando por nuestros derechos, y hoy, nosotros, desde nuestro lugar, continuamos con la lucha. Gracias compañeros y compañeras. Vamos a vencer”.

Aquel hecho, completado con la foto subida a las redes y los miles de comentarios de apoyo, marcó un antes y un después: nos revelamos frente a las autoridades pero, lejos de confrontar, lo hicimos de forma pacífica, con el único objetivo de expresarnos. Volvimos a nuestras casas con el alma llena y la conciencia tranquila. Sabiendo que estábamos juntas y juntos, luchando por lo mismo. Que no hacía falta ser mujer para reclamar por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito. Que aunque los hombres no mueran en abortos clandestinos,





al informarse, logran ponerse en la piel de las mujeres que sí pueden morir. Que la sociedad está cambiando. Que somos ese propio cambio. Que nosotros mismos y las generaciones que nos siguen vamos a cambiar el mundo. Y aunque todavía a los y las adolescentes nos falte aprender muchísimas cosas, lo que nos sobra es valentía. Y deseo. Deseo de ser mejores. De vivir en un mundo mejor, menos egoísta. En el cual se destaque la empatía y no la tendencia a buscar los intereses propios. Y nosotros y nosotras, estudiantes de sexto año del Instituto Espíritu Santo, hoy, luchamos por eso. Y lo vamos a lograr. Y vamos a vencer.



12

# Aborto legal

La marea verdevioleta



*Ni puta por coger,  
ni madre por deber,  
ni presa por abortar,  
ni muerta por intentar.*



# ¿Por qué el aborto legal nos hace libres?



Por Celeste Mc Dougall\*

**Q**uienes desde hace 13 años construimos y nos organizamos en la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, luchamos por ser libres. Exigimos el reconocimiento de un DERECHO. No pedimos nada; exigimos lo que es nuestro: nuestras vidas, nuestros cuerpos, nuestras decisiones.

Partimos de una consigna integral: Educación Sexual para decidir, Anticonceptivos para no abortar y Aborto Legal para no morir. ¿Qué significa que es integral? Que si alguno de esos postulados está ausente, es negado, es penalizado, no es aplicado integralmente, nuestra salud está en riesgo, nuestras decisiones no son autónomas, nuestros cuerpos no nos pertenecen.

Exigimos el cumplimiento de la ley 26.150 de Educación Sexual Integral. La ESI ya es un derecho de todxs y nos permite educarnos en una perspectiva integral, no biologicista, científica y actualizada. La ESI no es solamente explicar métodos anticonceptivos. La ESI debe incluir una perspectiva de derechos: tenemos derecho a elegir si queremos ser madres/padres o no, tenemos derecho a elegir si queremos tener relaciones sexuales, tenemos derecho a una vida libre de violencia y acoso, tenemos derecho a que se respete nuestro cuerpo cuando decimos NO y cuando decimos SÍ.



171

Tenemos derecho al goce y al placer sexual. Para poder ejercer todos estos derechos y exigirlos cuando no se cumplen, primero y ante todo, tenemos que conocerlos y hacerlos propios.

Si no podemos enseñar ni aprender que el Aborto es un Derecho voluntario, autónomo y deseado no hay Educación Sexual Integral posible. Por eso luchamos.

La Ley 25.673 de Salud Sexual y Procreación Responsable nos reconoce derechos relacionados con nuestra salud: consejerías de salud sexual para saber, informarte y decidir sobre tu cuerpo y métodos anticonceptivos gratuitos.

Tanto la ESI como la Ley de Salud Sexual sostienen que estos derechos fundamentales a la información son reconocidos más allá de lo que piense tu familia, tu iglesia, tus amigxs, tus docentes. Tus decisiones, sea la edad que sea que tengas, son tuyas. No podemos decidir con libertad, si no tenemos a nuestro alcance toda la información posible y si no hay adultos que garanticen esos derechos, si no hay un Estado que los cumpla.

Es importante destacar que ninguno de estos derechos se consiguió sin luchar.

¿Contra qué luchamos? Contra el machismo y el patriarcado. El patriarcado es el sistema en el que vivimos que considera que las mujeres somos inferiores, incapaces y sufrimos violencias de todo tipo sólo por el hecho de ser mujeres. También sufren estas violencias quienes por su orientación sexual, identidad de género, su forma de vestirse y mostrarse ante el mundo no encajan con lo que el machismo considera “normal y/o natural”.

Queremos poder decidir cómo cuidarnos de posibles embarazos y para que ese placer sexual no sea una condena de maternidades no deseadas.

172



El patriarcado nos dice que es “natural” que una mujer sea madre, que todas las mujeres sean madres. Nosotrxs pensamos que ser madre es una elección de vida, consciente, pensada, deseada, decidida y buscada. Si algunas de las palabras anteriores le antepone un NO, es causa suficiente para que esa gestación se interrumpa.

Exigimos la Interrupción Voluntaria del Embarazo porque consideramos que todas las mujeres y personas con capacidad de gestar tienen que tener el DERECHO a decidir.

Queremos disfrutar del sexo y del placer que una relación sexual consensuada, consentida y libre de violencia puede generar. Queremos poder decidir cómo cuidarnos de posibles embarazos y queremos Aborto Legal para que ese placer sexual no sea una condena de maternidades no deseadas.

Si las que nos embarazamos somos las mujeres y las personas gestantes, somos nosotras las que debemos decidir si queremos seguir ese embarazo o no.

Pero sabemos que una mujer no se embaraza sola. La responsabilidad del cuidado es de todos. A veces escuchamos frases como “si abriste las piernas, ahora bancátela”.

¿Por qué disfrutar del sexo está tan mal visto para las mujeres? Gritamos “NiUnaMenos” porque nos queremos vivas. Pero no sólo queremos vivir, queremos que esa vida sea libre y placentera. Queremos disfrutar de nuestra vida y de la vida con otrxs.

Placer, deseo, derechos, decisiones, y sobre todo amor. Nos mueve el deseo amoroso que todas seamos libres. Por eso exigimos, gritamos con nuestros pañuelos verdes el alto:


¡¡¡Aborto Legal YA!!!

*\*Docente, activista feminista en la Campaña Nacional por el Aborto Seguro, Legal y Gratuito*



¡ATENCIÓN!

TU IMAGEN  
EN ESTE ESPEJO  
PUEDE VERSE

DISTORSIÓN   
NADA

POR LOS ESTEREOTIPOS  
ABSURDOS ESTABLECIDOS  
SOCIAL Y   
CULTURALMENTE

**NO**

SOS TUS NOTAS  
SOS TU PESO  
SOS TU ALTURA  
SOS LA ROPA QUE USAS

SOS TU FORMA  
DE PENSAR   
SOS EL AMOR  
QUE DAS

*Y sos hermosa.*

CENTRO  
DE ESTUDIANTES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA  
FACULTAD DE HUMANIDADES, BUENOS AIRES



# Somos nosotras,

## son nuestros cuerpos



Por Antonella Giuso\*

**E**n las barriadas más pobres, nuestras compañeras (mujeres y disidencias) mueren por abortos inseguros, clandestinos y sus desencadenantes (infecciones, mala praxis, etc.); todo vinculado a no tener garantizado el derecho a un aborto legal, seguro y gratuito. Nosotras somos quienes debemos salir a gritar bien alto para romper la barrera de la invisibilización que se nubla entre tabúes, moral, clérigos e injusticia. Somos quienes debemos construir una alternativa a la presencia injusta de un Estado que mata a quienes deciden abortar.

Muchas jóvenes sufren el control sobre el uso de los métodos anticonceptivos por parte de sus parejas: por lo general, el hombre no quiere ponerse el preservativo o la mujer no tiene facilitado el acceso a otros métodos y por lo tanto el derecho a decidir. Partiendo desde cómo ven nuestros cuerpos —que da placer y no que recibe—, las relaciones se van construyendo a partir de una desigualdad que trae en consecuencia más violencia.

La experiencia de compañeras que relatan cómo sus parejas no las dejan utilizar anticonceptivos para “asegurarse” de que no estén con otra persona, “porque si tomás pastillas es porque estás con todos”, muestra la impunidad con la que el hombre ejerce poder sobre otros cuerpos.

175



La Educación Sexual Integral es una herramienta fundamental para poder vivir nuestra identidad y sexualidad de forma autónoma y placentera. Esta Ley es negada casi por completo a pesar de que tiene más de 10 años de existencia, y es reducida a una mera muestra de anticonceptivos en las aulas de los colegios secundarios, no se profundiza sobre otros temas más allá de la reproducción; y por el contrario ésta debería ser transversal en todos los ámbitos educativos, libre y laica. Ante la ignorancia, la sexualidad se ve como un saber especializado y a veces de forma negativa o amenazante para nuestra sociedad. Entonces recurrimos a charlas, anécdotas de conocidxs para ir aprendiendo de sus experiencias eso que se niega; y con vergüenza sufrimos el saldo de la ignorancia

y la desvalorización que el poder dominante incita para su permanencia.

Nuestros cuerpos fueron tomados como territorio de decisión del hombre y el Estado, entonces desde allí también damos pelea.

Elegir la maternidad es nuestro derecho, no una imposición. Para decidirlo, el aborto debe ser contemplado.

En los comedores de los barrios son las mujeres quienes se organizan para que a lxs pibxs no les falte la copa de leche y el almuerzo, quienes lidian constantemente con el hambre, la pobreza y la violencia machista (ni la iglesia, ni los “provida” están cuando lxs niñxs nacen). No sólo se encargan plenamente del cuidado de lxs niñxs (porque el padre no lo hace), sino también del trabajo del hogar, el cuidado comunitario (quienes se organizan) y si algo de tiempo queda consiguen una changa. No hay distinción etaria, jóvenes que dejan sus

176



Somos quienes debemos construir una alternativa a la presencia injusta de un Estado que mata a quienes deciden abortar.



estudios para cuidar a sus hermanxs o quedan embarazadas y deviene en maternidad obligada; adultas o viejas, las tareas de cuidado y reproducción quedan a cargo de las mujeres.

Cuando las mujeres y las disidencias se revelan ante estos mandatos ocurre un disciplinamiento por parte de los círculos personales o institucionales, para generar miedo y consenso de lo que “está mal” o “está bien”.

Atravesar un aborto no es nada fácil con la cantidad de paños que nos pone el sistema, pero sí hay que saber cuál es la mejor decisión siempre y cuando sea nuestra.

Detrás de la penalización del aborto se esconde un gran negocio a costa de la necesidad de quienes elegimos abortar. El acceso a las pastillas de misoprostol o a un aborto clandestino en una clínica privada están por encima de los precios que una mujer/disidencia pobre pueda pagar. Entonces, allí se abre una brecha entre quienes tienen el sustento económico para acceder a una atención un tanto segura y quienes quedan totalmente desprotegidas. Alrededor de 500 mil personas gestantes abortan cada año, cientos mueren.

Marchas, tomas de colegios, cientos de organizaciones políticas, grupos de artistas, pañuelazos, una Campaña Nacional y una sociedad entera que grita: Educación sexual para decidir. Anticonceptivos para no abortar. Aborto legal para no morir.

*\*18 años, La Boca. Feminista, militante territorial de la Simón Bolívar - OLP, Monte Grande.*





# Por nuestras ancestras *estamos acá*



Por Julieta Lopresto Palermo

178



**D**urante la tarde del jueves 31 de mayo, Facebook me mostró una imagen del 2015 en la que aparezco “encapuchada” de verde en la vereda del Congreso. Ese día un grupo de pibas jóvenes había colgado un cartel que rezaba: “Estamos haciendo abortos en el Congreso” y habían repartido en plena calle más información de la que yo venía siendo testigo. Recuerdo haberme sentado en el cordón de la vereda a leer una caja de Misoprostol, algo que, por ser más joven y por miedo a saber, no había tenido el valor de hacer en el momento que fue necesario.

El jueves 31 de mayo salí con mi cámara en la mochila hacia la puerta del Anexo del Congreso (cámara que me acompaña hace siete años para que pueda desarrollar un ejercicio que me permite comunicarme con el mundo). Cuando llegué me acerqué al escenario. “Gilda presente” gritaban las compañeras de la Villa 21/24. Antes había escuchado, aunque de lejos, las palabras de un grupo de otras barriadas que insistían con fervor con que no hay socialismo sin feminismo y que no hay revolución sin las pibas jóvenes. Cuando bajaron las rebeldes, pasaron las poetas. “Cuando le conté a mi mamá se enojó. Después me pidió perdón”, decía una. Cuando recitaron lo suficiente como para llegarnos a las entrañas, subieron

las actrices. Y después las psicólogas, y les siguieron las profesionales por el derecho a decidir, entre muchas otras que ni tantas horas de lluvia continua las había hecho titubear.

Llegó el momento del cierre, me acerqué al escenario para registrar el último Pañuelazo. Subimos con otrxs tres o cuatro fotógrafxs más. Me encontré con el colectivo artístico ARDA y fue lo último que hizo falta para que las lágrimas brotaran: mientras ellas gritaban al unísono “despatriarcalizamos” yo miraba a las integrantes de la Campaña por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Llevaban horas bajo la lluvia montando el festival. Cortaban bolsas para tapar el sonido, corrían micrófonos, se mezclaban correteando entre la gente.

“Por nuestras ancestras estamos acá. Estamos en lucha, estamos acá”.

Sigo mirando a las mujeres de voces inquebrantables y pecheras verdes. Algunas llevan toda la vida luchando, otras pudieron haberse incorporado hace menos tiempo. Todas se miran con complicidad. Saben bien lo que implicó llegar hasta el día de hoy.

“Nos tienen miedo porque no tenemos miedo”.

Mientras empiezan a subir los pañuelos verdes, ellas se agarraban fuerte de los brazos. Son inconmensurables los kilómetros caminados y están terminando dos meses de días que tuvieron más que 24 horas.

“Por nuestras muertas ni un minuto de silencio”.

Tanto el escenario como los espacios “de corralito” quedaron vacíos. Todas se habían mezclado entre la gente. Sólo quedamos quienes contábamos con el recurso para registrarlo.

“Por nuestras vivas, revolución feminista”.

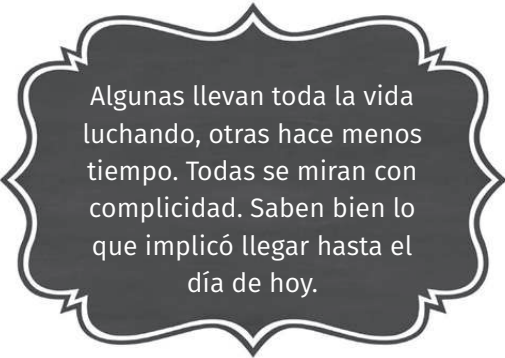
Cuando se dió por finalizado el momento de alzar los pañuelos, dos de ellas se lanzaron a un abrazo al que le disparé por reflejo. Como era de esperar, la imagen no responde al mejor de los criterios estéticos. Sin embargo, creo que es



indefectiblemente la foto que condensa la opulencia de haber llegado hasta acá.

Para quienes hemos acompañado a la Campaña aportando imágenes sabemos que no sólo nuestros elementos materiales funcionan como archivo, sino que también desarrollamos ese ejercicio en nuestras cabezas y corazones. Nosotras conocemos su historia. Tenemos registro de aquello que se ha roto o se ha expandido. Nuestra memoria fotosensible guarda oscuridades muy crudas y exposiciones a los reflectores de mayor intensidad. Sabemos que las cosas cambian, pero también tenemos la certeza de lo que fue y es evidentemente inmutable: la fuerza de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, capaz de desafiar a un Estado teocrático y disputar la conciencia política de, por lo menos, la mitad de toda la población desde el angosto jujeño hasta el final de Tierra del Fuego.

18



Algunas llevan toda la vida luchando, otras hace menos tiempo. Todas se miran con complicidad. Saben bien lo que implicó llegar hasta el día de hoy.

Algunas llevan toda la vida luchando, otras hace menos tiempo. Todas se miran con complicidad. Saben bien lo que implicó llegar hasta el día de hoy.

gal, Seguro y Gratuito, capaz de desafiar a un Estado teocrático y disputar la conciencia política de, por lo menos, la mitad de toda la población desde el angosto jujeño hasta el final de Tierra del Fuego.

*“Aprendimos  
lo que es la sororidad:  
sentir y registrar a la  
hermana que tenemos  
al lado”*





# La vigilia de las pibas

Por Nadia Fink\*

Mientras adentro del Congreso la tensión estaba vigente, afuera las jóvenes resistían el frío durante la madrugada del 13 de junio. Con mantas, frazadas, reposeras, bolsas de dormir; amuchadas, jugando a las cartas, compartiendo la comida de un taper o una pizza para diez, miles se quedaron para avisar que lo que pasaba adentro era un derecho por el que todas iban a dar pelea. Compartimos las voces de algunas de ellas, entre mate y frazada compartida.

182



**KIARA**  
19 AÑOS

“La primera impresión es de sorpresa. Hace años que se milita esta causa y no sé cuánta gente está consciente de lo importante que es este día. Venimos porque sabemos que hay que bancar y porque ésta es una de las causas más importantes que militamos el feminismo; pero que hoy sea posible la media sanción, no sé cuántas personas podemos caer. Creo que en un futuro vamos a poder ver lo importante que es todo esto”.

“Es una sorpresa ver tantas compañeras. Muchas no estábamos en la misma línea de discusión y ahora nos encontramos todas en las calles. Pensábamos que íbamos a ser cien personas y somos miles y creo

**CELESTE**  
21 AÑOS

que esa sensación de acompañamiento te hace poder superar todas las horas hasta las 6 o 7 de la mañana que se decida”.

**VALENTINA**  
19 AÑOS

“Es la primera vez que estamos por una cuestión de salud pública. Es para defender a las compañeras que tenemos al lado y me parece que se legalice o no, el avance social fue enorme; la consciencia, la junta de mujeres que se armó en todos estos años de lucha fue y es hermoso y falta un montón todavía. Pero estoy re contenta porque somos un montón y la estamos re bancando aunque tengamos sueño o frío porque realmente vale la pena”.

“Me parece maravilloso poder vivirlo. Se nota un acompañamiento, nos vamos cuidando entre todas... Te llena el pecho de orgullo, de alegría. Aprendimos lo que es la sororidad: sentir y registrar a la hermana que tenemos al lado”.

**AILÉN**  
19 AÑOS

*\*Nota publicada en Marcha Noticias.*



13

# Los sí y los no

Lo que se aprende  
no se olvida





# Los Sí

Por Laura Rosso

## ¡Sí! ... a los derechos

El feminismo es justicia social. Un movimiento social y político con una larga historia que hoy impulsa a las jóvenes en una horizontalidad potente y maravillosa. Están organizadas para luchar por más derechos, para recibir información sobre su sexualidad, su cuerpo, su integridad y su libertad. Hay un feminismo popular que ebulle, que lucha por la descolonización del cuerpo, porque “ni la tierra ni las mujeres somos territorio de conquista”. Construyamos un mundo más humano, más justo, más igualitario y diverso. ¡Un mundo para todxs con más derechos!

## ¡Sí! ... a la equidad en las tareas domésticas

En la mayoría de las casas hay una distribución desigual de los trabajos domésticos, que suelen recaer sobre las mujeres. Cocinar, limpiar, lavar la ropa, planchar, hacer las compras y las tareas de cuidado son algunas de las sobrecargas de trabajo no pago que, en general, llevan adelante las mujeres. ¿La solución? Reparto equitativo de tareas y una justa división de roles en el hogar. Y así, entonces que los hombres también cocinen, pongan la mesa, se levanten a buscar más agua, y laven los platos. Para que las mujeres puedan preguntar: “¿Qué comemos hoy?”





## **¡Sí!** ... a cuestionar el lenguaje

Es necesario hacer un uso no sexista del lenguaje. Esto significa desterrar el lenguaje ‘en masculino’ que muchas veces arrastramos en nuestros diálogos cotidianos. Hay saludos como “Buen día, alumnos”, en la escuela, y frases como “Feliz día del niño” que invisibilizan a las estudiantes y a las niñas. ¿Dónde están? ¿No existen? La lengua es importante en la construcción del pensamiento y de la realidad. Por eso, el lenguaje es una herramienta para dejar de generar invisibilizaciones. Ejercitemos un lenguaje inclusivo. Porque lo que no se nombra no existe.

## **¡Sí!** ... al amor por nosotras mismas

Pregonemos la sororidad femenina, esa alianza que nos potencia, nos encuentra y nos reúne alrededor del calor feminista porque juntas convocamos nuevas energías y recargamos fuerzas. Hacemos una ronda de sororidad para construir una red, sostenernos, expandirnos e impulsarnos para llegar donde deseemos y ampliar nuestros proyectos de vida. ¡Viva la sororidad!

## **¡Sí!** ... al respeto

Queremos chicas, chicos, chiques libres y empoderadx y para eso es necesario educar desde una perspectiva que cuestione los roles de género, la violencia, el machismo y que incluya la dimensión del placer como parte central para una sexualidad sana. Queremos que no importen nuestras formas de amar según cada orientación sexual. Queremos respeto, solidaridad y empatía para construir relaciones sanas y libres. Porque mi cuerpo es mío y yo decido. No te olvides: No es no.



## **... a las fuentes de inspiración feminista**

Estar informadxs, leer, pedir y buscar información ayuda a prevenir abusos, noviazgos violentos, trata de personas, violencia familiar, embarazos no buscados, enfermedades de transmisión sexual, otras enfermedades como bulimia y anorexia, mortalidad por abortos inseguros, discriminación a lesbianas, gays, trans y sexualidades disidentes. ¡Leamos para ser más autónomxs! Elegir siempre nos empodera.



## **... a una comunicación igualitaria**

La mayoría de los programas de radio y televisión están conducidos por varones. También en los diarios hay más jefes hombres que jefas mujeres. ¿Por qué las mujeres, lesbianas, travestis y trans no están integradas de manera equitativa en los medios de comunicación? Eso supone una discriminación, otra más de las tantas. Queremos promover una comunicación igualitaria, sin la subordinación de las mujeres en los medios, sin invisibilizaciones, ni estereotipos. Con mujeres de la vida real. Queremos espacios habitados por voces de la diversidad, voces de mujeres trans, lesbianas y travestis. El camino hacia esa paridad es un derecho.



## **... a la diversidad y a la identidad autopercibida**

El feminismo lucha por el respeto a la integridad e identidad de las personas. Podés no sentirte heterosexual, podés preguntar y buscar acompañamiento. La diversidad sexual está formada por aquellas personas cuyas identidades y orientaciones sexuales no están alineados con la norma social impuesta por la heterosexualidad. Todxs merecemos una vida libre de violencias y vivir tal como se siente en una sociedad sin prejuicios



### **... al compañerismo amoroso**

El amor empodera y es para disfrutar, no para sufrir. Amores gozosos y no amores violentos. Amores generosos y no egoístas y celosos. El romanticismo patriarcal propone un amor que todo lo puede y que por amor todo vale la pena, hasta el dolor. Pero el amor no duele. El compañerismo amoroso no entiende de jerarquías, y sí de igualdad. Acordate, el príncipe azul no existe.

188



### **... al aborto legal, seguro y gratuito.**

#### **Y en el hospital**

Las mujeres abortan. Y muchas los hacen de manera insegura, clandestinamente. Una consecuencia de los abortos clandestinos es la muerte de mujeres en estado de vulnerabilidad. Mujeres que, en muchos casos, tienen otrxs hijxs. Por ese motivo, el aborto tiene que ser legal, seguro y gratuito. Porque penalizarlo es criminalizar la pobreza. El aborto legal salva vidas. Como dice el lema de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito: Educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir.



# Los NO

## ¡No! ... al feminismo versus machismo

El feminismo no busca enfrentarse a los varones sino que quiere la igualdad entre los géneros, esto es, una sociedad más justa e igualitaria. Por eso, el feminismo lucha para lograr el acceso de las mujeres, lesbianas, travestis y trans a lugares que históricamente ocuparon los varones. El feminismo quiere terminar con los privilegios masculinos en la escuela, en la oficina, en la fábrica, en el bar, en el transporte, en la casa y en la cama. Le decimos No a las ventajas masculinas. Acordate, el feminismo es para todxs.

## ¡No! ... a los roles de género

Con más igualdad para las niñas habrá más libertad para los varones. La distribución desigual de roles produce una matriz en la cual los lugares, las funciones y las tareas en relación al género son asimétricas. Esto significa que no son iguales para todxs. Esa diferencia entre los géneros es arbitraria porque históricamente estuvo impuesta por una estructura patriarcal donde la autoridad la ejercen los varones. Desde niñxs, en los juegos por ejemplo, hay desigualdades que están fuertemente arraigadas y ubica a las niñas en un ámbito más acotado, como el hogar. Los juegos no tienen género. Jugar permite también trastocar los órdenes establecidos. Por eso decimos: ¡Todo para todes!





## **¡No!** ... a la pasividad de las niñas

La mayoría de los juguetes para niñas están destinados a mantenerlas quietas o limpiando, cocinando y maternando. Otros imprimen modelos que las reflejan súper flacas y sexualizadas. Esa misma división entre juegos o juguetes para niños y niñas impone una manera binaria de ser, de estar y de relacionarse. Sin embargo, hay varones que quieren vestirse de princesas y chicas que quieren jugar al fútbol. Y nada de eso está mal. Jugar es un derecho y no hay que torcer las decisiones de niños y niñas sobre sus juegos. Por eso, ¡queremos libertad para jugar!

## **¡No!** ... al acoso callejero

El piropo es acoso. La libertad de poder vestirte como quieras no tiene que dar pie al acoso callejero, ni a los piropos, ni a las violaciones. El derecho a elegir qué querés ponerte en cualquier momento del día no da vía libre a que opinen sobre lo que llevás puesto o cómo te queda. La pregunta “¿cómo estaba vestida?” pone la culpa sobre quien no la tiene, en lugar de responsabilizar a quien ataca verbal o físicamente. Por eso, no quiero tu piropo.

## **¡No!** ... a los noviazgos violentos

Frases como “no te pintes tanto los ojos”, “esa pollera es demasiado corta”, “no te sueltes el pelo”, no son señales de amor, sino formas de ejercer el control y la manipulación. El amor es otra cosa: es cuidado mutuo y es también hablar sobre lo que sentimos. El amor es disfrute. El amor no es dolor.

## **¡No!** ... a la obligación de gustar

La cosificación de los cuerpos de las niñas nutre los ideales de representación de sus corporeidades y las somete tanto a la dependencia de la mirada de los otros como a las normas estandarizadas de belleza o heterosexualidad obligatoria. Cada unx es como es y tiene el derecho a crecer en un ámbito de respeto e inclusión. Les decimos no a los estereotipos y chau a los modelos hegemónicos.

## **¡No!** ... a los privilegios

El feminismo reubica los límites de lo establecido y cuestiona la dualidad en la que está organizada la sociedad. Lo que les pasa a las mujeres no les pasa por cómo son ellas mismas sino porque el género femenino está subordinado en una estructura de dominación patriarcal. Así, el patriarcado ejercita un poder de sometimiento y desprecio hacia las mujeres. Queremos vivir en pie de igualdad.

## **¡No!** ... al sexismo

Construyamos una educación para la igualdad y el respeto por la diversidad sexual. No importa si somos mujeres, varones o ninguna de las dos cosas. Basta de discriminación. Digamos NO a la discriminación y SÍ a las relaciones igualitarias que se nutren de libertad.



## **¡No!** ... al mandato del matrimonio

Casarse no es una obligación. Hay otras formas de quererse, relacionarse y organizarse. Hay familias homoparentales, comaternidades, familias diversas, y muchas más posibilidades: lo importante es que los modelos no sean impuestos sino elegidos. Por eso, es posible desafiar los mandatos sociales que limitan la libertad de las mujeres y establecen un modelo único de ser mujer: en la casa, con marido e hijxs. No me quiero casar, ¿y vos?

192



## **¡No!** ... al mandato de la maternidad

Hay mujeres que no quieren tener hijxs, sin embargo todavía los mandatos sociales juzgan esa decisión. Pero ser mujer no es ser madre y todas tenemos derecho a elegir si queremos serlo o no, y cuándo. Los derechos sexuales y reproductivos son un tema de salud pública y es el Estado el que debe garantizar la distribución de métodos anticonceptivos en hospitales y centros de salud para que lxs adolescentes tengan acceso y puedan disfrutar de una sexualidad sin riesgos. Ser madre no es una obligación.